

CREIBLE, EXCITANTE y SATISFACTORIA
GALAXY MAGAZINE

CLIFFORD D. SIMAK

ANILLO EN TORNO AL

SOL



En los últimos tiempos están apareciendo unos objetos y máquinas que casi sin hacer ruido, amenazan con cambiar la estructura económica de EE. UU.: primero fueron las bombillas que no se funden nunca, luego la cuchilla de afeitar que no hay que cambiar jamás... el colmo viene cuando aparece el Coche Eterno. La misión que le encomiendan a Jay Vickers, un oscuro autor, es conseguir, a través de su certera e influyente escritura, que el público rechace esos productos. Pero detrás de estos objetos imperecederos hay mucho más de lo que en principio parece.



Clifford D. Simak

Anillo en torno al sol

Galaxia - 36

ePub r1.0

Titivillus 04.06.16

Título original: *Ring around the Sun*

Clifford D. Simak, 1952

Diseño de cubierta: Scholler

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



CAPÍTULO 1

Vickers se despertó muy temprano; era ridículo levantarse a esa hora, pero la noche anterior Ann le había telefoneado para hablarle de una persona que deseaba presentarle en Nueva York. Sus protestas no habían servido de nada.

—Ya sé que eso arruina tu programa de trabajo, Jay —dijo ella—, pero creo que no debes dejar pasar esta oportunidad.

—No puedo, Ann. Tengo el libro en marcha y no quiero perder impulso.

—Es que se trata de algo importante, lo mejor que se ha presentado hasta ahora. Te eligieron a ti y quieren hablar contigo antes que con nadie. Creen que eres el hombre adecuado para encargarte de eso.

—¿Publicidad?

—No, no es publicidad. Es otra cosa.

—No importa. No quiero que me presentes a ese hombre, sea quien fuere.

Y había cortado la comunicación.

Pero allí estaba, siempre temperamental, preparándose el desayuno para ir a Nueva York.

Mientras freía huevos y tocino, preparaba las tostadas y trataba de no perder de vista a la cafetera, sonó el timbre de la puerta.

Se ajustó la bata y fue a abrir. Podía ser el repartidor de diarios, que no lo había hallado en casa el día de cobro y acababa de ver luz en la cocina. O su vecino, aquel viejo extraño llamado Horton Flanders que se había mudado al barrio hacía más o menos un año y tenía la costumbre de ir a visitarlo a las horas más incómodas e inesperadas. Era un anciano afable y de aspecto distinguido, aunque algo apolillado y harapiento, buen compañero y agradable

interlocutor, aunque Vickers habría preferido que sus visitas fueran más ortodoxas.

Podían ser el repartidor de diarios o Flanders. Difícilmente se trataría de otra persona a hora tan temprana.

Al abrir la puerta se encontró ante una niña arropada en una bata de color de cereza y pantuflas de pompón. Tenía el pelo revuelto, como quien acaba de abandonar la cama, pero lo miró con chispas en los ojos azules y una bella sonrisa.

—Buenos días, señor Vickers —dijo—. Me desperté y no me podía dormir, y vi luz en su cocina y pensé que a lo mejor usted no se sentía bien.

—No me pasa nada, Jane —respondió Vickers—. Estaba preparando el desayuno, eso es todo. Voy a tomarlo, ¿te gustaría acompañarme?

—¡Oh, sí! Eso pensaba: si usted estaba desayunando a lo mejor me invitaba.

—Tu madre no sabe que estás aquí, ¿verdad?

—Mamá y papá están durmiendo —confirmó Jane—. Es el día que papá no trabaja y anoche salieron y volvieron tardísimo. Los oí cuando llegaron, y mamá le decía a papá que bebía demasiado y que nunca, nunca, volvería a salir con él si bebía tanto, y papá...

—Jane —interrumpió Vickers con firmeza—, no creo que a tu mamá y a tu papá les guste que hables de eso.

—Oh no les importa. Mamá siempre habla de eso. El otro día le dijo a la señora Traynor que estaba medio decidida a divorciarse de mi papá. ¿Qué quiere decir divorciarse, señor Vickers?

—Vaya, no sé. No recuerdo haber oído nunca esa palabra. Me parece que no debemos hablar de lo que dice tu mamá. Y mira, te has mojado las pantuflas al cruzar el césped.

—Afuera está un poco mojado. Hay muchísimo rocío.

—Entra —indicó Vickers—. Buscaré una toalla para secarte los pies; después desayunaremos y llamaremos a tu mamá para decirle que estás aquí.

Ella entró y Vickers cerró la puerta.

—Siéntate allí mientras busco la toalla. Tengo miedo de que te resfríes.

—Usted no está casado, ¿verdad, señor Vickers?

—Vaya, no. Casualmente no estoy casado.

—Casi todo el mundo está casado —dijo Jane—. Casi todos los que conozco. ¿Por qué no se ha casado, señor Vickers?

—Bueno, no lo sé muy bien. Supongo que nunca encontré una chica.

—Hay muchas chicas.

—Hubo una —dijo Vickers—. Hace mucho tiempo hubo una chica.

Hacía años que no lo recordaba con tanta nitidez, tras haber forzado el tiempo para que oscureciera el recuerdo, para que lo suavizara y lo escondiera, a fin de no pensar en eso; cuando lo hacía todo era tan lejano y difuso que no era difícil descartar el pensamiento.

Pero allí estaba otra vez. En otros tiempos hubo una muchacha y un valle encantado por el que caminaron un día; un valle primaveral, con los rosados capullos de manzano silvestre flameando en las colinas, con cantar de mirlos y alondras que volaban a poca altura; y hubo también una loca brisa de primavera que agitó el agua y la hierba hasta que la pradera pareció fluir y convertirse en un lago, en pequeñas olas coronadas de espuma.

Por allí caminaban, y no cabían dudas: era un valle encantado. Vickers había regresado después al mismo lugar, pero el valle ya no estaba allí, o al menos no era el mismo; el sitio había cambiado por completo.

Habían pasado veinte años desde que caminara por él, y a lo largo de esos veinte años lo mantuvo oculto en la buhardilla de su mente. Pero allí estaba otra vez, fresco y reluciente como si todo hubiera ocurrido el día anterior.

—Señor Vickers —dijo Jane—, creo que se le queman las tostadas.

CAPÍTULO 2

Cuando Jane se hubo ido y las platos estuvieron lavados recordó que venía postergando, desde hacia una semana o más, llamar a Joe por el asunto de los ratones. Le telefoneó.

—Joe, tengo ratones.

—¿Qué?

—Ratones. Esos animales pequeños. Corren por toda la casa.

—¡Vaya, qué extraño! —replicó Joe—. Con una casa tan bien construida como la suya no debería tener nada de eso. ¿Quiere usted que vaya a liquidarlos?

—Creo que no hay más remedio. Probé con trampas, pero no caen. Conseguí también un gato y me abandonó a los dos o tres días.

—¡Vaya, qué extraño! A los gatos les gusta estar donde hay ratones para cazar.

—Pues éste debía ser loco —dijo Vickers—. Actuaba como si estuviera hechizado. Andaba de puntillas.

—Los gatos son algo raros.

—Hoy debo ir a la ciudad. ¿Cree usted que podrá hacer el trabajo mientras yo no esté?

—Seguro. El negocio de exterminación anda flojo en estos días. Iré a eso de las diez.

—Dejaré sin llave la puerta del frente —indicó Vickers.

Después de colgar el auricular fue a buscar el periódico, que estaba en los escalones de entrada. Ya en su escritorio lo dejó a un lado para tomar la pila de originales, apreciando su peso y su grosor, como si por ellos pudiera convencerse de que tenía algo bueno entre manos, que no era trabajo perdido, que decía cuanto deseaba, y lo bastante bien como para que otros, al leer sus

palabras, descubrieran la verdad desnuda tras el frío de la letra impresa.

No estaba bien eso de malgastar el día. Habría debido quedarse a trabajar en vez de salir a entrevistarse con el hombre que su agente quería presentarle. Pero Ann se había mostrado insistente; aunque él argumentó tener el coche en reparaciones, dijo que era importante no perder la oportunidad. Lo del coche no era del todo cierto, pues Eb se lo terminaría a tiempo para hacer el viaje.

Echó una mirada a su reloj. Faltaba sólo media hora para que Eb abriera su taller, y en media hora no se puede escribir nada. Recogió el periódico y salió al porche para leer las noticias de la mañana.

¡Qué dulce era la pequeña Jane! Había elogiado su comida y charlado sin cesar. «Usted no está casado, ¿verdad, señor Vickers?», había dicho. «¿Por qué no se ha casado?».

Y él pensó entonces: «Una vez hubo una muchacha. Ahora lo recuerdo. Una vez hubo una muchacha».

Se llamaba Kathleen Preston; vivía en una gran casa de ladrillos, en la cuesta de una colina; una casa de muchas columnas, de porche amplio y abanicos sobre las puertas; una casa vieja, construida en el primer impulso del optimismo pionero, cuando el país era nuevo. Estaba precisamente donde la tierra había fallado, desmoronándose en zanjas y pozos, para dejar en las laderas grandes cicatrices de arcilla amarillenta.

Por entonces él era joven, tan joven que hacía daño pensar en eso. Y porque era joven no pudo entender que ella (esa muchacha perteneciente a una antigua casa ancestral, de abanicos sobre las puertas y pórtico de columnas) no pudiera tomar muy en serio a un muchacho cuyo padre tenía una granja agotada, donde el trigo crecía enfermizo y débil. O tal vez la ruptura se debió a la familia, pues también ella era demasiado joven para comprender bien aquello. Tal vez ella discutió con los suyos, entre lágrimas y palabras duras. Vickers no lo supo nunca. Después de aquella caminata por el valle encantado volvió a visitarla, pero ya la habían enviado a una escuela del este; él ya no volvió a saber de la niña.

En aras del recuerdo había vuelto a caminar por el valle, tratando de captar algo que le devolviera el encantamiento del paseo anterior. Pero los manzanos silvestres habían perdido los

capullos; la alondra no cantaba igual y el encanto se había desvanecido en alguna tierra de Nunca Jamás. Ella se había llevado la magia consigo.

El periódico se le cayó. Se inclinó para recogerlo y lo abrió. Las noticias eran tan monótonas como siempre.

El último rumor de pacificación seguía en marcha, pero la guerra fría estaba en su apogeo. Claro que esa guerra fría llevaba ya muchos años y prometía prolongarse por varios más. Los últimos cuarenta años habían sido un desfile de crisis, rumores, amenazas de conflagraciones definidas que jamás se producían; en la actualidad el mundo, ya cansado de esa situación, bostezaba ante los nuevos rumores de pacificación y ante las crisis, que se vendían por docena.

Alguien, en un oscuro colegio de Georgia, había establecido un nuevo récord en el deporte de tragar huevos crudos. Una encantadora estrellita cinematográfica estaba a punto de volver a cambiar de marido. Los trabajadores del acero amenazaban con declararse en huelga.

Había un largo artículo sobre la desaparición de gente; lo leyó hasta la mitad, mientras le duró el interés. Al parecer cada vez era mayor el número de personas que desaparecía de los lugares habituales; se evaporaban familias enteras y la policía de todo el país comenzaba a enloquecer. Según decía el artículo, siempre había desaparecido gente, pero siempre de a una persona por vez. En esos momentos se daba el caso de que dos o tres familias se evaporaran súbitamente de la misma comunidad, y dos o tres de cualquier otra, sin que nadie dejara rastro. Por lo común pertenecían a los sectores más pobres. Hasta entonces quienes desaparecían habían tenido siempre algún motivo, pero en los casos de estas desapariciones masivas no había más razones que la pobreza; ni el cronista ni sus entrevistados lograban imaginar la posibilidad de que alguien desapareciera, voluntariamente o no, por el mero hecho de ser pobre.

Un titular decía: *No hay sólo un mundo, dice un sabio*. Leyó parte del artículo.

BOSTON, MASS. (AP). —Podría haber otra Tierra existente sólo un segundo más allá de la nuestra y otra un

segundo más atrás, y otra más con dos segundos de retraso. El lector puede darse una idea: se trataría de una constante cadena de mundos, uno detrás de otro.

Tal es la teoría del doctor Vincent Aldridge...

Vickers dejó caer el periódico al suelo y contempló el jardín, rico en flores, maduro bajo los rayos del sol. Allí había paz, en ese florido rincón del mundo: al menos allí la había. Una paz compuesta de muchas cosas, de rayos dorados, del murmullo de las hojas estivales estremecidas por el viento, de pájaros, flores y girasoles, de cercas necesitadas de pintura y algún pino viejo que moría en silenciosa tranquilidad, tomándose su tiempo, en amistad con la hierba, las flores y los otros árboles.

Allí no había rumores ni amenazas, sólo una calmosa aceptación del curso cronológico, de la sucesión que formaban inviernos y veranos, luna y sol. Allí la vida era un don que debía ser mimado y protegido, y no un derecho a conservar en dura lucha contra los otros seres vivientes.

Vickers miró su reloj. Era hora de marcharse.

CAPÍTULO 3

Eb, el del taller, levantó sus nalgas grasientas y lo miró de soslayo por entre el humo de su cigarrillo, que le colgaba de entre los labios ennegrecidos.

—Mira, Jay, las cosas son así —dijo—. No te arreglé el coche.

—Quería ir a la ciudad —repuso Vickers—, pero si mi coche no está listo ...

—No lo necesitas más. Creo que es por eso que no lo compuse. Se me ocurrió que era sólo malgastar el dinero.

—No está tan acabado —protestó Vickers—. Aunque parezca una ruina le quedan muchos kilómetros por recorrer.

—Claro, todavía le queda uso. Pero tú vas a comprar uno de esos coches Eterno que acaban de salir.

—¿Coches Eterno? —repitió Vickers—. ¡Vaya nombre curioso para un auto!

—No tiene nada de curioso —dijo Eb, tozudo—. Es eterno de veras. Por eso le llaman así. Ayer vino un hombre para explicarme y me preguntó si quería uno. Yo le dije que sí, por supuesto, y él me respondió que era una decisión inteligente, porque desde ahora en adelante no se vendería otro auto que no fuera el Eterno.

—A ver, espera un momento —interrumpió Vickers—. Aunque lo llamen Eterno, no ha de durar por siempre. Ningún coche es eterno. Veinte años, una vida entera, te lo creería, pero no por siempre.

—Jay, eso es lo que me dijo el hombre —declaró Eb—. Me dijo: «Compre uno de éstos y úselo toda la vida. Cuando usted muera, déjelo en herencia a su hijo, y él, cuando muera a su vez, podrá dejarlo al suyo, y así eternamente. Tiene garantía sin vencimiento. Si le ocurre algo lo componen o te dan uno nuevo. La única

excepción es el asunto de las cubiertas: hay que cambiarle cubiertas porque se gastan como en cualquier otro vehículo. La pintura también, pero tiene una garantía de diez años; si se arruina en menor tiempo lo repintan gratuitamente».

Podría ser —dijo Vickers—, pero me parece difícil. No pongo en duda que podrían hacer los coches mucho más duraderos de lo que son, pero si los fabricaran demasiado bien no habría más compras. Ningún fabricante en su sano juicio haría un auto que durara para siempre. Eso acabaría con su negocio. En primer lugar, sería demasiado caro...

—Ahí es donde te equivocas —le interrumpió Eb—. Mil quinientos, eso es todo. No hace falta comprar accesorios ni hacerle mejoras. Te lo dan completo por mil quinientos.

—No ha de ser gran cosa en cuanto a aspecto, en ese caso.

—Es lo más elegante que hayas visto en tu vida. El que vino conducía uno y tuve oportunidad de mirarlo bien. El color que prefieras. Cromo y acero inoxidable por todos lados. Los artefactos más modernos. Y en cuanto a la dirección... ¡una seda, hombre! Pero haría falta acostumbrarse a ese coche. Quise echarle un vistazo al motor y no pude abrir el capó. «¿Qué hace?», me preguntó el tipo. Le dije que quería ver el motor y me contestó: «No hace falta. Nunca le pasa nada. Es innecesario abrir eso». Yo le pregunté: «Pero ¿por dónde se le pone el aceite?». ¿Y sabes lo que me contestó? «Bueno, lo que ocurre es que no necesita aceite», me dice, «sólo gasolina».

Eb concluyó:

—En uno o dos días recibiré diez o doce de esos coches. Será mejor que me reserves uno.

Vickers negó con la cabeza:

—Ando escaso de dinero.

—Esa es otra ventaja. La compañía recibe tu coche como parte de pago a muy buen precio. Creo que podría darte mil dólares por el cascajo.

—No los vale, Eb.

—Ya lo sé, pero el tipo me dijo: «Ofrezca más de lo que valga el coche usado. No se preocupe. Nosotros lo arreglaremos con usted». No parece buen sistema para ganar dinero, si uno lo piensa bien, pero si ellos quieren operar de ese modo yo no tengo por qué

oponerme.

—Tendré que pensarlo.

—Así te quedarían quinientos por pagar. Y puedo darte facilidades. Me lo dijo ese hombre. Dice que por el momento no les interesa tanto el dinero como poner en circulación unos cuantos coches Eterno.

—Eso no me gusta nada —protestó Vickers—. Fíjate: la compañía aparece de la noche a la mañana con una marca nueva, sin la menor publicidad. Tendrían que haber puesto algún anuncio en los periódicos. Si yo sacara un automóvil nuevo llenaría el país de propaganda: grandes espacios en los diarios, anuncios por televisión, carteles en cada kilómetro...

—Yo pensé lo mismo, ¿sabes? —repuso Eb—. Le dije «Oiga, ustedes quieren que venda estos coches, pero ¿cómo los voy a vender si no hacen publicidad? ¿Quién me los va a comprar si nadie los conoce?». Y él me contestó que, siendo el coche tan bueno, quien lo comprara lo comentaría con todos los demás. Dijo que ésa es la mejor propaganda. Que prefieren ahorrarse el dinero de la publicidad y bajar el precio de los automóviles. Que no hay motivo para cargar al consumidor con los gastos de una campaña publicitaria.

—No lo entiendo.

—Te deja pensando —admitió Eb—. Esta gente, los fabricantes del Eterno, no pierden dinero; puedes apostar la cabeza a que no. De lo contrario estarían chiflados. Y si ellos no pierden, ¿te imaginas lo que han estado ganando las otras empresas durante todos estos años?, ¿las que cobran dos o tres mil dólares por una chatarra que se viene abajo a la segunda salida? Da vértigo de sólo pensarlo, ¿no?

—Cuando recibas los coches bajaré a echarles una mirada —dijo Vickers—. A lo mejor podemos hacer negocio.

—Seguro. No dejes de venir. ¿Dijiste que ibas a la ciudad? Vickers asintió.

—En cualquier momento va a pasar el ómnibus —dijo Eb—. Puedes tomarlo en la esquina de la farmacia y llegarás en un par de horas. Esos tipos saben conducir.

—Cierto, puedo tomar el ómnibus. No se me había ocurrido.

—Y discúlpame por lo del auto. Si hubiera sabido que lo

necesitabas lo habría reparado. Lo que tiene es poca cosa. Pero quería saber qué te parecía la otra posibilidad antes de cargarte con una factura.

Mientras bajaba por la calle hacia la esquina de la farmacia, Vickers notó algo raro en ella. Al acercarse, pudo individualizar el detalle extraño.

Varías semanas atrás había muerto el viejo Hans, que desde hacía incontables años trabajaba como zapatero en un local situado junto a la farmacia; desde entonces y hasta ese momento su negocio había permanecido cerrado. Y ahora estaba abierto. Al menos el escaparate lucía muy limpio, cosa desacostumbrada en los tiempos del viejo Hans, y había algo de exhibición. Y un letrero. Vickers, en su esfuerzo por localizar la diferencia, lo había pasado por alto. Era nuevo y muy claro. Decía: CHISMES.

Vickers se detuvo ante el escaparate para contemplar los artículos expuestos. Sobre un drapeado de terciopelo negro había tres cosas: un encendedor, una navaja de afeitar y una sola lamparilla eléctrica. Nada más.

Sólo esas tres cosas. No había letreros, ni propaganda, ni precios. No hacían falta. Cualquiera que viese el escaparate los reconocería perfectamente, aunque el local no se limitara a vender exclusivamente esas tres cosas. Habría veinte o treinta artículos más, todos tan perfectos y eficaces como los tres exhibidos sobre el paño de terciopelo.

Un lento golpeteo se acercaba por la acera. Vickers se volvió al percibirlo próximo. Era su vecino, Horton Flanders, que efectuaba su caminata matutina, siempre con su ropa algo raída pero bien cepillada y su vistoso bastón de caña. Sólo él tenía la temeridad de lucir un bastón de caña por las calles de Cliffwood.

El señor Flanders lo saludó con el bastón y se detuvo a su lado para contemplar el escaparate.

—Veo que están abriendo sucursales —dijo.

—Así parece.

—Es muy peculiar, esa organización —observó el señor Flanders—. Tal vez usted sepa, aunque me parece improbable, que esta compañía ha despertado mucho interés en mi. Simple curiosidad, ¿comprende? Debo aclararle que mi curiosidad abarca temas muy diversos.

—No lo había notado.

—¡Oh, sí, sí! Muchos temas. Los carbohidratos, por ejemplo. Una organización muy misteriosa, ¿no le parece señor Vickers?

—No he reparado mucho en eso. Estoy tan atareado que...

—Se está preparando algo —vaticinó el señor Flanders—. Puedo asegurarlo.

El ómnibus bajó por la calle, pasó junto a ellos y frenó en la esquina de la farmacia.

—Tengo que irme, señor Flanders —dijo Vickers—. Voy a la ciudad. Estaré de regreso por la noche. ¿Por qué no viene a charlar?

—Oh, lo haré —respondió el señor Flanders—. Casi siempre lo hago.

CAPÍTULO 4

En primer lugar apareció la navaja de afeitar que no se gastaba. Después, el encendedor que no fallaba jamás y no requería piedra ni combustible. Por último, una lamparilla eléctrica con la que se podía contar para toda la vida, salvo en caso de accidente. Y tras todo eso acababa de aparecer el automóvil Eterno.

En ese esquema debían entrar también los carbohidratos sintéticos.

«Se está preparando algo», había dicho el señor Flanders, frente al local del viejo Hans. Vickers trataba de ordenar todo aquello en su mente, sentado junto a la ventanilla en la parte trasera del ómnibus.

Tenía que existir algún vínculo entre todo eso: navajas de afeitar, encendedores, lamparillas eléctricas, carbohidratos sintéticos y, por último, los coches Eterno. Debía haber un común denominador que explicara por qué los artículos eran precisamente éstos y no otros: cortinas de enrollar, por ejemplo, monopatinos, yoyos, aeroplanos o pasta dentífrica. Las navajas mantenían al hombre rasurado, las bombillas le alumbraban el camino y los encendedores encendían el cigarrillo; en cuanto a los carbohidratos sintéticos, habían zanjado por lo menos una crisis internacional y salvado a millones de personas del hambre o de la guerra.

«Se está preparando algo», había dicho Flanders, vestido con su ropa limpia y raída, con ese ridículo bastón en la mano; aunque, pensándolo bien, no parecía ridículo si era el señor Flanders quien lo llevaba.

El automóvil Eterno funcionaba para siempre, no requería aceite y uno podía legarlo al hijo, para que éste, a su vez, lo dejara en herencia al suyo. Y así podía llegar hasta el tataranieto y más allá.

Un solo coche podía servir a varias generaciones.

Pero las cosas no quedarían allí. En poco más de un año extraían cerradas todas las fábricas de automóviles, la mayor parte de los talleres mecánicos, y muchas industrias del vidrio y del acero.

La navaja y la bombilla no parecieron importantes en su momento, pero de pronto cobraban un peso enorme. Miles de obreros perderían sus puestos; tendrían que volver a la casa y explicar a la familia: «Bueno, las cosas son así; después de tantos años estoy sin trabajo».

La familia volvería a sus quehaceres diarios en medio de un tenso y terrible silencio, con el aire de quien siente sobre sí una temible calamidad, y el hombre compraría todos los periódicos para estudiar las columnas de Empleos Ofrecidos. Saldría a recorrer las calles y en todas partes habría un hombre tras una jaulita o un escritorio que le miraría meneando la cabeza.

Al fin el hombre se encaminaría hacia alguno de esos pequeños locales en cuyas puertas se leía «Carbohidratos S.R.L.»; entraría arrastrando los pies, con la vergüenza de todo buen obrero imposibilitado de conseguir trabajo, y diría:

—Las cosas no me van muy bien y me estoy quedando sin dinero. A lo mejor ...

Entonces el empleado que atendía el mostrador le respondería:

—¡Pero naturalmente! ¿Cuántos son ustedes en la familia?

Y anotaría la información en un hoja de papel.

—En aquella ventanilla —indicaría—. Creo que le alcanzará para una semana, pero si no le alcanza no deje de venir cuantas veces quiera.

El obrero tomaba la hoja, tratando de ser agradecido, pero recibía como respuesta un ademán cordial y espontáneo: «Vamos, para eso estamos aquí. Nuestra tarea consiste en ayudar a la gente como usted».

El hombre iría entonces hasta la ventanilla indicada; allí verificarían su hoja de papel y le entregarían varios paquetes; uno tenía sabor a patatas, otro a pan, y los otros daban la impresión de ser arvejas o trigo. Todo era sintético.

Todo eso había ocurrido ya y seguía ocurriendo. No era un verdadero alivio, pero no dejaba de ser una solución. Los de Carbohidratos nunca insultaban a quienes iban en busca de ayuda.

Todos recibían el trato debido a un cliente que paga bien; se les decía que no dejaran de volver. A veces, cuando uno no regresaba, ellos le visitaban para saber qué ocurría; tal vez uno había conseguido trabajo o era demasiado tímido. Si se trataba de lo último, sabían conversar con uno de modo tal que, tras esa visita, uno estaba seguro de hacerles un favor al aceptar sus carbohidratos.

Y gracias a esos carbohidratos vivían aún millones de personas, en la India o en la China, que habrían muerto sin ellos. Ahora llegaba el turno a los millares que perderían su trabajo con el cierre de las fábricas de automóviles y la reducción de acerías y talleres mecánicos.

Las industrias de automóviles se verían obligadas a cerrar. Nadie compraría sus productos, puesto que era posible adquirir a menor precio un coche interminable. Tal había pasado con la industria de hojas de afeitar al surgir en plaza una navaja eterna. Y otro tanto, con las bombillas eléctricas y los encendedores. Era muy probable que el automóvil no fuera el último producto de aquellos fabricantes, quienes quiera que fuesen.

Pues era forzoso que quienes fabricaban las navajas hicieran también los encendedores y las bombillas, y quienes elaboraban esos chismes debían ser los diseñadores del coche Eterno. Tal vez no fueran las mismas empresas, aunque era difícil saberlo, pues Vickers nunca había tratado de averiguar sus nombres.

El ómnibus se iba llenando, pero Vickers seguía solo en el asiento que ocupaba, tratando de ordenar sus pensamientos mientras miraba por la ventanilla. A sus espaldas dos mujeres se habían enfrascado en una conversación. Él no tenía intención de escuchar, pero recogió sus palabras.

Una de ellas soltó una risita, diciendo:

—Nuestro grupo es interesantísimo. Estamos llenos de gente interesante.

Y la otra respondió:

—Estuve pensando en unirme a uno de esos grupos, pero Charlie dice que es una tontería. Estamos viviendo en Norteamérica y en 1987, dice, y no hay razones para fingir que no es así. Este es el mejor país y la mejor época de la historia, dice; tenemos todas las comodidades y todo lo que deseamos. Somos más felices que todos nuestros antecesores, dice, y esos grupos de ficción son nada más

que propaganda comunista. Dice que le gustaría atrapar a quienes comenzaron con eso y que...

—Oh, no sé —dijo la primera—. Es divertido. Claro que requiere mucho trabajo. Hay que leer sobre los tiempos antiguos y todo eso, pero creo que uno sale ganando. La otra noche, en una reunión, uno decía que cada cual saca de ello cuanto pone, y creo que tiene razón. Pero creo que yo no sé poner gran cosa. Soy muy inconstante. No soy buena lectora, no entiendo muy bien; me tienen que explicar muchas cosas. Pero hay quienes parecen sacar mucho de esto. En nuestro grupo hay un hombre que vive en Londres, en la época de un tal Samuel Peeps. No sé quién fue Peeps, pero creo que fue alguien muy importante. ¿Tú no sabes quién fue Peeps, Gladys?

—No, yo no.

—Bueno, de cualquier modo, este hombre no tiene fin cuando habla de Peeps. Parece que escribió un libro (hablo de Peeps). Debe ser un libro larguísimo, porque habla de muchas cosas. Este hombre que te mencioné lleva un diario maravilloso; nos encanta que nos lo lea. Da la impresión de que vive realmente allí.

El ómnibus se detuvo ante un cruce de carreteras. Vickers echó una mirada a su reloj: en media hora más estarían en la ciudad.

Todo eso era una pérdida de tiempo. Ann podía intentar lo que gustara, pero él no permitiría ninguna interrupción en su libro. Había hecho mal en dejarse convencer; no debería perder siquiera ese día.

A sus espaldas Gladys decía:

¿Oíste hablar de esas nuevas casas que han salido a la venta? La otra noche hablaba con Charlie de eso y le decía que tal vez conviniera verlas. Porque la nuestra está bastante arruinada, ¿sabes?; habría que pintarla y hacerle unas cuantas reparaciones. Pero Charlie dice que debe ser alguna estafa. Nadie pone a la venta esa clase de casas con tantas facilidades, dice, a menos que haya una trampa en alguna parte. Dice que es zorro viejo y no se va a dejar atrapar en algo como eso. Mabel, ¿has visto alguna de esas casas? ¿No has leído nada sobre ellas?

—Te estaba contando —insistía Mabel— sobre ese grupo al que pertenezco. Uno de los muchachos finge vivir en el futuro. Ahora yo digo, ¿no es una risa? Imagínate, fingir que vive en el futuro...

CAPÍTULO 5

Ann Carter se detuvo ante la puerta y dijo:

—Por favor, Jay, recuérdalo bien. Se llama Crawford. No vayas a llamarlo Cranford, Crawham o algo así. Crawford, ¿eh?

—Haré lo que pueda —prometió Vickers, sumiso.

Ella se le acercó para acomodarle la corbata; le ajustó el nudo, se lo enderezó y le quitó imaginarias pelusas de la solapa.

—En cuanto acabemos con esto vamos a salir para comprarte un traje —dijo.

—Ya tengo uno.

Sobre la puerta se leía: Investigación Norteamericana.

—Lo que no puedo entender —protestó Vickers— es qué tenemos en común Investigación Norteamericana y yo.

—El dinero —respondió Ann—. Ellos lo tienen y tu lo necesitas.

Abrió la puerta para pasar y él la siguió con mansedumbre. ¡Qué bonita era, y qué eficiente! Demasiado eficiente. Sabía demasiado. Sabía de libros, de editores, de públicos y preferencias. Estaba en todo. Su empuje arrastraba a cuantos le rodeaban, y nunca era tan feliz como cuando tenía tres teléfonos sonando, ochenta cartas para contestar y diez llamadas a hacer. Ella había sabido convencerlo para que asistiera a la cita, y probablemente era también la responsable de que ese Crawford e Investigación Norteamericana quisieran tratar con él.

—Puede pasar, señorita Carter —dijo la recepcionista—. El señor Crawford la está esperando.

«Y ya ha echado su embrujo sobre la recepcionista», pensó Vickers.

CAPÍTULO 6

George Crawford era tan corpulento que sus nalgas desbordaban la silla en la que estaba sentado. Hablaba con las manos cruzadas sobre la panza, sin cambios de tono, sin inflexiones; era el hombre más quieto que Vickers había visto hasta entonces. No había en él movimiento alguno: allí estaba sentado, enorme, estólido. No movía más que los labios, y eso apenas. Su voz era un susurro.

—He leído parte de su obra, señor Vickers —dijo—. Me ha impresionado mucho.

—Me alegro de saberlo —respondió Vickers.

—Hasta hace tres años no se me habría ocurrido leer una obra de ficción, menos aún hablar con el autor. Pero ahora resulta que necesito de alguien como usted. Lo he consultado con mis directores; Todos estamos de acuerdo en que usted es el hombre más indicado para el trabajo.

Hizo una pausa y miró a Vickers con ojos azules y brillantes, asomados entre los pliegues de carne como puntas de bala.

—La señorita Carter me dice que usted está muy ocupado en este momento.

—Es cierto.

—Alguna obra importante, supongo.

—Espero que así sea.

—Lo que tengo en mente sería más importante.

—Eso es cuestión de opiniones —replicó Vickers en tono seco.

—No le agrado a usted, señor Vickers.

No era una pregunta, sino la afirmación de un hecho. Vickers se sintió irritado.

—No tengo ninguna opinión formada con respecto a usted —respondió—. Soy ajeno a todo, salvo a lo que usted debe decirme.

—Antes de proseguir —dijo Crawford— quisiera dejar en claro que se trata de un asunto confidencial.

—Vea, señor Crawford —aclaró el escritor—, no tengo estomago para asuntos de espionaje.

—No se trata de espionaje.

Por primera vez hubo cierta emoción en la voz de aquel hombre; fue al agregar:

—Se trata de un mundo que está entre la espada y la pared.

Vickers lo miró sorprendido. «Dios mío», pensó, «este hombre habla en serio. Cree sinceramente que el mundo está entre la espada y la pared». En ese momento su interlocutor agregó:

—¿Oyó usted hablar de los automóviles Eterno?

—En efecto —afirmó Vickers—. Esta mañana el dueño del taller de mi ciudad trató de venderme uno.

—¿Y de las navajas, las bombillas y los encendedores que no se agotan?

—Compré una de esas navajas, y es la mejor que he tenido en mi vida. No creo que sea eterna, pero la hoja es muy buena y no hace falta afilarla. Pienso comprar otra cuando se estropee.

—No le hará falta otra, a menos que pierda ésa. Ocurre, señor Vickers, que es realmente eterna. Y el coche también. Tal vez sepa también lo de las casas.

—No sé gran cosa.

—Son unidades prefabricadas —explicó Crawford—. Las venden a sólo quinientos dólares por habitación... instalada. Aceptan casas en parte de pago a valores fantásticos y ofrecen créditos muy liberales... Mucho más liberales, me atrevo a decir, que los de cualquier institución financiera en su sano juicio. Las viviendas cuentan con calefacción y aire acondicionado gracias a un equipo solar que supera todo, completamente todo lo conocido. Hay muchos otros detalles, pero eso bastará para darle una idea.

—Pues parece una buena idea. Hace rato que se habla de hacer viviendas a bajo costo. Tal vez de eso se trata.

—Son una buena idea —repuso Crawford—, y yo sería el último en negarlo. Pero llevarán a la ruina a las empresas energéticas. Ese equipo solar lo proporciona todo: luz, calor y energía. Quien compra una de esas casas no necesita conectarla a una red de energía eléctrica. Y dejarán sin trabajo a miles de carpinteros,

albañiles y pintores, quienes tendrán que acudir a los carbohidratos. Acabarán por arruinar también a los aserraderos.

—Lo de la energía me resulta comprensible —dijo el escritor—, pero no entiendo muy bien eso de los carpinteros y los aserraderos. Indudablemente esas casas han de requerir madera, y harán falta carpinteros para construirlas.

—Hay madera en ellas, por cierto, y alguien las construye, pero no sabemos quién.

—¿Y no pueden averiguarlo? Parece muy simple. Debe haber alguna corporación. Tendrán fábricas y depósitos en alguna parte.

—Existe cierta compañía —admitió Crawford—. Una compañía de ventas. Por ella comenzamos; también descubrimos el depósito desde donde se distribuyen las unidades vendidas. Pero eso es todo. Hasta donde hemos podido investigar, no hay ninguna fábrica encargada de su construcción. Se las vende en nombre de cierta compañía cuyo nombre y dirección conocemos. Pero nadie ha vendido nunca una astilla de madera a esa compañía. Nadie les ha vendido siquiera un gozne. No contratan a obreros. Están inscriptos como fábricas, y las direcciones son auténticas, pero allí no se fabrica nada. Y hasta donde podemos asegurarlo nadie ha entrado ni salido de las oficinas centrales desde que las vigilamos.

—Eso es increíble —objeto Vickers.

—Sin duda lo es. En esas casas hay madera y otros materiales; en alguna parte debe haber hombres que las construyan.

—Permítame una pregunta, señor Crawford. ¿Cuál es su interés en todo esto?

—Bueno, le diré —murmuró el hombre—. No estoy capacitado para revelarles eso.

—Ya lo sé, pero de todos modos espero que me lo diga.

—Habría preferido extenderme un poco más sobre los antecedentes para que usted comprendiera mejor lo que pretendo. Nuestro interés en esto... casi podría decir «toda nuestra organización»..., suele parecer una tontería para quien no está al tanto de los antecedentes.

—Usted está alarmado por algo —dijo Vickers—. Claro que no lo admite, pero está pálido de miedo.

—Aunque le parezca extraño, lo admito. Pero no se trata de mí, señor Vickers, sino de la industria, toda la industria del mundo.

—Ustedes piensan que quienes fabrican y venden estas casas son los mismos que hacen los automóviles Eterno, los encendedores y las bombillitas.

Crawford asintió, agregando:

—Y también los carbohidratos. Si uno lo piensa un poco es algo terrible. Nos encontramos ante alguien que se dedica a arruinar industrias y a dejar sin trabajo a miles de trabajadores; después ofrece a esos mismos desocupados el alimento que les permitirá subsistir. Y las ofrece sin las señales de peligro, las investigaciones y las sutilezas que hasta ahora han caracterizado a esa clase de soluciones.

—¿Una conspiración política, quizá?

—Es más que eso. Para nosotros se trata de un ataque deliberado y bien planeado a la economía mundial. Es un verdadero esfuerzo para minar el sistema social y económico de nuestro modo de vida, tras lo cual minarán, naturalmente, nuestro sistema político. Porque nuestro sistema de vida está basado en el capital, ya sea privado o estatal, y en el salario que el trabajador gana diariamente. Si uno quita esas dos cosas, capital y trabajo, se habrán demolido las bases de una sociedad en funcionamiento.

—¿Nosotros? —preguntó Vickers—. ¿Quién es «nosotros»?

—Investigación Norteamericana.

—¿Y quién es Investigación Norteamericana?

—Usted empieza a sentirse interesado —apuntó Crawford.

—Quiero saber con quién estoy tratando, y qué quieren de mí.

Crawford guardó silencio por largo rato. Al fin dijo:

—A eso me refería al decirle que se trataba de algo estrictamente confidencial.

—No me pida ningún juramento.

—Retrocedamos un poco —empezó el gordo— y revelamos parte de la historia. Así quedará en claro quiénes somos y qué hacemos.

»Hablábamos de la navaja. Fue el primer artículo: una navaja de afeitar interminable. La noticia se esparció con rapidez y todo el mundo compró una.

»Ahora bien, una hoja de afeitar común rinde de uno a seis afeitados; después se descarta y se compra otra. Eso significa que cada hombre es un comprador constante de hojas nuevas. Como

resultado la industria de hojas de afeitar era una empresa pujante; empleaba a miles de trabajadores, representaba cierta ganancia anual para miles de comerciantes y era parte de la producción de acero. En otras palabras, era un factor económico que, en vinculación con otros factores económicos similares, formaba parte de la industria mundial. Y ahora, ¿qué ocurre?

—No soy economista, pero lo veo muy bien —dijo Vickers—. Nadie ha vuelto a comprar hojas de afeitar. Y esa industria se vino abajo.

—No tanto. Una gran industria es algo complejo y muere lentamente, aunque ya haya letreros en las paredes y las ventas hayan cesado casi por completo... o sin el casi. Pero usted está en lo cierto: eso es lo que está pasando en estos momentos; la industria se viene abajo.

»Después apareció el encendedor. En si es algo insignificante, pero si uno lo mira desde un punto de vista mundial cobra grandes proporciones. Ocurrió lo mismo que con las hojas de afeitar. Y otro tanto cuando surgieron las bombillas eléctricas eternas. Tres industrias están en agonía, señor Vickers. Son tres industrias barridas por completo. Hace un momento usted dijo que yo estaba asustado y confesé que así era. Nuestro temor comenzó con las bombillas. Porque si alguien podía acabar con tres industrias, ¿por qué no con cinco, diez, cien industrias?, ¿por qué no con todas?

»Nos organizamos. Me estoy refiriendo a las industrias de todo el mundo; no sólo a la norteamericana, sino también a la Mancomunidad Británica, al mercado europeo y a Rusia, a todo el mundo. Hubo unos pocos escépticos, naturalmente; todavía hay quienes se niegan a entrar, pero en términos generales se puede decir que nuestra organización representa a todas las grandes empresas del mundo entero y de ellas recibe apoyo. Tal como le he dicho preferiría que este dato quedara entre nosotros.

—Por el momento no tengo intenciones de revelarlo.

—Nos organizamos —prosiguió Crawford— y pusimos en juego muchas influencias, como usted podrá imaginar. Hicimos ciertas peticiones, ejercimos un poco de presión, y logramos unas cuantas cosas. Para empezar, no hay periódico, radioemisora ni agencia de publicidad que acepte la publicidad de esos chismes; tampoco las mencionan en las noticias. Por otra parte, ningún comercio

respetable las pone a la venta.

—¿Es por eso que han abierto los negocios de chismes?

—Exactamente.

—Están abriendo sucursales. Acaban de instalar una en Cliffwood.

—Pero además de instalar los negocios de chismes han creado una nueva forma de publicidad. Contrataron a miles de hombres y mujeres que andan de aquí para allá diciendo a todo el mundo: «¿Sabe algo de esos chismes maravillosos que han aparecido? ¿No? Permítame que le explique...». Usted comprende. No hay mejor propaganda que ese tipo de contacto personal. Pero usted no imagina lo costosa que resulta.

»Así supimos que nuestros enemigos no eran sólo genios en invención y producción, sino también financieramente poderosos. Investigamos. Tratamos de rastrear a fondo para descubrir quiénes eran, cómo operaban y qué pretendían hacer. Se lo he dicho ya: tropezamos contra un muro de hierro.

—Tal vez haya posibilidades por el lado legal.

—Ya probamos todos los aspectos legales. Sean quienes fueren están en regla de la cabeza a los pies. ¿Impuestos? Pagan. A manos llenas. Pagan más de lo que deben para que no haya investigación. ¿Cargas sociales? Las cubren meticulosamente. ¿Seguros? Pagan seguros sobre unas listas de personal tan largas que forzosamente han de ser ficticias. Pero no es posible ir a las oficinas de Seguro Social a decir: «Oigan, estos empleados sobre los que pagan seguros no existen». Hay más detalles, pero éstos servirán para darse una idea. Hemos probado inútilmente tantos aspectos legales que nuestros abogados están mareados.

—Señor Crawford —dijo Vickers—, su caso es muy interesante, pero sigo sin comprender lo que usted decía hace un rato. Usted decía que esto es una conspiración para quebrar la industria mundial y destruir así un sistema de vida. Si estudia nuestra historia económica encontrará mil ejemplos de competencia a muerte. Este ha de ser uno de esos casos.

—Olvida usted los carbohidratos —replicó Crawford.

Era verdad. Los carbohidratos eran algo muy distinto a la competencia a muerte. Vickers recordó las hambrunas de la China y de la India, mientras el Congreso de los Estados Unidos debatía,

basado en criterios estrictamente personales y políticos, si se debía ayudar a alguien, y en ese caso a quién y cómo. En ese momento apareció la noticia en los periódicos matutinos: un desconocido laboratorio había logrado la síntesis de los carbohidratos. El artículo no decía que se tratara de un laboratorio ignoto: eso se descubrió más adelante. Y mucho después resultó que nadie lo había oído nombrar hasta entonces, como si hubiese surgido literalmente de la noche a la mañana. Hubo magnates de la industria que, desde el primer momento, atacaron a esos fabricantes de carbohidratos sintéticos con el término de «irresponsables».

Pero no lo eran. Aunque la compañía fuera poco ortodoxa en sus medios de operación, parecía sólida y estable. Pocos días después del primer anuncio el laboratorio hizo saber que no tenía intenciones de poner el producto en venta; lo repartiría gratuitamente entre quienes pudieran necesitarlo. Lo haría de modo individual, no entre poblaciones o países, sino entre las personas que pasaban necesidades y no ganaban lo suficiente como para alimentarse bien. Sus destinatarios no eran sólo los hambrientos, sino también los subalimentados, todo aquel sector de la población mundial que, sin llegar a perecer por hambre, sufrirían enfermedades y desventajas por la falta de una dieta adecuada.

Como por arte de magia se abrieron oficinas en la India, en la China, en Francia, Inglaterra e Italia, en Norteamérica e Islandia, en Irlanda y Nueva Zelanda. Los pobres llegaron en tropel, pero ninguno fue rechazado. Indudablemente había quienes sacaban ventaja de la situación, obteniendo con mentiras un alimento al que no tenían derecho. De cualquier modo, después de cierto periodo se hizo evidente que a las oficinas no les importaba.

Los carbohidratos, por si solos, no eran lo bastante alimenticios, pero eran mejor que nada. Para muchos representaban un ahorro que les permitía adquirir un trozo de carne de tanto en tanto.

—Verificamos la procedencia de los carbohidratos —decía Crawford mientras tanto—, y no descubrimos más que con las otras cosas. Hasta donde podemos averiguar, los carbohidratos no son productos manufacturados: existen, eso es todo. Se los envía a las oficinas de distribución desde diversos depósitos, pero ninguno de estos tiene capacidad salvo para una provisión de uno o dos días. Es como el viejo cuento de Hawthorne sobre el cántaro de leche que

nunca se vaciaba.

—¿Y no les convendría a ustedes entrar también en el negocio de los carbohidratos?

—Es una buena idea —dijo Crawford—, pero no sabemos cómo. También a nosotros nos gustaría fabricar automóviles eternos o bombillas interminables, pero no sabemos cómo. Hemos puesto técnicos y científicos a trabajar sobre eso; están tan lejos de la solución como el día en que comenzaron.

—¿Qué pasará cuando los desocupados necesiten algo más que una mera donación de alimentos? —preguntó Vickers—. ¿Cuando tengan la familia en harapos y precisen ropas? ¿Cuando los propietarios los arrojen a la calle?

—Creo que tengo la respuesta. Surgirá alguna otra sociedad filantrópica que se encargará de proveerlos de ropa y alojamiento. En estos momentos están vendiendo casas a quinientos dólares por cuarto, lo que representa sólo un precio simbólico. ¿Por qué no regalarlas? ¿Qué les impedirá fabricar vestimentas a un costo diez o veinte veces menor del que pagamos hoy? Un traje de cinco dólares, por ejemplo, o un vestido de cincuenta centavos.

—¿No tienen ustedes una idea de cuál será la próxima etapa?

—Hemos tratado de conseguir información. Suponíamos que el automóvil no tardaría en aparecer y ya está en plaza. Pensamos en las casas; ya han aparecido. Uno de los próximos artículos debería ser la vestimenta.

—Alimentos, alojamiento, transporte y abrigo —dijo Vickers—. Son las cuatro necesidades básicas.

—También ofrecen combustible y energía. En cuanto una buena parte de la población mundial adquiera esas casas nuevas, dotadas de energía solar, la industria energética quedará borrada del mapa.

—Pero ¿de quién se trata? —preguntó el escritor—. Usted me dice que no lo sabe, pero debe tener alguna sospecha, alguna pista.

—Ni el más vago indicio. Hemos hecho tablas de organización de sus corporaciones, pero no podemos localizar a quienes las manejan; son personas de quienes nunca se oyó hablar.

—¿Rusos?

—Crawford meneó la cabeza.

—El Kremlin también está preocupado. Rusia colabora con nosotros. Eso le probará lo amedrentados que están.

Crawford hizo entonces el primer movimiento que su visitante le viera: descruzó las manos, se aferró a los brazos de su pesada silla e irguió la espalda, diciendo:

—Usted ha de preguntarse en qué le afecta todo esto.

—Naturalmente.

—No nos es posible salir a la calle a decir: «Aquí estamos, somos una combinación de grandes industrias que luchan por defender el modo de vida». No podemos explicarles en qué consiste la situación: se reirían de nosotros. Después de todo para la gente es imposible comprender que un automóvil eterno o una casa a bajo costo sean algo perjudicial. Pero hay que decirlo. Por eso queremos que escriba un libro sobre el tema.

—No entiendo qué...

Pero Crawford le interrumpió:

—Usted tendría que redactarlo como si toda esa información la hubiese conseguido por su cuenta, haciendo alusiones a fuentes demasiado importantes como para citarlas. Nosotros le proporcionaríamos todos los datos.

Vickers se levantó lentamente, alargó una mano y recogió su sombrero.

—Gracias por darme la oportunidad —dijo—, pero no la acepto.

CAPÍTULO 7

—Algún día, Jay —dijo Ann Carter—, me hartarás tanto que te desarmaré por completo. Tal vez así descubra el resorte que te hace funcionar.

—Tengo un libro entre manos y lo estoy escribiendo —dijo Vickers—. ¿Qué más quieres?

—Este libro puede esperar. El otro no.

—Anda, dime que he arrojado a la calle un millón de dólares. ¿No es eso lo que estás pensando?

—Podrías haberles cobrado una cantidad increíble por escribirlo, y conseguir un contrato magnífico con el editor, y ...

—¿Y dejar a un lado lo mejor que he escrito en mi vida? ¿Para retomarlo después en frío y encontrarme sin inspiración?

—Cada libro que escribes es tu mejor obra. Jay Vickers, no eres más que un escritor de folletines. Indudablemente trabajas bien y tus benditos libros se venden, aunque a veces me pregunto por qué. Si no fuera por dinero no escribirías otra palabra en tu vida. Dime, sinceramente, ¿por qué escribes?

—Tu misma lo has dicho: por dinero, según crees. Muy bien, será por dinero.

—Claro, ahora dime que tengo un alma materialista.

—¡Dios mío! —exclamó Vickers—. ¡Estamos riñendo como marido y mujer!

—Ahí tienes otro detalle. No te has casado, Jay. Es una muestra de tu egoísmo. Apostaría a que nunca se te ocurrió siquiera la idea de hacerlo.

—Una vez, sí. Hace mucho tiempo.

—A ver, apoya aquí tu cabeza y llora hasta que desahogues. A que fue una tragedia. A que de ahí sacaste esas atroces escenas de

amor que pones en tus libros.

—¿Qué pasa, Ann? ¿Te ha dado una borrachera triste?

—En todo caso sería por culpa tuya. ¿Cómo se te ocurrió decir eso de «Gracias por la oportunidad, pero no la acepto»?

—Tuve el presentimiento de que en eso había algo sucio — insistió Vickers.

—Lo único sucio eras tú.

Terminó su bebida y agregó:

—No te escudes tras los presentimientos: has perdido tu mejor oportunidad. Cuando alguien tira de ese modo el dinero en mis narices no hay presentimiento que valga.

—No lo pongo en duda.

—No seas odioso —respondió Ann—. Paga la consumición y salgamos de aquí. Te pondré en el primer ómnibus y espero no verte más por aquí.

CAPÍTULO 8

El enorme letrero cruzaba en diagonal el gran escaparate del negocio. Decía:

«CASAS POR ENCARGO,
\$500
cada habitación.

Aceptamos su casa a buen precio como parte de pago».

En el escaparate se veía una casa de cinco o seis habitaciones, situada en el medio de un jardín pequeño y bien diseñado. Tenía un reloj de sol en el prado y una cúpula en la cochera, rematada por una veleta en forma de pato. En el césped había dos sillas de jardín y una mesa redonda, todo pintado de blanco. Ante el portón de la cochera, un automóvil nuevo y reluciente.

Ann estrujó el brazo de Vickers:

—Entremos —sugirió.

—Esto debe ser lo que Crawford decía.

—Tienes tiempo de sobra para tomar el ómnibus.

—Está bien, entremos. Al menos te dedicarás a mirar las casas y dejarás de reñirme.

—Si lo creyera posible te atraparía para casarme contigo.

—Convertirías mi vida en un infierno.

—¡Claro, por supuesto! —respondió ella con toda dulzura—. ¿Qué otro interés podría tener en ello?

Empujaron la puerta, que se cerró luego a sus espaldas clausurando los ruidos de la calle. La espesa alfombra verde tenía la apariencia de un prado. Un vendedor se acercó a atenderlos.

—Pasábamos por aquí y se nos ocurrió entrar a ver —dijo Ann—. Parece una linda casa y...

—Es magnífica —les aseguró el vendedor—; además cuenta con

muchos detalles especiales.

—¿Es verdad lo que dice el anuncio? —preguntó Vickers—. ¿Quinientos dólares por habitación?

—Todos me preguntan lo mismo. Leen el anuncio y no pueden creerlo. Lo primero que preguntan todos al entrar es si realmente vendemos las casas a quinientos la habitación.

—¿Y bien? —insistió Vickers.

—¡Oh, sin duda! Una casa de cinco habitaciones cuesta dos mil quinientos dólares y la de diez, cinco mil. Claro que al principio casi nadie tiene interés en comprar una casa de diez habitaciones.

—¿Qué significa eso de «al principio»?

—Bien, le explicaré, señor. Podría decirse que esta casa crece. Digamos que usted compra una casa de cinco habitaciones y al tiempo cree necesitar una más. Nosotros se la rediseñamos agregando un cuarto.

—¿Y eso no resulta muy caro? —preguntó Ann.

—¡Oh, no, en absoluto! Sólo cuesta quinientos dólares por el cuarto nuevo. Es una tarifa invariable.

—Es una casa prefabricada, ¿verdad? —preguntó Ann.

—Supongo que se la puede llamar así, aunque en verdad el término no le hace justicia. Cuando uno habla de casas prefabricadas piensa en paredes hechas que se ensamblan. Armarlas requiere un plazo de ocho o diez días, y una vez terminadas no se tiene más que una cáscara sin calefacción, sin hogar, sin nada.

—Me interesa eso del cuarto adicional —insistió Vickers—. Decía usted que cuando alguien quiere otro cuarto los llama y ustedes agregan uno a la casa.

El vendedor se puso algo rígido.

—No es exactamente así, señor. No agregamos nada. Volvemos a diseñar la casa. La vivienda permanece de ese modo siempre bien planeada y práctica, acorde con los más altos conceptos científicos y estéticos de lo que debe ser un hogar. En algunos casos la incorporación de un cuarto significa alterar la casa por completo, cambiando la disposición de todos los ambientes.

Y se apresuró a agregar:

—Naturalmente, en esos casos lo mejor es cambiar la casa vieja por una nueva. Por ese servicio cobramos un uno por ciento del costo original por cada año de uso, además de lo que corresponda a

los cuartos adicionales.

Los miró a los dos, lleno de esperanza, preguntando:

—¿Los señores tienen ya una casa?

—Un pequeño chalet en la colina —respondió Vickers—. No es gran cosa.

—¿En cuánto estimaría usted su valor?

—En quince o veinte mil dólares, pero dudo que pudiera obtenerlos.

—Nosotros le daríamos veinte mil dólares —replicó el vendedor—, sujetos a tasación. Le aclaro que nuestras tasaciones son muy generosas.

—Pero fíjese, yo sólo querría una casa de cinco o seis habitaciones.

—Perfecto —respondió el vendedor—. Le pagaríamos la diferencia en efectivo.

—¡Eso no tiene sentido!

—Pues sí que lo tiene. Estamos muy dispuestos a pagar el valor de cotización de las casas existentes para poder introducir la nuestra. En el caso de usted le pagaríamos la diferencia; después retiraríamos su casa vieja y le instalaríamos la nueva. Eso es todo.

Ann se volvió hacia Vickers:

—Anda, ahora dile que no aceptas. A mí me parece un negocio excelente; por lo tanto es seguro que lo rechazarás.

—No comprendo, señora —dijo el vendedor.

—Es una broma entre nosotros —aclaró Vickers.

—¡Ah! Bien, como le decía, esta casa tiene ciertas características especiales.

—Prosiga, por favor. Explíquenos de qué se trata.

—Con mucho gusto. Por ejemplo, cuenta con una planta solar. Sin duda ustedes saben lo que es eso.

—Un equipo energético operado sobre la base de la luz solar —apuntó Vickers.

—Exactamente. Pero este equipo es algo más eficaz que el común. No sólo calienta la casa durante el invierno, sino que también proporciona energía eléctrica durante todo el año. De ese modo sus ocupantes no dependen del servicio público. Podría agregar que se dispone de energía en abundancia, mucha más de la necesaria para satisfacer todas las exigencias.

—Muy interesante —dijo Ann.

—Además viene completamente equipada. Cuenta con frigorífico, congelador doméstico, lavaplatos, lavadora, secadora, incinerador de residuos, tostadora, radio, televisión y otros adminículos.

—Que se cobran aparte, por supuesto —dijo Vickers.

—¡Oh, no, señor! Usted no paga sino los quinientos dólares por cada cuarto.

—¿Y camas? —preguntó Ann—. ¿Sillas y esa clase de cosas?

—Lo siento —respondió el vendedor—. El moblaje corre por cuenta del comprador.

—Pero debe haber una tarifa adicional —insistió el escritor— por retirar la casa vieja para instalar la nueva.

El vendedor tomó una postura muy erguida y respondió, con toda dignidad:

—Le aclaro que la nuestra es una oferta honrada. No hay ningún cargo adicional oculto. El comprador adquiere la casa y paga (o se compromete a pagar) quinientos dólares por cada habitación incluida. Contamos con equipos de obreros especializados que retiran la casa vieja para instalar la nueva; todos esos servicios están incluidos en el precio original. No hay gastos adicionales. Naturalmente, algunos compradores desean instalar la casa en otro lugar. En esos casos solemos arreglar un aceptable plan de permuta entre el antiguo terreno y el que han escogido. Presumo que usted desearía quedarse donde está. Dijo que vivía en la colina; un lugar muy atrayente.

—Bueno, no sé —dijo Vickers.

—Olvidé mencionarle algo —prosiguió el vendedor—. No hace falta volver a pintar la casa. Está construida de un material que no cambia de color, no se ensucia ni se decolora. Disponemos de una amplia gama de colores y combinaciones.

—No quisiéramos entretenerlo por mucho tiempo —intercaló el escritor—. En realidad no tenemos interés en comprar. Pasábamos, nada más, y...

—¿Pero usted tiene una casa?

—Sí, así es.

—Y nosotros estamos dispuestos a cambiársela por una nueva, pagándole la diferencia en efectivo.

—Lo sé, pero...

—Me parece que usted debería ser el más interesado en la venta, y no yo.

—Ya tengo una casa y me gusta tal como es. ¿Qué sé yo si me gustaría la que ustedes venden?

—¡Pero señor! Le he estado explicando...

—Estoy acostumbrado a mi casa. Tengo apego por ella, y ella por mí. Le tengo cariño.

—¡Jay Vickers! —exclamó Ann—. ¡No puedes cobrarle cariño a una casa en sólo tres años! Quien te oyera pensaría que te refieres a la casa de tus antepasados.

Pero Vickers era obstinado.

—La conozco de memoria. En el comedor hay una tabla que cruje; a veces la piso a propósito para oírla crujir. Y en la parra del porche han hecho nido dos petirrojos. Y en el sótano hay un grillo. He tratado de cazarlo, pero nunca lo encontré; es demasiado inteligente para mí. Además, aunque lo encontrara no podría ponerle un dedo encima, pues es parte de la casa y...

—Con nuestras casas no tendría el menor problema con los grillos. Tienen un repelente de insectos incluido en el material. No tendría molestias con mosquitos, hormigas, grillos ni cosas por el estilo.

—¡Pero si el grillo no me molesta! —explicó Vickers—. Eso es lo que quería explicarle. Me gusta. No creo que me gustara vivir en una casa donde los grillos no pudieran entrar. Eso sí, tratándose de ratones la cosa cambia.

El vendedor declaró entonces:

—No creo que haya jamás un solo ratón en nuestras casas.

—En la mía tampoco. He llamado a un exterminador para que los mate. Cuando llegue a casa ya no habrá ni uno.

Ann intervino, dirigiéndose al vendedor:

—Hay algo que me intriga. Usted mencionó todos los artefactos incluidos, ¿recuerda? Lavadora, frigorífico...

—Por cierto.

—Pero no habló de la cocina.

—¿No la mencioné? —preguntó el vendedor—. ¡Vaya! ¿Cómo se me pudo olvidar? ¡Claro que tiene cocina!

CAPÍTULO 9

Oscurecía ya cuando el ómnibus llegó a Cliffwood. Vickers compró un periódico en la farmacia de la esquina y cruzó la calle hasta el único café decente de la ciudad. Allí pidió la comida. Cuando comenzaba a leer el periódico le llegó una voz aflautada.

—¡Hola, señor Vickers!

Vickers dejó el diario y alzó la vista. Era Jane, la pequeña que había desayunado con él.

—¡Oh, hola, Jane! ¿Qué haces aquí?

—Yo y mamá vinimos a comprar helado para la cena —explicó Jane mientras trepaba a la otra silla—. ¿Dónde estuvo hoy, señor Vickers? Fui a visitarlo pero había un hombre que no me dejó entrar. Dijo que estaba matando ratones. ¿Por qué los mata, señor Vickers?

—Jane —llamó alguien.

Una mujer estaba frente a él, sonriente, con la belleza de la madurez.

—No le haga caso, señor Vickers —le dijo.

—Oh, al contrario, es un encanto.

—Soy la señora Leslie —explicó la mujer—, la madre de Jane. Hace tiempo que somos vecinos, pero todavía no nos conocíamos.

Y se sentó a la mesa.

—He leído algunos de sus libros. Son maravillosos. No los leí todos, claro, porque una tiene tan poco tiempo...

—Gracias, señora Leslie.

Y Vickers se quedó pensando si acaso ella no interpretaría que le daba las gracias por no leer todos sus libros.

—Tenía intenciones de ir a verle —dijo la mujer—. Estamos organizando un club de fingidores y lo tengo a usted en mi lista.

Vickers meneó la cabeza.

—Estoy muy escaso de tiempo —replicó—. Tengo por norma no asociarme a nada.

—Pero esto sería... Bueno, se puede decir que está dentro de su terreno.

—Le agradezco que se haya acordado de mí.

Ella se echó a reír, diciendo:

—Le parece una tontería, ¿verdad, señor Vickers?

—No, no lo calificaría como tontería.

—¿Como puerilidad, acaso?

—Ya que es usted quien propone el término, si, lo admito. Me parece vagamente pueril.

«Ahora si que me he lucido», pensó. «Daré vuelta a las cosas de modo tal que para todo el mundo seré yo y no ella quien lo dijo. Se lo contará a todos los vecinos: en su propia cara le dije que el club era pueril».

Pero ella no parecía ofendida.

—Para usted, que no tiene un minuto libre, no puede ser de otro modo. Pero dicen que es un sistema inmejorable para desarrollar un interés... Me refiero a un interés ajeno al propio yo.

—No lo pongo en duda —repuso Vickers.

—Tengo entendido que demanda mucho esfuerzo. Una vez que uno decide en qué periodo fingirá vivir debe consultar bibliografía, investigar al respecto y, finalmente, escribir un diario. Hay que hacerlo día por día, con un relato completo de todas las actividades; no basta con una o dos frases. Además debe ser interesante y capaz de despertar entusiasmo en los otros.

—Hay muchos periodos de la historia que podrían ser interesantes —dijo el escritor.

—¡Vaya, me alegra que lo diga! —exclamó la señora Leslie, llena de ansiedad—. ¿Me ayudaría a escoger uno? Si usted debiera elegir un periodo excitante, ¿cuál preferiría?

—No sé, lo siento; tendría que pensarlo.

—Pero usted dijo que había muchos.

—Ya lo sé. Y sin embargo, pensándolo bien, se me ocurre que el presente puede estar tan lleno de interés como cualquiera de los otros.

—¡Pero si no pasa nada!

—Pasan demasiadas cosas —dijo Vickers.

Todo aquello era lamentable, por supuesto. Personas adultas que fingían vivir en otra época confesando públicamente su falta de ajuste con la propia, esa intranquilidad que los obligaba a retroceder hacia otros tiempos, otros acontecimientos, donde hallaban las mohosas emociones de una existencia prestada. Marcaba con un amargo fracaso la vida de esas personas, una vacuidad terrible que no les permitía existir por sí, el reclamo a voz en cuello de un abismo que requería ser cubierto.

Vickers recordó la charla de las dos mujeres en el asiento trasero del ómnibus. ¿Qué enfermiza satisfacción obtendría de aquello el fingidor que pretendía vivir en la época de Pepys? Claro, allí estaba la vida del mismo Pepys, llena de urgencias, encuentros con mucha gente, pequeñas tabernas donde había queso y vino, teatros, excelentes compañías y charlas a medianoche. Las mil cosas interesantes, en fin, por las que Pepys estaba lleno de vida, tan lleno de vida como los fingidores estaban vacíos de ella.

El movimiento en sí era escapismo puro, por supuesto, pero ¿de qué escapaba toda esa gente? De la inseguridad, tal vez. De la tensión, de una intranquilidad cotidiana e incesante que nunca llegaba a ser temor declarado, pero tampoco acababa en paz. Tal vez del estado mental de no sentirse jamás seguro: un estado mental que todos los refinamientos de una tecnología altamente desarrollada no podían compensar.

—Nuestro helado ya ha de estar envuelto —dijo la señora Leslie, recogiendo sus guantes y bolso—. Tiene que venir a casa una noche de éstas, señor Vickers.

Él se levantó para despedirse.

—Por cierto. Una noche de éstas —prometió.

Sabía que no haría esa visita y que ella tampoco la deseaba, pero ambos pagaban tributo, de la boca hacia afuera a la antigua leyenda de la hospitalidad.

—Vamos, Jane —dijo la señora—. Ha sido un placer conocerlo, señor Vickers, después de tantos años.

Y se marchó sin esperar respuesta. Jane se demoró un momento.

—Ahora en casa todo anda bien —dijo—. Papá y mamá se han arreglado otra vez.

—Me alegro mucho —respondió Vickers.

—Papá dice que no volverá a salir con mujeres.

—Me alegro.

La madre llamó a Jane desde la otra punta del negocio.

—Tengo que irme —dijo Jane, bajando de la silla.

Corrió por el local hasta reunirse con su madre. Mientras se dirigían hacia la puerta se volvió para agitar la mano hacia Vickers en señal de despedida.

«Pobrecita», pensó Vickers, «¡Qué vida le espera! Si yo tuviera una criatura como ella...». Pero apartó el pensamiento sin demora. Para él no había criaturas, sólo un estante de libros. Y el nuevo original lo estaba esperando en toda su gloria llena de promesas. De pronto comprendió que esas promesas eran débiles y falsa la posible gloria. Libros y originales: poca cosa para servir de base a una vida.

Ahí estaba el problema, por supuesto, y no sólo para él. Nadie parecía tener gran cosa sobre la cual construir su vida. El mundo llevaba muchos años entre la guerra y la amenaza de guerra. En un principio se había producido cierto pánico, cierta necesidad de escapar; en la actualidad había sólo ese entumecimiento moral y mental; ya ni siquiera se reparaba en él: se lo aceptaba como parte normal de la vida.

No era de extrañar que hubieran aparecido los fingidores. Él mismo practicaba la ficción entre sus libros y sus manuscritos.

CAPÍTULO 10

La llave no estaba bajo el tiesto de la entrada. Recordó entonces que había dejado la puerta abierta para que Joe pudiera entrar a exterminar los ratones. Hizo girar el pomo y entró, cruzando la sala para encender la lámpara del escritorio. Ante ella había una hoja cuadrada y blanca con una escritura a lápiz, grabada por mano torpe:

Jay: Hice mi trabajo y después volví para abrir las ventanas y ventilar. Le daré cien dólares por cada ratón que encuentre.

Joe.

Un ruido lo hizo volverse. En el porche había alguien, sentado en su silla favorita, hamacándose lentamente; un cigarrillo marcaba una breve línea ondulante en la oscuridad.

—Soy yo —dijo Horton Flanders—. ¿Ha comido usted?

—Sí, comí algo en la aldea.

—Es una pena. Traje una bandeja de emparedados y un poco de cerveza. Pensé que volvería con hambre, y como sé que a usted no le gusta cocinar...

—Gracias —replicó Vickers—. No tengo apetito, pero más tarde los comeremos.

Arrojó el sombrero sobre una silla y salió al porche.

—He ocupado su silla —dijo el señor Flanders.

—No se moleste. Esta es igualmente cómoda.

—¿Hay alguna novedad? Tengo una costumbre deplorable: a veces no leo los periódicos.

—Siempre lo mismo. Otro rumor de pacificación en el que nadie

cree.

—La guerra fría sigue en marcha —dijo el señor Flanders—. Ya lleva casi cuarenta años. De vez en cuando levanta temperatura, pero jamás estalla del todo. ¿Ha pensado usted alguna vez, señor Vickers, que al menos diez veces debió declararse la guerra, pero por alguna razón no fue así?

—No lo había pensado.

—Pero es verdad. En primer lugar hubo aquel problema con el puente aéreo de Berlín y la lucha en Grecia. Cualquiera de esos factores habría podido desatar una guerra en gran escala, pero se aquietaron. Después surgió lo de Corea y se aquietó también. A continuación fue Irán el que amenazó con desatar la guerra, pero lo superamos. Entonces sobrevinieron los incidentes de Manila y la agitación de Alaska y la crisis de la India y varias cosas más. Pero todo se compuso de un modo u otro.

—En realidad nadie quiere luchar —expresó Vickers.

—Tal vez no —aceptó el visitante—, pero hace falta algo más que buena voluntad para evitar una guerra. De vez en cuando alguna potencia llega a un punto en el cual debe luchar o retroceder. Y siempre, en esos casos, han retrocedido. La naturaleza humana no es así, señor Vickers; al menos no era así hace cuarenta años. ¿No le parece que ha ocurrido algo, que algún factor desconocido o una nueva ecuación son los responsables de eso?

—No sé cuál podría ser el nuevo factor. La raza humana sigue siendo humana. Siempre se ha peleado. Hace cuarenta años ponían fin a la peor de las guerras que se han librado en la historia.

—Y desde entonces se han sucedido las provocaciones y las guerras locales, pero no se repitió la guerra mundial. ¿Podría decirme la causa?

—No, no puedo.

—Yo lo he pensado mucho —dijo el señor Flanders—. Aunque sin prestar demasiada atención, claro está. Y se me ocurre que debe haber un factor nuevo.

—Miedo, tal vez —sugirió Vickers—. Miedo a esas armas terribles.

—Eso podría ser —admitió Flanders—. Pero el miedo es algo extraño. Tanto sirve para evitar una guerra como para provocarla. Es posible que el miedo, por si, obligue a la gente a luchar para

deshacerse de él, y ya estaríamos en guerra. No, señor Vickers, no creo que el miedo solo baste para justificar la paz.

—¿Usted se refiere a algún factor psicológico?

—Podría ser. O a cierta intervención.

—¡Intervención! ¿Y quién podría intervenir?

—No sabría decírselo, pero esa idea no es nueva para... Y no sólo en este aspecto. Si retrocedemos más o menos noventa años, descubriremos que algo pasó en el mundo por entonces. Hasta esa época el hombre había avanzado casi enteramente por las rutas antiguas. Aquí y allá había algunos progresos y ciertos cambios, pero no muchos. Escaseaban sobre todo los cambios de pensamiento, y eso es lo que importa.

»De pronto la humanidad dejó de arrastrar los pies para lanzarse al galope. Se inventaron el automóvil, el teléfono, el cine y las máquinas voladoras. Aparecieron la radio y otros chismes que caracterizaron el primer cuarto de siglo.

»Pero se trataba en su mayoría de progresos pura y simplemente mecánicos, de sumar dos más dos para obtener cuatro. En el segundo cuarto de siglo la física tradicional fue desplazada por un nuevo tipo de pensamiento; y éste admitió su ignorancia ante los átomos y los electrones. De eso surgieron teorías, la física atómica y todas las probabilidades que hoy en día siguen siendo probabilidades.

»Creo que ése fue el paso principal: que los físicos, después de haber creado pulcros cubículos de saber, después de haber ordenado el conocimiento clásico para que entrara en ellos, tuvieran el coraje de confesar su ignorancia ante el comportamiento de los electrones.

—Usted trata de decir que algo desvió a la humanidad de sus senderos —dijo Vickers—. Pero ésa no fue la única oportunidad. Antes existió el Renacimiento y la Revolución Industrial.

—No dije que fuera la única oportunidad —respondió Flanders—. Sólo dije que así ocurrió. El hecho de que haya pasado anteriormente, con ligeras diferencias, probaría que no es un mero accidente sino cierto ciclo, cierta influencia que opera sobre la raza humana. ¿Qué es lo que impulsa a una civilización tesonera y lenta para lanzarla al galope tendido? Y en este caso al menos, ¿qué la mantiene en carrera por casi cien años sin señales de

debilitamiento?

—Usted habló de intervención —dijo Vickers—. Tiene en la mente alguna fantasía descabellada, ¿los marcianos, tal vez?

El señor Flanders meneó la cabeza.

—No creo que sean marcianos. No lo creo. Seamos un poco más generales.

Señaló con el cigarrillo el cielo abierto por sobre el cerco y los árboles, todas las estrellas que titilaban en la noche.

—Por allá debe haber grandes reservas de conocimiento. En muchos lugares del espacio, más allá de nuestra tierra, han de existir seres pensantes capaces de crear un conocimiento que ni siquiera soñamos. Una parte de él puede ser aplicable a los humanos, a la Tierra; la mayor parte, no.

—¿Sugiere que alguien, desde allá arriba...?

—No —respondió el señor Flanders—. Sugiero que el saber está allá, esperando, esperando que vayamos en su búsqueda.

—Pero si aún no hemos llegado a la luna...

—Tal vez no hagan falta los cohetes. Quizá no es necesario ir en carne y hueso para lograrlo. Podríamos llegar con la fuerza mental.

—¿Por medio de la telepatía?

—Algo así. Quizás el nombre sea adecuado. Una mente que hurga e investiga, una mente en busca de otra mente. Si la telepatía existe, la distancia no representaría dificultad alguna: un kilómetro o un año-luz,

¿qué importaría? Pues la mente no es un objeto físico. No está sujeta (o no debería estarlo) a las leyes según las cuales nada puede exceder la velocidad de la luz.

Vickers soltó una risa intranquila. Un insecto invisible, un insecto de patas múltiples, le trepaba lentamente por el cuello.

—Está bromeando, ¿verdad?

—Tal vez —admitió el señor Flanders—. Tal vez soy un viejo excéntrico que ha encontrado quién lo escuche sin reírse demasiado.

—Pero ese conocimiento del que usted habla. No hay pruebas de que pueda ser aplicado, ni ahora ni en el futuro. Sería extraño a nosotros; involucraría una lógica extraña, se aplicaría a problemas extraños también y se basaría en conceptos igualmente extraños,

que nos serían incomprensibles.

—En gran parte, es posible —replicó el visitante—. Habría que tamizar y cernir. Quedaría mucha hojarasca, pero al cabo encontraríamos algunas almendras. Se podría encontrar, por ejemplo, una manera de eliminar la fricción, y en ese caso sería posible fabricar máquinas que duraran por siempre y se obtendrían...

—Un momento —saltó Vickers, con los nervios en tensión—, ¿adónde quiere llegar? ¿Qué es eso de máquinas eternas?, eso ya existe. Precisamente esta mañana estaba hablando con Eb, y él me hablaba de...

—De un automóvil. Y a eso precisamente me refiero, señor Vickers.

CAPÍTULO 11

Cuando el señor Flanders se hubo marchado Vickers permaneció largo rato sentado en el porche, fumando cigarrillo tras cigarrillo mientras contemplaba la franja de cielo visible entre el cerco y el alero del porche..., el cielo y su cristalina pincelada de estrellas. Uno era incapaz de percibir el tiempo y la distancia que se abrían entre las estrellas.

Flanders: un viejo de chaqueta raída y bastón lustrado, que hablaba de un modo extraño y pomposo, sugiriendo otros tiempos y otras culturas. ¿Qué sabía él, qué podía saber sobre las estrellas?

Cualquiera podía imaginar una charla como ésta. ¿Cómo se había expresado? «Lo he pensado mucho, aunque sin prestar demasiada atención». Así debía ser: un anciano excéntrico sin nada que hacer, salvo dedicarse a pensamientos errabundos con los que huía de una vida vieja y descolorida.

«Vamos, también yo estoy especulando», se dijo Vickers, «pues no hay modo de saber qué clase de vida ha llevado este anciano».

Se levantó para entrar a la sala. Apartó la silla del escritorio y se sentó ante la máquina de escribir; ésta lo acusó de perder el tiempo, de haber perdido un día entero, y señaló con dedo acusador la pila de originales, que habría sido algo más alta si él se hubiera quedado a trabajar.

Tomó unas cuantas páginas y trató de leer, pero no logró cobrar interés. Lo asaltó entonces el terror de haberse enfriado, de haber perdido la chispa que lo impulsaba, día tras día, a volcar sobre el papel las palabras que debían ser escritas. Que debían ser escritas, literalmente, como si al hacerlo se purgara de una confusión siempre al acecho en su mente, como si escribirlas fuera una condición para existir.

Había dicho que no tenía interés en escribir el libro de Crawford. En verdad no lo tenía. Quería volver a su casa y aumentar la pila de originales que le esperaba sobre el escritorio. Pero no era ésa la única razón; había algo más. Aunque Ann se burlara de él, había tenido un presentimiento, una sensación de temor y de peligro, como si algún otro yo estuviera a su lado, advirtiéndole que se apartara de aquello.

No era lógico, claro; no había razones para sentir temor ni para rechazar el trabajo. El dinero le habría venido bien, tan bien como a Ann el porcentaje. No había lógica ni sentido alguno en rechazarlo. Y sin embargo, sin vacilar ni por un instante, había dicho que no.

Volvió a dejar las hojas sobre la pila y se levantó, poniendo la silla nuevamente contra la mesa.

Como si el susurro de las patas sobre la alfombra hubiera sido una señal, se produjo un leve rumor de carrera entre dos rincones oscuros. Después se hizo un silencio profundo, una perfecta quietud. Por la puerta abierta le llegó el susurro de la viña, que rozaba el toldo del porche al balancearse lentamente, hamacada por el viento. En seguida cesó también su balanceo; la casa quedó sumida en un silencio mortal, casi artificioso, como si aguardara un suceso inminente.

Vickers se volvió lentamente para observar el cuarto; lo hizo con toda cautela, en un esfuerzo exagerado y casi ridículo por no hacer ruido; quería mirar el rincón de donde había surgido el susurro sin que su maniobra fuera notada.

Allí no quedaban ratones. Joe los había matado mientras él estaba en la ciudad. Y si no quedaban ratones, no podía haber carreras entre rincón y rincón. Joe había dejado una nota; estaba aún junto a la lámpara del escritorio, y en ella prometía pagarle cien dólares al contado por cada ratón que encontrara en la casa.

El silencio se prolongaba; era más que mero silencio: una perfecta inmovilidad, como si todo aguardara sin respirar.

Vickers movió tan sólo los ojos para examinar el cuarto. Tenía la sensación de que si giraba la cabeza le crujiría el cuello, traicionándolo ante cualquier posible peligro. Escudriñó en especial las zonas oscuras de los rincones, bajo los muebles, todos aquellos sitios sombreados adonde la luz no llegaba. Sus manos se alargaron furtivamente hacia los bordes del escritorio: necesitaba aferrarse a

algo sólido para no sentirse tan angustiosamente solo y paralizado.

En ese momento rozó con los dedos un objeto metálico. Debía ser el pisapapeles que había retirado de sobre los originales al sentarse, un momento antes. Cerró la mano en torno a él y lo ocultó en el hueco de la palma: ya tenía un arma.

En el rincón, junto al sillón amarillo, había algo. Parecía carecer de ojos, pero él supo que lo estaba observando. Ese algo no sabía que Vickers lo había detectado o aparentaba no saberlo. De cualquier modo su ignorancia acabaría de inmediato.

—¡Ya! —exclamó Vickers.

La palabra surgió de sus labios como un disparo de cañón. Echó el brazo derecho hacia atrás y hacia arriba. El pisapapeles, girando sobre sí mismo, se estrelló contra el rincón.

Hubo un fuerte crujido y después un ruido de piezas metálicas que rodaban por el suelo.

CAPÍTULO 12

Encontró muchos tubos pequeños aplastados y una intrincada masa de alambres, doblados o partidos, y extraños discos de cristal, quebrados y astillados, y finalmente la armazón metálica que contenía los tubos, los alambres, los discos y muchas otras piezas metálicas de misterioso origen, que no pudo reconocer.

Vickers arrimó la lámpara del escritorio hacia sí, para que la luz cayera sobre el puñado de piezas que había recogido del suelo. Extendió el índice y las removió con tiento, escuchando el tintineo que emitían al entrechocar.

No se trataba de ratones, sino de otra cosa, otra cosa que acechaba en la noche, sabiendo que él la tomar por un ratón; y ese algo había asustado al gato y no caía en las trampas.

Tal vez se trataba de un artefacto electrónico, a juzgar por los tubos y los alambres. Vickers volvió a remover las piezas con un dedo curioso, volvió a escuchar su tintineo.

«Un espía electrónico», se dijo. Un objeto escurridizo y atento, que observaba cada uno de los gestos, un objeto capaz de grabar cuanto oía y veía, para rendir cuentas más tarde o para transmitir directamente el material conseguido. Pero ¿a quién se lo transmitiría? ¿Y por qué? Tal vez no fuera un objeto espía, después de todo. Quizá se trataba de otra cosa, algo más simple o más perverso. Si hubiese sido un artefacto para ver y escuchar, instalado allí a fin de espíarlo, no se habría dejado atrapar. Hasta entonces Vickers no había visto ninguno; sin embargo llevaba meses enteros oyendo los pasos furtivos y las precipitadas huidas de lo que tomara por ratones. Cualquier artefacto espía estaría tan bien construido que sería capaz de mantenerse fuera de su vista, además de observarlo. Su eficacia dependía de que pasara desapercibido. No

podía permitirse un descuido. Permanecería oculto, a menos que quisiera mostrarse.

A menos que quisiera mostrarse.

En el momento de escuchar el ruido él había estado ante el escritorio. Acababa de levantarse y de empujar la silla hacia adelante. Si el artefacto no hubiese corrido de rincón a rincón él jamás lo hubiera detectado. Y no tenía motivos para correr, pues el cuarto estaba en sombras, iluminado sólo por la lámpara del escritorio; además, en ese momento Vickers daba la espalda a la habitación.

Tuvo entonces la helada certeza de que el artefacto había querido ser detectado, atrapado en el rincón y hecho trizas con el pisapapeles. Había corrido deliberadamente para llamar la atención, y una vez logrado esto no trató de escapar.

Vickers se sentó ante el escritorio. Sintió que la frente se le cubría de sudor frío, pero no movió un dedo para enjuagarlo.

El artefacto había querido darse a conocer.

No se trataba del artefacto, naturalmente, sino de aquello que se ocultaba tras él, el ser o el objeto que lo había instalado en su casa. Llevaba meses acechando y escurriéndose para observar y escuchar. En ese momento el espionaje había llegado a su fin y era tiempo de otra cosa; era tiempo de hacer saber a Vickers que estaba bajo observación.

Pero ¿quién era el responsable, y a qué se debía aquello?

Luchó contra el pánico frío y desatado que se elevaba en su interior y se obligó a permanecer sentado en la silla. En algún momento de ese mismo día había de estar la clave. En alguna parte estaba la clave, y él debía reconocerla. Uno de los sucesos de esa jornada había inspirado a la agencia oculta tras el objeto espía la decisión de dejarle saber.

Repasó los acontecimientos del día, ordenándolos mentalmente como si los tuviera escritos en un cuaderno.

La niña que había desayunado con él.

El recuerdo de un paseo disfrutado veinte años antes.

El artículo del periódico sobre la existencia de mundos múltiples.

Las mujeres que habían charlado en el asiento trasero del ómnibus y la señora Leslie, que estaba organizando un club.

Crawford y su historia sobre el mundo acorralado.

Las casas en venta a quinientos dólares por habitación.

El señor Flanders, sentado en el porche, hablando de un factor recién descubierto que impedía al mundo entrar en guerra.

El ratón que no era tal.

Pero eso no era todo, por supuesto. En algún punto había un detalle olvidado. Lo adivinaba sin saber cómo; sabía que pasaba algo por alto, cierto hecho tabulado que debía ocupar un sitio en la lista de cosas ocurridas ese día.

Si, Flanders había dicho que le intrigaba la organización de los negocios de chismes y el asunto de los carbohidratos. «Se está preparando algo», había dicho.

Y más tarde se habían sentado en el porche a hablar de las reservas de conocimiento ocultas entre las estrellas y de un factor que impedía al mundo entrar en guerra, y de otro factor que había alejado al mundo de su ruta hacia casi cien años, para lanzarlo al galope. Flanders había pensado en todo eso sin prestarle mucha atención.

Pero ¿eran tan casuales sus cavilaciones? ¿O sabía más de lo que había dicho?

Y si sabía más, ¿qué?

Vickers echó la silla hacia atrás y se levantó. Eran casi las dos.

«No importa», pensó. «Es hora de que descubra todo».

Aunque fuera necesario irrumpir en su casa y sacarlo a empujones de la cama, a gritos, en camisa de dormir (porque seguramente Flanders no usaría pijamas), era hora de descubrirlo todo.

CAPÍTULO 13

Mucho antes de llegar a la casa de Flanders Vickers adivinó que algo malo ocurría. La casa estaba iluminada desde el sótano a la buhardilla. Por el patio caminaban varios hombres con linternas; había grupos reunidos, charlando. A lo largo de la calle, las mujeres y los niños habían salido a los porches envueltos apresuradamente en sus batas. Era como si esperaran ver algún extraño desfile que aparecería por la calle a las tres de la mañana.

En el grupo reunido junto al portón había varios hombres a quienes Vickers conocía. Estaban Eb, el mecánico, Joe, el exterminador, y Vic, que atendía la farmacia.

—¡Hola Jay! —dijo Eb—; es una suerte que hayas venido.

—¡Hola Jay! —dijo Joe.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Fue Vic quien respondió:

—El viejo Flanders ha desaparecido.

—La casera se levantó a la noche para darle un medicamento —explicó Eb— y descubrió que no estaba. Lo buscó por un rato y al cabo salió a pedir ayuda.

—¿Lo han buscado bien? —preguntó Vickers.

—Sólo por los alrededores, pero ahora empezaremos a ensanchar el círculo. Tendremos que organizarnos un poco.

El propietario de la farmacia dijo:

—Al principio pensamos que se habría levantado a pasear por la casa o por el patio y quizá había sufrido algún ataque. Por eso buscamos por aquí.

—Hemos revisado toda la casa —agregó Joe—, de cabo a rabo; también inspeccionamos el patio. No hay señales de él.

—Tal vez salió a dar un paseo —arriesgó Vickers.

—Nadie en su sano juicio sale a caminar después de medianoche —afirmó Joe.

—En mi opinión no estaba en su sano juicio —intervino Eb—. No es que no me gustara; lo apreciaba, sí. En mi vida he visto un vejete más educado que él, pero tenía muchas rarezas.

Alguien llegó por la acera con una linterna.

—¿Están ustedes listos para organizarse? —preguntó el hombre de la linterna.

—Claro, comisario —respondió Eb—. Cuando guste. Esperábamos que usted diera la orden.

—Bien —dijo el comisario—, no podremos hacer gran cosa mientras no aclare, pero falta sólo un par de horas. Mientras tanto podríamos hacer algunas inspecciones rápidas por los alrededores. Algunos de los otros muchachos se abrirán en abanico para cubrir la ciudad y recorrerán todas las calles y callejones. Se me ocurrió que ustedes podrían echar un vistazo a la orilla del río.

—Cuenta con nosotros —dijo Eb—. Díganos qué quiere y quédese tranquilo.

El comisario levantó la linterna hasta la altura de los hombros y los observó.

—Jay Vickers, ¿no? Me alegro de que haya venido, Jay. Necesitamos de todos los hombres.

Vickers mintió sin saber por qué lo hacía:

—Oí desde mi casa que pasaba algo.

—Creo que usted conocía bien al anciano, mejor que nosotros.

—Solía venir a charlar conmigo casi todos los días.

—Lo sé. Nos llamó la atención, porque con los demás no hablaba.

—Teníamos algunas aficiones en común —explicó Vickers—. Creo que se sentía solo.

—La casera dijo que anoche él estuvo en su casa.

—En efecto. Se marchó poco antes de medianoche.

—¿Notó usted algo extraño en él? ¿Algo diferente en su modo de hablar?

—Vamos, oiga, comisario —interrumpió Eb—. No pensará que Jay tiene algo que ver con esto, ¿verdad?

—No —replicó el comisario—. No, supongo que no.

Y agregó, bajando la linterna:

—Hagan el favor de bajar al río. Al llegar allí, sepárense. Que algunos vayan río arriba y otros en dirección contraria. No creo que nadie encuentre nada, pero es mejor asegurarse. Vuelvan antes del amanecer para que empecemos con una búsqueda más a fondo.

Y se marchó por el empedrado, balanceando su linterna.

—Creo que será mejor ir andando —dijo Eb—. Yo iré con un grupo río abajo. Tú, Joe, ve con los demás hacia arriba. ¿Todos de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Joe.

Cruzaron el portón y bajaron por la calle hasta llegar a la esquina. Allí tomaron por la calle lateral para bajar hasta el puente.

—Aquí nos separamos —indicó Eb—. ¿Quién irá con Joe?

Varios hombres se adelantaron.

—Bien —prosiguió Eb—. El resto vendrá conmigo.

Los dos grupos se separaron antes de bajar al río. Una niebla fría se cernía a la ribera. El agua chapoteaba rápida y suavemente en la oscuridad. Un pájaro nocturno chilló desde la otra orilla. La luz de las estrellas se reflejaba, hecha astillas, en la superficie en movimiento.

Eb preguntó:

—¿Crees que lo hallaremos, Jay?

—No —respondió Vickers, lentamente—. No, no creo. No sé por qué, pero estoy seguro de que no lo hallaremos.

CAPÍTULO 14

Cuando Vickers volvió a su casa había caído ya la noche. El teléfono estaba sonando y tuvo que correr por la sala para atenderlo. Era Ann Cuter.

—Me he pasado el día tratando de comunicarme contigo. Estaba muy preocupada. ¿Dónde estabas?

—Fuera de casa, buscando a un hombre.

—Jay, no te hagas el gracioso —pidió ella—. Por favor déjate de bromas.

—No es broma. Es un anciano, vecino mío. Desapareció. Estuve ayudando en la búsqueda.

—¿Apareció?

—No, no lo hallamos.

—¡Qué pena! —exclamó ella—. ¿Era buen hombre?

—De los mejores.

—Tal vez lo hallen más adelante.

—Tal vez —respondió Vickers—. ¿Por qué estabas tan preocupada?

—¿Recuerdas lo que dijo Crawford?

—Dijo muchas cosas.

—Acerca del próximo artículo que aparecería en el mercado. Un vestido por cincuenta centavos.

—Ahora que lo mencionas, sí, me acuerdo.

—Bien, ya está.

—¿Qué es lo que está?

—Apareció el vestido. Pero no cuesta cincuenta centavos, sino ¡quince!

—¿Compraste alguno?

—No, Jay. Estaba demasiado asustada para comprarlo. Iba

caminando por la Quinta Avenida y vi un letrero en un escaparate, un letrero pequeño y discreto. Decía que el vestido en exhibición estaba en venta a quince centavos. ¿Lo imaginas, Jay? ¿Un vestido de quince centavos en la Quinta Avenida?

—No, no puedo imaginarlo —confesó Vickers.

—¡Era tan bonito...! Brillaba. No era brillo de pedrería ni de lentejuelas; era la tela lo que brillaba, como si estuviera viva. Y el color... Jay, era el vestido más bonito que he visto en mi vida. Y pude haberlo comprado por quince centavos, pero me faltó coraje. Recordé lo que nos había dicho Crawford y me quedé helada, mirándolo.

—Bueno, es una lástima —dijo Vickers—. Junta coraje y vuelve por la mañana. Quizá todavía lo tengan.

—Pero eso no importa, Jay, ¿no lo comprendes? Eso prueba que Crawford tenía razón. Sabe lo que dice; es cierto que existe una conspiración y que el mundo está acorralado.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Bueno, yo... No sé, Jay. Creí que te interesaría.

—Me interesa —replicó Vickers—. Y mucho.

—Jay, se está preparando algo.

—Tranquilízate, Ann. Es claro que se está preparando algo.

—Pero ¿qué es? No es sólo lo que Crawford dijo. No sé como...

—Tampoco yo lo sé. Pero es algo grande. Escapa a tu alcance y al mío. Tengo que pensarlo.

De pronto la tensión desapareció de la voz de Ann.

—Jay —dijo—, ahora me siento mejor. Me hizo bien hablar contigo.

—Mañana saldrás de compras —le dijo él—, e irás a comprar varios vestidos de quince centavos. Ve temprano, antes de que llegue la multitud.

—¿Qué multitud? No comprendo.

—Mira, Ann, cuando corra la noticia la Quinta Avenida se convertirá en un atolladero de compradoras en busca de gangas.

—Creo que tienes razón —respondió ella—. Llámame mañana, ¿quieres, Jay?

—Lo haré.

Se despidieron y él cortó. Permaneció inmóvil por un instante, tratando de decidir lo que haría a continuación.

Había que cenar, buscar el periódico y verificar si había correspondencia.

Abrió la puerta y desandó el sendero hasta el pequeño buzón de la entrada. Sacó de él unas pocas cartas y las revisó de prisa; había muy poca luz y no pudo distinguir los remitentes. Parecían ser, en su mayoría, envíos de propaganda. Y unas cuantas facturas a pagar, aunque recién comenzaba el mes.

Ya de regreso en la casa encendió la lámpara del escritorio y dejó las cartas sobre la mesa. Junto a la lámpara estaba todavía el embrollo de tubos y discos que había recogido del suelo la noche anterior. Fijó por un momento la vista en ellos, tratando de recuperar la correcta perspectiva del tiempo. Había sido tan sólo la noche anterior, pero parecían haber pasado semanas enteras desde que arrojara el pisapapeles contra el rincón.

Y nuevamente volvió a quedarse inmóvil, como entonces, con la sensación de que en alguna parte estaba la clave de todo. Sólo hacía falta saber cómo buscarla.

El teléfono volvió a sonar. Era Eb.

—¿Qué piensas del asunto? —preguntó.

—No sé qué pensar.

—Está en el fondo del río —aseguró Eb—. Es allí donde está, como le dije al comisario. Mañana por la mañana, en cuanto salga el sol, empezarán a dragarlo.

—No sé —dijo Vickers—. Quizá tengas razón, pero no creo que haya muerto.

—¿Por qué, Jay?

—Tampoco lo sé. No es por un motivo preciso. Un presentimiento, nada más.

—Te llamé porque tengo algunos de esos coches Eterno —aclaró Eb, cambiando de tema—. Me llegaron esta tarde. Pensé que a lo mejor te habías decidido a comprar uno.

—No lo he pensado mucho, Eb, para serte sincero. Pero tal vez me interese.

—Por la mañana te llevaré uno. Así podrás probarlo y decidir qué te parece.

—Magnífico.

—De acuerdo —dijo Eb—. Hasta mañana.

Vickers volvió al escritorio y recogió las cartas. No había

facturas. De las siete, seis eran folletos de propaganda; y la séptima venía en un sobre blanco cubierto de escritura temblorosa.

Lo abrió. Dentro había una sola hoja de papel, meticulosamente doblada. Decía:

Mí querido amigo Vickers:

Confío en que ésta no lo encuentre demasiado exhausto tras los agotadores esfuerzos que, indudablemente, le habrá exigido la búsqueda de mi persona.

No me caben dudas de que mis acciones impondrán a los gentiles habitantes de esta excelente aldea ciertas inusitadas diligencias, que redundarán en perjuicio de los asuntos propios, pero tampoco ignoro que disfrutarán intensamente de ellas.

Sé que usted no revelará la recepción de ésta carta ni se comprometerá más de lo necesario para convencer a nuestros vecinos de que es inútil proseguir la búsqueda. Puedo asegurarle que soy muy feliz; sólo la necesidad del momento me obligó a hacer lo que hice.

Le dirijo esta nota por dos razones. En primer lugar para aliviarlo de cualquier intranquilidad que pueda sentir por mi suerte. En segundo término, para abusar de nuestra amistad hasta el punto de ofrecer un consejo sin que me haya sido solicitado.

Desde hace algún tiempo vengo pensando que usted se limita demasiado a su obra; tal vez le convendría tomarse unas pequeñas vacaciones. Sería una excelente idea hacer una visita a los escenarios de su infancia y recorrer los senderos que holló cuando niño. Eso podría ayudarle a limpiar el polvo y a ver con ojos más claros.

Su amigo.

Horton Flanders

CAPÍTULO 15

«No iré», pensó Vickers. «No puedo ir. Esos lugares ya no representan nada para mí y no quiero que cobren significado ahora, después de esforzarme durante tantos años por olvidarlos».

Habría podido verlos con sólo cerrar los ojos: la arcilla amarillenta de los trigales lavados por la lluvia, las rutas blancas de polvo, zigzagueantes por los riscos y los valles, los solitarios buzones posados sobre cercos ruinosos, los portones raídos, las casas maltratadas por el clima, el ganado escuálido que bajaba hacia la pradera, siguiendo el sendero estrecho abierto por sus cascos, los perros hambrientos que salían ladrando a la carrera cuando uno pasaba ante las granjas.

«Si regreso me preguntarán por qué volví y cómo me ha ido. Dirán: “¡Qué pena lo de su papá!”; era muy buen hombre». Se sentarán en cajones invertidos, frente a la tienda, masticando tabaco. Y lo escupirán sobre la acera mirándome de soslayo. «Así que usted escribe libros», dirán. «Vaya, un día de éstos tendré que leer alguno. Nunca los oí nombrar».

Iría al cementerio y se detendría ante una lápida, con el sombrero en la mano, para escuchar el gemido del viento entre los poderosos pinos que rodeaban el camposanto. Y pensaría: «Si al menos hubiese podido llegar a algo en la vida a tiempo para que tú lo supieras, para que ustedes dos se sintieran orgullosos de mí y se pavonearan un poco ante los vecinos... Pero no lo hice, por supuesto».

Recorrería en auto las rutas de su infancia, y se detendría junto al riachuelo para franquear la cerca de alambre de púas y bajar al pozo donde pescaba. Pero el arroyo sería sólo un hilo de agua, y el agujero un lodoso ensanchamiento de ese hilo. Y el árbol sobre el cual solía sentarse habría desaparecido, arrastrado por las crecientes de primavera. Contemplaría las colinas, que serían las

mismas, pero también extrañas, y se preguntaría en qué radicaba la diferencia. Pero no podría dilucidarlo. Y así seguiría su camino pensando en el arroyo, en las colinas extrañas, más y más solitario con el correr de los minutos. Y al fin se marcharía. Apretaría a fondo el acelerador, aferrado al volante, tratando de no pensar.

Y también (había que admitirlo) pasaría en coche frente a la gran casa de ladrillo, la del pórtico y los abanicos sobre la puerta. Pasaría muy despacio para mirarla mejor; las persianas estarían sueltas y ruinosas; la pintura, descascarada. Las rosas del portón se habrían marchitado en algún invierno frío y tempestuoso.

«No iré», se dijo. «No iré».

Y sin embargo tal vez fuera.

«Eso podría ayudarle a limpiar el polvo», había escrito Flanders, «a ver con ojos más claros».

¿A ver qué cosa con ojos más claros?

¿Acaso había algo en las praderas de su niñez que pudiera ayudarle a explicar esa situación, algún factor oculto algún símbolo abstracto que pasara por alto? ¿Se trataba quizá de algo que había visto muchas veces sin reconocerlo?

¿O todo era imaginación suya y estaba dando importancia a palabras que no la tenían? ¿Cómo saber de seguro que Flanders, el del traje raído y el bastón ridículo, tenía alguna vinculación con la historia de Crawford sobre la humanidad acorralada?

No, no había la menor evidencia. Sin embargo Flanders había desaparecido dejándole una nota. Le aconsejaba limpiar el polvo para ver mejor. Y tal vez sólo quería decir que limpiando el polvo podría escribir mejor, para que los originales apilados sobre su escritorio fueran su obra maestra; pues el autor habría contemplado la vida y la humanidad con ojos limpios de polvo. El polvo del prejuicio, tal vez, o el polvo de la vanidad. O simplemente el polvo de no ver las cosas con tanta agudeza como correspondía.

Vickers posó una mano sobre las hojas y las hizo correr bajo el pulgar, en un gesto distraído y casi amoroso. ¡Qué poco había hecho, cuánto le quedaba por hacer! Y durante dos días no había escrito una palabra. Dos días enteros perdidos.

Para escribir como era debido necesitaba sentarse en calma, concentrarse, apartarse del mundo y dejar después que el mundo viniera a él, un poquito por vez, un mundo selecto que él podía

analizar y volcar sobre el papel con una claridad y una agudeza inconfundibles.

«En calma», se dijo. «Dios mío, ¿qué calma puede haber cuando uno tiene mil preguntas y mil dudas hurgándole la mente?».

Vestidos de quince centavos. Vestidos de quince centavos en la Quinta Avenida.

Estaba pasando por alto algún factor, y éste aguardaba allí, ante sus ojos, el momento de ser descubierto.

En primer lugar había venido la niña a desayunar; después, el periódico. Después salió a buscar el coche y Eb le habló de los automóviles Eterno. Como el suyo no estaba listo fue hasta la esquina de la farmacia para tomar un ómnibus, y allí se encontró con el señor Flanders, mientras observaba el escaparate del negocio. Y el señor Flanders dijo entonces...

Un momento: había ido hasta la esquina de la farmacia para tomar un ómnibus. Algo tironeaba de su memoria, algo relacionado con un ómnibus.

Al subir se había sentado junto a la ventanilla. Se había sentado mirando por la ventanilla. Y el asiento de al lado permaneció libre durante todo el viaje. Llegó a la ciudad dueño absoluto del asiento.

«Eso es», pensó. Y aún mientras lo pensaba sintió un loco regocijo, seguido por el horror de un incidente olvidado. Permaneció inmóvil por un instante, tratando desesperadamente de apartar aquel episodio tan remoto. Pero no lo consiguió. Supo entonces que no había escapatoria y que debía obrar.

Se volvió hacia el escritorio. Abrió el cajón superior del lado izquierdo y empezó a retirar metódicamente cuanto contenía. Repitió la misma operación con todos los cajones, pero no pudo encontrar lo que buscaba.

«En alguna parte lo hallaré», pensó. Se trataba de algo que no podía haber tirado a la basura.

En la buhardilla, tal vez en una de las cajas que guardaba en la buhardilla.

Trepó las escaleras. El fuerte resplandor de la bombilla sin pantalla que pendía del techo le hizo parpadear. El aire helado; las vigas desnudas descendían a cada lado como una mandíbula poderosa a punto de cerrarse sobre él.

Vickers cruzó la buhardilla hacia los cajones de embalaje que

estaban contra el alero. ¿En cuál de los tres podía estar? No había modo de saberlo.

Comenzó por el primero. Estaba allí, bajo una escopeta que el otoño anterior había buscado en vano hasta darla por perdida.

Abrió el cuaderno y lo hojeó hasta llegar a las páginas que le interesaban.

CAPÍTULO 16

Tal vez aquello se prolongó durante años antes de que él lo notara. Después, al reparar en el hecho, comenzó a cavilar sobre él sin prestarle mucha atención. Más adelante inició una observación detallada. Acabó por tratar de tomarlo a broma, pero no había en ello motivos para la risa. Volvió a la observación durante un mes y dejó entonces constancia escrita de los hechos que notaba.

Cuando ese registro corroboró su observación anterior, trató de achacarlo a su imaginación, pero por entonces las cosas estaban bien claras ante sus ojos y era necesario hacer algo al respecto.

Las anotaciones indicaban que aquello superaba sus primeros temores, pues afectaba no sólo una fase de su existencia, sino muchas fases diferentes. En tanto la evidencia se acumulaba fue creciendo su sorpresa por no haberlo notado hasta entonces, pues era algo que debió haberle sido obvio desde el principio.

Todo comenzó con la reticencia de quienes viajaban con él en el ómnibus: parecían reacios a sentarse junto a él. Por esa época vivía en una destartalada casa de pensión, en las afueras de la ciudad, próxima a la estación terminal de la línea. Por la mañana, puesto que eran pocos quienes subían en ese punto, nada le impedía ocupar su asiento favorito.

El ómnibus se iba llenando gradualmente, de parada en parada, pero por lo general llegaban al término del recorrido sin que nadie se hubiera sentado junto a él. Eso no le preocupaba, naturalmente; en realidad prefería que así fuera, pues eso le permitía echarse el sombrero sobre los ojos y repantigarse en el asiento para echar una siestecilla sin problemas de cortesía, si bien debía reconocer, al repasar esos recuerdos, que de cualquier modo no habría sido especialmente cortés. Se levantaba demasiado temprano como para

serlo.

La gente subía al ómnibus y se sentaba con otras personas, no necesariamente con gente conocida, pues a veces Vickers notaba que no intercambiaban una palabra durante todo el recorrido. Quienes subían se sentaban junto a cualquiera, pero el asiento vecino al suyo permanecía vacío hasta que ya no quedaba otro libre en el vehículo.

Tal vez tenía mal aliento, mal olor. Al ocurrírsele esa idea convirtió su baño en un rito: compró un nuevo jabón que garantizaba un aroma fresco, se cepilló los dientes con mayor atención y empleó desodorante bucal hasta el punto de sentir náuseas al sólo verlo.

No sirvió de nada: seguía viajando solo.

Al mirarse en el espejo comprendía que la causa no estaba tampoco en su ropa, pues en esa época vestía con elegancia. Por lo tanto el problema había de radicar en su actitud. En vez de repantigarse en el asiento y echarse el sombrero sobre los ojos, debía sentarse bien erguido, mostrarse simpático y alegre, sonreír a todo el mundo. Y sonreiría, por Dios, aunque se le partiera la cara.

Pasó una semana entera tratando de mostrarse agradable, sonriendo a cuantos le echaban una mirada, como si fuese un joven comerciante que acababa de leer los libros de Dale Carnegie y pertenecía a la Cámara Joven.

Pero nadie se sentaba a su lado, al menos mientras hubiera otro asiento libre. No dejaba de ser un consuelo que prefirieran sentarse con él a viajar de pie.

Después notó algunas otras cosas.

Los compañeros de la oficina solían visitarse de escritorio a escritorio; formaban grupos de dos o tres y conversaban sobre los resultados conseguidos en el campo de golf, o se pasaban los últimos cuentos subidos de tono, o se preguntaban por qué diablos se quedaba uno en semejante lugar cuando había miles de empleos a disposición de quien quisiera. Pero nadie se acercaba al escritorio de Vickers.

Trató entonces de remediar aquello uniéndose a los otros grupos, pero en contados segundos cada uno volvía a su sitio. Intentó acercarse a cualquier escritorio para charlar con su ocupante; lo recibían amablemente, pero siempre estaban

terriblemente ocupados.

Revisó sus temas de conversación. Parecían bastante variados. No jugaba al golf, pero sabía unos cuantos cuentos verdes, leía casi todas las novedades en materia de libros y asistía a los mejores estrenos cinematográficos. Conocía bastante a fondo la política oficinesca y sabía maldecir al patrón como el mejor de ellos. Por medio de los diarios y de un par de semanarios se mantenía informado sobre las últimas novedades, era capaz de discutir sobre temas políticos y era una especie de erudito de café en cuanto a asuntos militares. Con todo eso debía ser muy capaz de sostener una buena conversación. Sin embargo, nadie parecía tener ganas de hablar con él.

A la hora del almuerzo ocurría lo mismo. En realidad, bien miradas las cosas, era igual fuera donde fuese.

Lo había escrito todo, fecha por fecha, con un relato de lo ocurrido cada día; Y en esos momentos, quince años después, volvía a leer aquellas palabras sentado en una caja, en una buhardilla vacía y desnuda. Con la mirada perdida hacia adelante, recordó sus sentimientos de entonces, lo que había hecho y dicho, incluyendo el hecho original de que nadie viajara a su lado mientras hubiese otro asiento vacío. Y lo mismo había vuelto a ocurrir un par de días antes, al viajar hacia Nueva York.

Quince años antes se había preguntado por qué, sin hallar respuesta. Y todo volvía a empezar.

¿Acaso él era diferente, en algún aspecto desconocido? ¿O se trataba sólo de alguna falla en su personalidad que le privaba de la chispa vital, del resplandor alerta de la camaradería?

No se trataba sólo de que nadie viajara con él ni de que nadie se reuniera ante su escritorio. Había otras cosas, por cierto más elusivas, que no había podido dejar por escrito. La soledad que sentía, no bajo la forma de punzadas ocasionales, como todo el mundo, sino una constante angustia de ser distinto, que lo obligaba a apartarse del prójimo tal como los demás se apartaban de él. Su incapacidad para iniciar nuevas amistades, su exagerado sentido de la dignidad, su rechazo de ciertas normas sociales.

Habían sido sin duda esas características (aunque hasta entonces no lo había considerado así) las que le obligaran a buscar alojamiento en esa aldea aislada, confinándolo a un reducido

círculo de amistades; por ellas se había vuelto hacia el sendero solitario de la literatura, para volcar sobre el papel las emociones contenidas y los pensamientos solitarios que necesitaban una vía de escape.

Sobre su condición de hombre diferente había construido su vida; tal vez de esa misma condición había surgido el poco éxito alcanzado hasta entonces.

Estaba instalado en un sendero abierto por él mismo, un sendero bienamado y pulido, pero algo acababa de impulsarlo hacia fuera. Todo había comenzado con la niñita que desayunara con él, y con Eb, que le hablaba del coche Eterno. Y después Crawford, y las extrañas palabras de Flanders; finalmente, el cuaderno recordado tras tantos años y hallado en la caja de la buhardilla.

Coches eternos y carbohidratos sintéticos; Crawford y su mundo acorralado. De algún modo todas esas cosas estaban vinculadas entre sí, y él tenía también cierta relación con ellas.

Era enloquecedor: estaba convencido de todo ello sin la menor prueba, sin un atisbo de motivos, sin una vaga pista que le revelara cuál podía ser su papel.

Comprendió que todo había sido siempre así, aun en las pequeñas cosas; era eterna en él la sensación de que sólo necesitaba alargar la mano para alcanzar cierta verdad, pero que jamás sería capaz de extenderse lo bastante como para expresarla.

Había mucho de absurdo en eso de saber que algo era cierto sin conocer la causa. Sabía, por ejemplo, que había sido correcto rehusar la oferta de Crawford aunque todo le urgía a aceptarla. Que Horton Flanders no aparecería jamás por pocas razones que hubiera para no creer lo contrario.

Quince años atrás se había enfrentado a cierto problema para resolverlo a su modo, casi sin darse cuenta; la solución había sido apartarse de la raza humana. Tras retroceder hasta apretar la espalda contra la pared pudo gozar de cierta paz. Y ahora, extrañamente, esa sensación de presentimiento, casi de precognición, parecía revelarle que el mundo y los problemas humanos volvían a acosarlo. Ya no podía retroceder más, aunque así lo quisiera. Cosa extraña: no sentía tampoco deseos de hacerlo. Era mejor así, pues no había ya sitio adonde huir.

Allí, a solas en la buhardilla, se quedó escuchando el viento que

susurraba contra el alero.

CAPÍTULO 17

Alguien llamaba violentamente a la puerta de entrada, gritando el nombre de Vickers. Transcurrieron uno o dos segundos antes de que éste reaccionara. Se levantó, dejando caer el cuaderno al suelo, arrugado y con las hojas hacia abajo.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Qué pasa allí?

Pero su voz no era sino un susurro áspero.

—Jay —gritó la voz—, Jay ¿estás ahí?

Bajó a saltos las escaleras y corrió hasta la sala. Eb ya había abierto la puerta.

—¿Qué pasa Eb?

—Escucha, Jay —dijo Eb—, tienes que salir de aquí.

—¿Por qué?

—Green que tú liquidaste a Flanders.

Vickers alargó una mano para aferrarse al respaldo de una silla.

—Ni siquiera te pregunto si lo hiciste —dijo Eb—. Estoy bien seguro de que no. Por eso quiero darte una oportunidad.

—¿Una oportunidad? —dijo Vickers—. ¿De qué hablas?

—Están reunidos en la taberna —explicó Eb— organizándose para lincharte.

—¿Quiénes?

—Todos tus amigos —dijo el mecánico con amargura—. Alguien los ha soliviantado. No sé quién fue. No perdí tiempo en averiguarlo. Vine directamente a tu casa.

—¡Pero si a mí me gustaba Flanders! Era el único que hablaba con él, su único amigo.

—No tienes tiempo. Debes marcharte.

—¿Adónde? No tengo coche.

—Te traje uno de los Eterno. Nadie lo sabe. Nadie sabrá que tú

vas en él.

—No puedo huir. Tienen que escucharme.

—¡No seas tonto! No es el comisario el que viene con una orden de arresto. Es una turba. ¿Crees que van a escucharte?

Se acercó a grandes pasos y tomó a Vickers por el brazo.

—¡Muévete, idiota! —exclamó—. Me he jugado el pellejo para venir a avisarte. Ahora no puedes perder la oportunidad.

Vickers se liberó de él, diciendo:

—Está bien, me iré.

—¿Tienes dinero?

—Algo tengo.

—Aquí tienes más.

Eb metió la mano en el bolsillo y sacó un delgado fajo de billetes. Vickers los tomó y los guardó en su propio bolsillo.

—El auto tiene el tanque lleno —aclaró Eb—. La caja de cambios es automática. Se conduce como todos los demás. Dejé el motor en marcha.

—No me gusta hacer esto, Eb.

—Te comprendo, pero si no quieres que haya aquí un asesinato no tienes otro remedio.

Y lo empujó hacia la puerta.

—Vamos, muévete.

Vickers bajó al trote por el sendero, mientras Eb lo seguía a grandes pasos. El coche estaba ante el portón. Eb había dejado las puertas abiertas.

—Adentro. Sal directamente a la carretera principal.

—Gracias, Eb.

—Vete.

Vickers puso el cambio en marcha directa y aceleró. El coche arrancó suavemente, cobrando velocidad en poco tiempo. Alcanzó la carretera principal y giró hacia el oeste.

Recorrió muchos kilómetros, huyendo tras el cono de luz arrojado por los faros delanteros. Sentía un vago aturdimiento por lo que ocurría: él, Jay Vickers debía escapar de un linchamiento preparado por sus vecinos.

Alguien los había soliviantado, según dijera Eb. ¿Y quién podía ser el responsable? Alguien que lo odiaba, tal vez.

Supo la respuesta aun mientras lo pensaba. Volvió a sentir la

amenaza y el terror que había experimentado al enfrentarse a Crawford, la misma amenaza, el mismo temor no reconocidos entonces, que le habían hecho rechazar el ofrecimiento de escribir ese libro.

«Se está preparando algo», había dicho Horton Flanders, de pie a su lado ante el escaparate del negocio de chismes.

Y algo se preparaba ya.

Había adminículos eternos fabricados por firmas inexistentes. Una organización de comerciantes de todo el mundo, arrinconados por un enemigo a quien no podían devolver los golpes. Y Horton Flanders hablaba de factores nuevos y extraños que mantenían al mundo fuera de la guerra. Había también fingidores que preferían ocultarse a la realidad del día jugando a las visitas a el pasado.

Y por último estaba él, Jay Vickers, huyendo hacia el oeste.

Hacia medianoche supo qué hacia y qué dirección llevaba. Iba hacia donde Horton Flanders le había indicado; hacía lo que nunca había pensado hacer.

Volvía hacia su propia niñez.

CAPÍTULO 18

Todos estaban exactamente como él esperaba encontrarlos, sentados frente a la tienda, ya fuera sobre el banco o sobre cajones invertidos. Volvieron hacia él sus miradas recelosas, diciendo:

—Sentimos lo de su papá, Jay. Era muy buen hombre.

—Así que escribe libros, ¿no? Tendré que leer alguno un día de éstos. Nunca los oí nombrar.

—¿Irá a visitar la casa?

Vickers respondió:

—Sí, esta tarde.

—Está cambiada —le advirtieron—. Todo está cambiado. Ya no vive nadie allí.

Le dijeron:

—Las granjas se han ido al demonio. No se gana un centavo con ellas. Por los carbohidratos. Hay muchos que no pueden seguir adelante y el banco se las quita o tienen que vender por nada. Muchas han sido compradas para pastoreo. Ponen un alambrado y listo: se puede soltar el ganado. Ni siquiera tratan de sembrar. En el invierno compran alimentos en el oeste y en el verano lo dejan suelto para engordarlo hasta el otoño.

—¿Y en la vieja casa ha ocurrido eso?

Asintieron llenos de solemnidad:

—Eso es lo que ocurrió, hijo. El tipo que la compró a su papá no pudo aguantar. Y la casa de su papá no es la única. Hubo muchas otras, también. ¿Recuerda usted la vieja casa de los Preston?

Vickers asintió.

—Bueno, pasó lo mismo. Y era un lindo lugar. Uno de los mejores de por aquí.

—¿Está deshabitada?

—Por completo. Alguien cerró con tablas las puertas y las ventanas. ¿Quién se habrá tomado ese trabajo?

—No se me ocurre —dijo Vickers.

El dueño del negocio salió a sentarse en los escalones.

—¿Dónde vive ahora, Jay? —preguntó.

—En el este.

—Le va bien, supongo.

—Más o menos.

—Bueno, entonces no le va tan mal. Al menos come todos los días.

Otro de los hombres preguntó:

—¿Qué auto es ése que ha traído?

—Es una marca nueva —respondió Vickers—. Lo compré el otro día. Se llama Eterno.

—Vaya nombre para ponerle a un auto.

—Debe haber costado un montón de dinero.

—¿Cuánto consume por kilómetro?

Vickers subió al automóvil y se alejó, cruzando aquella aldea polvorienta y rezagada, entre los coches viejos y cansados, inmóviles junto al arcén, y vio la iglesia metodista desmañadamente erguida en la colina, y la gente vieja caminando por la calle con bastones, y los perros dormidos en el polvo bajo los arbustos de lilas.

CAPÍTULO 19

El portón de la entrada estaba sujeto con una cadena y un grueso candado. Vickers tuvo que dejar el coche estacionado junto a la ruta y caminar unos cuatrocientos metros hasta la vivienda.

El camino, de trecho en trecho, estaba casi cubierto por el pasto; en algunos lugares la hierba le llegaba a la rodilla; sólo ocasionalmente se veían en él señales de ruedas. Los campos no habían sido arados; la maleza brotaba a lo largo de los cercos y en los lotes más pobres se veían parches de hierbas, allí donde muchos años de cultivos habían privado a la tierra de toda fuerza.

Si desde la carretera los edificios parecían tener el mismo aspecto que en sus recuerdos, cómodamente agrupados y con un fuerte sabor a hogar, desde cerca eran visibles las señales del descuido. Vickers las percibió como una bofetada en el rostro. El patio que rodeaba la casa estaba cubierto de pasto; los canteros habían desaparecido y el rosal del porche estaba en agonía; era apenas una pobre cosa retorcida con una o dos rosas en las mismas ramas que años atrás se cargaban de pimpollos. El ciruelo del rincón se había tornado salvaje. El cerco mismo raleaba en algunos sectores; en otros había desaparecido por completo. Algunas de las ventanas estaban rotas, quizá por obra de los niños que solían arrojarles piedras a modo de entretenimiento, y la puerta del porche trasero se balanceaba a impulsos del viento.

Vickers vadeó aquel mar de hierba y recorrió la casa, atónito al notar la tenacidad con que las señales de la vida seguían aferradas a ella. Allí, en la chimenea, por la pared exterior, trepaban las huellas de sus manos, impresas a los diez años sobre el cemento fresco; y todavía estaba allí la astilladura que había hecho sobre la ventana del sótano, al arrojar con poca puntería varios trozos de leña para

alimentar la vieja caldera. En una esquina encontró la vieja batea en la que su madre solía plantar flores todas las primaveras, pero la bañera en sí había desaparecido casi por completo; el metal era sólo óxido y no quedaba sino un montículo de tierra. El fresno aún se erguía en el patio frontal. Vickers se cobijó bajo su sombra y levantó la mirada hacia el dosel de sus hojas; alargó la mano para acariciar la suavidad del tronco, mientras recordaba el día en que lo había plantado siendo niño, orgulloso de tener un árbol distinto de todos los del vecindario.

No trató de abrir la casa. Le bastaba con ver el exterior. Dentro de la vivienda habría demasiadas cosas para ver: los agujeros dejados en las paredes por los clavos de donde colgaban antes los cuadros, y las marcas en el suelo, allí donde había estado la cocina, y la escalera de peldaños gastados por pasos queridos. Si llegaba a entrar, la casa lo llamaría a gritos desde el silencio de sus armarios y el vacío de sus habitaciones.

Bajó hacia las otras dependencias. Allí, a pesar del silencio y del vacío, los recuerdos no tenían el mismo hechizo que en la casa. El gallinero se estaba viniendo abajo; la pocilga servía de nido a los vientos invernales, y en la parte trasera del galpón encontró una vieja y arruinada agavilladora.

El granero estaba fresco y sombreado; entre todos era el que mejor conservaba el aire hogareño. Los pesebres estaban vacíos, pero aún colgaban briznas de heno, como si fueran telarañas adheridas a las grietas entre las tablas. Todavía perduraba el olor de otros tiempos, el olor entre húmedo y ácido de las bestias amigas.

Trepó la cuesta hasta el granero; recorrió el cerrojo de madera y entró. Hubo carreras y chillidos de ratones por el suelo, las paredes y las vigas. Algunos sacos de grano colgaban del tabique instalado para que el cereal no cayera al pasillo. Allí, hacia el extremo del corredor, había algo que detuvo sus pasos.

Era una peonza ya arruinada por el tiempo y descolorida. Pero que en otra época había sido brillante y vistosa, giraba sibilante por el suelo cuando uno la impulsaba con la manivela. Se la habían regalado para Navidad, y lo recordaba como su juguete favorito.

La recogió en sus manos con súbita ternura, preguntándose cómo había llegado hasta allí. Era una parte de su pasado y acababa de alcanzarla en el camino, un objeto muerto e inútil para todo el

mundo, con excepción del niño a quien en otros tiempos había pertenecido.

Cuando había sido nueva había tenido rayas de color que corrían en espiral mientras la peonza giraba. Vickers recordó que, en cierto punto, cada una de las bandas desaparecía para dar lugar a otra, que desaparecía a su vez, y siempre tomaba el lugar de la anterior.

Uno podía observar durante horas el ir y venir de las bandas, tratando de averiguar adónde iban. Pues para una mente infantil era forzoso que fueran a alguna parte. No era posible que estuvieran allí en un momento dado y se marcharan al siguiente. Tenían que ir a alguna parte.

¡Y había un sitio al que podían ir!

Lo recordó de pronto, con la peonza aferrada entre las manos, mientras los años caían uno a uno para llevarlo a cierto día de su infancia.

Uno podía ir allá donde las bandas iban, seguir las hacia el país adonde huían, si se era muy joven y el misterio cobraba la suficiente intensidad. Era algo así como un país encantado, aunque tenía un aspecto demasiado real como para serlo. Había allí un camino que parecía de vidrio, pájaros, árboles y flores, algunas mariposas. Él cortó una flor y la llevó en la mano mientras recorría el sendero. Se asustó un poco al divisar una pequeña casa oculta en un bosquecillo. Retrocedió entonces por el camino. Y de pronto se encontró en su casa, con el trompo inmóvil en el suelo frente a él, y la flor sujeta en la mano.

Fue entonces a contarle a la madre lo que había ocurrido. Ella le arrebató la flor como si le despertara miedo. Y bien podía ser así, puesto que estaban en invierno. Esa noche papá lo interrogó y descubrió lo del trompo. Al día siguiente, según Vickers recordaba, ya no había podido encontrar su juguete; lloró secretamente por él durante muchos días.

Y allí estaba nuevamente, viejo y arruinado, sin rastros del color original; sin embargo Vickers no tenía dudas: era el mismo.

Salió del granero con la peonza desteñida entre las manos, con la sensación de rescatarla de la triste inseguridad que padeciera durante tanto tiempo.

«El olvido», pensó. Pero era más que un simple olvido: era un

bloqueo mental que había borrado de su memoria el trompo y el viaje al país encantado. Llevaba años sin pensar en eso, sin sospechar siquiera que hubiese un incidente semejante escondido en su mente. Pero acababa de recuperar el trompo y la memoria de ese día, el día en que había seguido tras las bandas en movimiento para pasar al país encantado.

CAPÍTULO 20

No se detendría ante la casa de los Preston. Pasaría con el automóvil a poca velocidad para echarle un vistazo, pero no se detendría. Porque, tal como lo había previsto, ya comenzaba a huir. Había observado la concha vacía de su niñez, encontrando un juguete de ese entonces; no tenía intenciones de contemplar ahora los huesos desnudos de su juventud.

No se detendría ante la casa de los Preston. No haría más que aminorar la marcha y mirarla desde la ruta, para acelerar de inmediato y poner muchos kilómetros de por medio.

No se detendría, no.

Pero lo hizo, por supuesto.

La miró desde el asiento del coche, recordando su aspecto altivo de otros tiempos, cuando cobijaba a una familia igualmente altiva..., demasiado orgullosa para permitir que un miembro de la casa se uniera en matrimonio a un muchacho campesino, proveniente de una granja donde todo era arcilla amarillenta y trigo enfermizo.

Pero la casa había perdido su altivez. Las persianas estaban cerradas; alguien había claveteado largos tablones sobre ellas, como si le hubiera cerrado los ojos. La pintura estaba descascarada y se desprendía de las imponentes columnas erguidas en el frente. Alguien había arrojado una piedra contra uno de los abanicos que cobijaban la puerta de madera tallada. El cerco estaba marchito; el patio, invadido por la hierba. El camino de ladrillos que unía el portón con el porche había desaparecido bajo el césped rastrero.

Vickers se apeó del coche y cruzó el desvencijado portón para dirigirse al porche. Al subir los peldaños pudo ver que las maderas del suelo se habían podrido. Se detuvo en el sitio donde en otros

tiempos había estado con ella, allí donde habían comprendido por primera vez que su amor sería eterno. Trató de capturar aquel momento pasado, pero no estaba allí, aunque el recuerdo aún dolían como entonces. Trató de recordar el aspecto de las praderas y los cultivos vistos desde el porche, cuando la luz de la luna se quebraba contra la blancura de las columnas, cuando las rosas llenaban el aire con el sol destilado de su fragancia. Sabía todo aquello, pero no podía verlo ni sentirlo.

Detrás de la casa, sobre una cuesta, estaban los graneros. Aún eran blancos, pero no tanto como entonces. Más allá de los cobertizos el suelo volvía a descender. Y allí se extendía el valle por donde habían caminado juntos aquella última vez. Un valle encantado, con manzanos en flor y cantares de alondra. La segunda vez no había sido lo mismo. ¿Qué pasaría con la tercera?

Vickers pensó: «Estoy loco, estoy buscando imposibles». Pero no pudo dejar de descender aquella cuesta, hacia el valle.

Se detuvo a mirarlo en el punto más alto. Ya no era el valle encantado, pero lo recordaba, tal como recordaba la luz de la luna contra las columnas. Las columnas seguían presentes; también el valle; los árboles eran los mismos y el arroyo recorría aún las praderas que lo flanqueaban.

Tuvo intenciones de regresar, pero no pudo hacerlo. En cambio bajó al valle. Allí vio los manzanos silvestres, que ya habían perdido las flores; una alondra alzó vuelo de entre la hierba.

Al fin se volvió; todo estaba tal como lo había visto en la segunda oportunidad. Esa tercera visita, después de todo, era una repetición de la anterior. Sólo la presencia de ella había podido convertir ese valle prosaico en un sitio encantado. Se trataba, al fin y al cabo, de un hechizo del espíritu.

Por dos veces había recorrido sitios encantados; por dos veces en su vida había escapado de la vieja tierra familiar.

Dos veces. Una, por la virtud de una mujer y el amor que se tenían. La otra, a causa de un trompo en movimiento.

No, el trompo había sido el primero.

Sí, el trompo...

¡Un momento! ¡Más espacio!

Te equivocas, Vickers. No pudo ser así.

¡Oh, pedazo de tonto! ¿Por qué corres?

CAPÍTULO 21

Vickers pidió hablar con el gerente de la juguetería. El hombre pareció lleno de comprensión.

—Verá, señor —dijo—, comprendo lo que usted siente. Tuve uno de esos trompos cuando era niño, pero ya no los fabrican más. No sé por qué, pero no lo hacen. Ahora hay demasiados juguetes complicados y artificiosos. Nada que se parezca a un trompo.

—Esos grandes, sobre todo —dijo Vickers—. Los que venían con una manivela. Uno los impulsaba en el suelo y silbaban al girar, ¿recuerda?

—Los recuerdo. Tuve uno cuando era niño. Solía jugar horas enteras con él, me sentaba a mirarlo.

—¿Para ver adónde iban las bandas?

—No recuerdo que me preocupara mucho saber adónde iban las bandas. Me gustaba mirarlo girar y escuchar el silbido.

—A mi me preocupaba saber adónde iban. Usted las ha visto: giran y desaparecen en algún punto cercano al extremo.

—Dígame —preguntó el gerente— ¿adónde van?

—No lo sé —admitió Vickers.

—A una o dos calles de distancia hay otra juguetería —dijo el hombre—. Tienen muchas baratijas, pero tal vez les quede algún trompo de éstos.

—Gracias.

—También podría preguntar en la ferretería de enfrente. Suelen tener un buen *stock* de juguetes, pero supongo que los guardan en el sótano. Sólo los sacan para Navidad.

El hombre de la ferretería comprendió en seguida lo que Vickers necesitaba, pero dijo que no había visto nada parecido en muchos años. Tampoco la otra juguetería pudo vendérselo. La vendedora,

sin dejar de mascar chicle y de rascarse la mata de pelo con un lápiz, respondió que no sabía dónde se podía conseguir algo así. Nunca los había visto. Pero si quería un regalo para algún varoncito tenía muchas cosas bonitas para ofrecerle. Esos cohetes de juguete o aquellos...

Vickers salió a la calle. La pequeña ciudad del medio oeste estaba atestada de compradores tardíos. Había mujeres de vestidos estampados, otras con ropas de oficina, estudiantes secundarios que recién salían de la escuela, hombres de negocios que salían a tomar un café antes de cerrar el local para volver a la casa. Una multitud de gandules se agolpaba calle arriba frente al coche, que Vickers había dejado frente a la primera juguetería. Era hora de agregar diez centavos en el parquímetro.

En el bolsillo tenía sólo una moneda de diez una de veinticinco y otra de cinco centavos. Al verlas en la palma de su mano se le ocurrió echar un vistazo a la billetera. Al abrirla vio que sólo le quedaban dos billetes de a dólar.

Puesto que no podía regresar a Cliffwood, al menos por el momento, no tenía en el mundo un sitio que pudiera considerar suyo. Necesitaba dinero para alojarse durante la noche, para comer y para el combustible del coche. Pero por sobre eso, más que ninguna otra cosa, necesitaba un trompo cantarín que tuviera bandas de color pintadas sobre el vientre.

Se detuvo en medio de la acera, pensando en el trompo y discutiendo consigo mismo. Toda su lógica le indicaba que debía estar equivocado, pero un factor ilógico de su ser respondía: «No estoy equivocado. Funcionará. Lo hizo una vez cuando yo era niño, antes de que papá me quitara el trompo».

¿Y qué habría pasado si no le hubiesen quitado el trompo? Hubiera regresado una y otra vez al país de las hadas, una vez hallado el camino. Se preguntó entonces qué le hubiera ocurrido allí, a quién hubiera conocido, qué cosas hubiera encontrado en la casa del bosquecillo. Porque indudablemente habría llegado hasta allí, una vez acostumbrado a la idea; tras haber observado de lejos por bastante tiempo habría seguido el sendero hasta la puerta para llamar a ella.

Tal vez otras personas habían entrado al país de las hadas mientras contemplaban el girar de un trompo. Cabía preguntarse,

en ese caso, qué había sido de ellas. El gerente de la juguetería no estaba entre ellos, era evidente, pues no le interesaba el destino de las bandas; se limitaba a contemplarlas y a escuchar el silbido.

¿Por qué él, entre todos, había encontrado el camino? Acaso el valle encantado fuera también una parte de aquel país de hadas; tal vez la muchacha y él habían pasado por algún portal invisible. Porque el valle de sus recuerdos no era el mismo que había visto esa mañana.

No tenía sino un modo de descubrirlo: para eso necesitaba un trompo.

¡Pero si lo tenía ya! Estaba buscando desesperadamente algo que ya tenía. Habría que enderezar un poco la manivela y agregarle un poco de aceite para limpiar la herrumbre; además era necesario pintarlo.

Con toda seguridad sería mejor ése que ningún otro trompo, pues era el original, el mismo que lo había hecho pasar en una oportunidad..., y a Vickers le resultó grato pensar que quizá tuviera ciertas cualidades especiales, alguna función mística exclusiva. Era una suerte haber pensado en él tras haberlo olvidado por segunda vez, allí en la guantera donde lo había arrojado después de encontrarlo.

Vickers subió por la calle hasta la ferretería.

—Quiero un poco de pintura. La pintura más brillante y lustrosa que tengan. Rojo, verde y amarillo. Y algunos pinceles pequeños para aplicarla.

Por el modo en que el hombre lo miró era evidente que lo creía loco.

CAPÍTULO 22

Llamó a Ann desde su cuarto de hotel, indicando que cargaran la llamada en su cuenta, puesto que después de pagar la cena sólo le quedaban noventa centavos.

—Jay, ¿dónde estás? —preguntó ella, preocupada—. En el nombre de Dios, ¿dónde te has metido?

Él le explicó dónde estaba.

—Pero ¿qué haces ahí?, ¿qué te pasa?

—A mí, nada. Es decir, por el momento nada. Soy un fugitivo, eso es todo. Tuve que huir de Cliffwood.

—¿Qué?

—Estaban preparándose para lincharme. No sé cómo se les metió en la cabeza que yo había matado a un hombre.

—Oye, estás loco. No eres capaz de matar a una mosca.

—Por supuesto. Pero no podía explicar eso a la gente. Ni siquiera tuve la oportunidad.

—¡Pero si hablé con Eb...!

—¿Con quién hablaste? —preguntó Vickers.

—Con ese hombre, el dueño del taller. Te había oído hablar de él, y ya no sabía dónde buscarte. Llevaba dos días revolviendo cielo y tierra. Entonces recordé que a veces hablabas de Eb, el tallerista, y pedí al operador que me comunicara con él.

—¿Qué te dijo?

—Nada —respondió Ann—. Dijo que no te había visto por allí y que no sabía dónde estabas. Me aconsejó que no me preocupara.

—Eb es precisamente el que me ayudó a escapar —dijo Vickers—. Me avisó que estaban por lincharme y me facilitó un coche y dinero para salir de la ciudad.

—Es lo más tonto que he oído en mi vida. ¿Y a quién creen que

asesinaste?

—A Horton Flanders, el anciano que se perdió.

—Pero tú no serías capaz de matarlo. Dijiste que era un anciano agradable. Tú mismo me lo dijiste.

—Oye, Ann, yo no maté a nadie. Alguien soliviantó a los muchachos, eso es todo.

—Y no puedes volver a Cliffwood.

—No —dijo Vickers—, no puedo volver a Cliffwood.

—¿Qué vas a hacer, Jay?

—No lo sé. Seguir escondiéndome, supongo.

—¿Por qué no me llamaste en seguida? ¿Qué haces tan lejos de Nueva York? Debiste venir directamente aquí. No hay mejor lugar que Nueva York para esconderse. Al menos pudiste haberme llamado.

—¡Eh, un momento! —dijo Vickers—. Te he llamado ¿no?

—Claro, me has llamado porque no tienes un centavo y quieres que te gire dinero y...

—Todavía no te he pedido nada.

—Pero lo harás.

—Sí —dijo él—. Temo que sí.

—¿No te interesa saber por qué traté de ponerme en contacto contigo?

—Más o menos; no quieres perderme de vista, ¿no es eso? Ningún agente quiere perder de vista a su mejor escritor.

—Jay Vickers, uno de estos días voy a crucificarte y te dejaré colgado a la vera de la carretera como advertencia.

—Pues yo quedaría muy patético en el papel de Cristo. No podrías elegir mejor.

Ann cambió de tema.

—Te llamaba porque Crawford está prácticamente enloquecido. No tiene límites. Le sugerí una cifra impresionante y ni siquiera parpadeó.

—Creía que ya nos habíamos liberado del señor Crawford.

—Nadie puede liberarse de él —dijo Ann.

Hizo una pausa; el silencio zumbó en los cables.

—Ann —exclamó Vickers—, Ann, ¿qué pasa?

La voz de ella respondió calma, pero tensa:

—Crawford está muy asustado. Nunca vi a nadie tan asustado.

Vino a verme. ¿Te das cuenta? No fue yo quien hizo el contacto: él en persona vino a mi oficina. Bufaba y jadeaba; yo no sabía de dónde sacar una silla lo bastante fuerte como para sostenerlo. ¿Recuerdas aquella antigua silla de roble que tengo en el rincón? Fue el primer mueble que compré para mi oficina y la conservo como recuerdo. Bueno, ésa sirvió.

—¿Para qué?

—Para aguantarlo —respondió Ann, triunfante—. Cualquiera de las otras se habría hecho pedazos. Ya sabes lo grandote que es.

—Gordísimo, eso es lo que quieres decir.

—Me preguntó: «¿Dónde está Vickers?», y yo respondí: «¿Por qué me lo pregunta a mí? ¿Cree que lo tengo atado con trailla?». Y él dijo: «Usted es su agente, ¿verdad?», Y yo: «Así era la última vez que hablamos, pero Vickers es un hombre muy inconstante; nadie sabe qué va a hacer dentro de un momento». Y él me dice: «Tengo que hablar con Vickers», «Bueno», le digo, «vaya a buscarlo». Y entonces él me dijo: «No hay límites: ponga el precio que quiera y las condiciones que se le ocurran».

—Ese hombre es un chiflado —comentó Vickers.

—Pero su dinero es muy cuerdo.

—¿Cómo sabes que lo tiene?

—Bueno, no lo sé de seguro, pero debe tener.

—Hablando de dinero —dijo Vickers—, ¿tienes algún billete de cien que te sobre?, ¿o siquiera de cincuenta?

—Puedo conseguirlo.

—Envíamelo directamente aquí. Te lo devolveré.

—De acuerdo; lo haré en seguida —respondió ella—. No es la primera vez que te saco del aprieto, y no será tampoco la última. ¿Al menos me dirás algo?

—¿Qué?

—¿Qué estás por hacer?

—Voy a realizar un experimento —fue la respuesta.

—¿Un experimento?

—Un ejercicio de ocultismo.

—¿De qué estás hablando? Tú no sabes una palabra de ocultismo. Eres tan místico como un ladrillo.

—Lo sé.

—Por favor —insistió Ann—, dime que estás por hacer.

—En cuanto termine de hablar contigo voy a dar una mano de pintura.

—¿A alguna casa?

—No, a un trompo.

—¿Un qué?

—Un trompo. Ese juguete que usan los niños, el que se hace girar en el suelo.

—Oye, Jay, deja de jugar por allí y ven a casa con mamita.

—Después del experimento —dijo Vickers.

—Explícame, Jay.

—Trataré de entrar al país de las hadas.

—Deja de decir tonterías.

—Una vez lo hice. Es decir, dos veces.

—Escucha, Jay, esto es muy serio. Crawford está asustado y yo también. Además está ese asunto del linchamiento.

—Envíame el dinero —dijo Vickers.

—En seguida.

—Te veré dentro de un día o dos.

—Lláname —dijo ella—. Lláname mañana.

—Lo haré.

—Y por favor, Jay... cuídate. No sé en qué andas, pero cuídate.

—También lo haré.

CAPÍTULO 23

Enderezó la manivela que hacia girar el trompo y lustró el metal antes de marcar las espirales con un lápiz. Pidió prestada una lata de lubricante y aceitó con él la cerrada espiral de la manivela, a fin de que funcionara con facilidad. Finalmente se dedicó a la pintura.

No tenía muchas condiciones para esa tarea, pero se dedicó a ella con tesón. Pintó cuidadosamente los colores; primero el rojo, después, el verde; por último el amarillo. No recordaba bien cuáles habían sido los colores originales, pero quizás ese detalle no importara mucho, siempre que fueran brillantes y estuvieran dispuestos en espiral.

Se ensució de pintura las manos y la ropa; ensució también la silla sobre la cual había puesto el trompo y volcó la lata de esmalte rojo sobre la alfombra; por suerte logró levantarla antes de que la pintura penetrara en el tejido.

Al fin el trabajo estuvo terminado y bastante presentable. Vickers consideró, algo preocupado, la posibilidad de que la pintura no estuviera seca por la mañana. Pero las etiquetas de las latas decían que el producto secaba con mucha celeridad, y eso lo tranquilizó un poco.

Ya estaba listo para enfrentarse a lo que ocurriría en cuanto hiciera girar el trompo. Tal vez fuera el país encantado; tal vez, la nada. Pues haría falta mucho más que el simple girar del trompo: haría falta el alma, la fe, la pura simplicidad de una criatura. Y él había perdido todo eso.

Al salir del cuarto cerró la puerta con llave antes de bajar las escaleras. Tanto el hotel como la ciudad eran demasiado pequeños para permitirse la instalación de ascensores. Sin embargo, más pequeña aún era la aldea de su niñez, donde los hombres aún se

sentaban frente a la tienda, para observarlo a uno de soslayo, para interrogarlo con preguntas impúdicas y punzantes con las cuales tejer después la interminable trama del chismorreo.

Vickers rió entre dientes: con la lentitud característica de la noticia que llega a una pequeña población, llegaría a la aldea la novedad de que él había huido de Cliffwood para escapar al linchamiento. Casi le era posible oír dos comentarios:

—Taimado —dirían—, siempre fue taimado y no andaba en nada bueno. La mamá y el papá eran muy buena gente, en cambio. No entiendo cómo a veces se tuercen los hijos cuando los padres son gente derecha.

Cruzó el vestíbulo del hotel y salió a la calle. Se detuvo en un bar para pedir un café.

—Bonita noche ¿no? —comentó la camarera.

—Así es.

—¿No va a comer nada con el café, señor?

—No —respondió él—, café solo.

Ann se había apresurado a enviarle el dinero y ya lo tenía en su poder, pero acababa de descubrir (sin sorpresa) que no sentía apetito. La muchacha se alejó unos pasos y limpió con un trapo algunas manchas imaginarias del mostrador.

«Un trompo», pensó él. ¿Dónde encajaba el trompo? Lo llevaría a la casa para hacerlo girar allí; así sabría de una vez por todas si había un país encantado. Bueno, no era exactamente así: sabría si era posible volver a ese país.

Y la casa. ¿Qué relación tenía la casa con todo eso? ¿O acaso ni el trompo ni la casa tenían relación alguna con el asunto? En este último caso no se explicaba que Horton Flanders le hubiera escrito: «Regrese a recorrer los caminos que holló durante su niñez. Tal vez encuentre lo que necesita...» o «lo que echa de menos». Lamentablemente no recordaba las palabras exactas de la carta.

Por eso había retornado. Por eso había encontrado el trompo y, más aún, había recuperado el recuerdo del país encantado. Y se preguntó una vez más por qué en tanto tiempo, desde sus ocho años, jamás había recordado ese paseo.

No le quedaban dudas de que esa experiencia debió dejar una profunda impresión en él, pues una vez recobrada por su memoria se le presentaba tan clara y aguda como si acabara de ocurrir. Pero

algo le había inducido a olvidarla, tal vez un bloqueo mental. Algo le había hecho olvidar. Y algo le había hecho saber que el ratón de metal deseaba ser atrapado. Y algo le había hecho rechazar instintivamente la propuesta de Crawford. Algo.

La camarera volvió a acercarse y se apoyó con un codo sobre el mostrador.

—En el Grand estrenan una película —dijo—. Me gustaría ir a verla, pero no puedo dejar el trabajo.

Vickers no respondió.

—¿A usted le gusta el cine, señor? —preguntó la chica.

—No lo sé —dijo Vickers—. Voy muy rara vez.

El rostro de la camarera reveló una inmensa piedad por los que no iban al cine.

—A mi me encanta —comentó—. ¡Esas películas son tan naturales...!

El escritor levantó los ojos hacia ella: su cara era como la de todo el mundo. Era el rostro de las dos mujeres que charlaban en el asiento trasero del ómnibus, la de su vecina, la señora Leslie, cuando le hablaba del club de fingidores; la de quienes no se atrevían a conversar consigo mismos ni a estar solos siquiera por un minuto; aquellos que estaban cansados sin saberlo y que tenían miedo sin darse cuenta de ello.

Y era también, sí, el rostro del señor Leslie, que intentaba llenar con mujeres y vino una existencia vacía. Era la agobiante ansiedad que se había convertido ya en elemento común, la que impulsaba a la gente a buscar refugios psicológicos donde no la alcanzaran las bombas de la incertidumbre.

La alegría ya no era suficiente, el cinismo se había desgastado y la ligereza nunca había sido más que una protección temporaria. Por eso todo el mundo huía hacia la droga de la ficción, identificándose con otras vidas, otras épocas, otros lugares..., ya fuera en el cine, frente a la pantalla de televisión o en un club de fingidores. En tanto se era otra persona no hacía falta ser uno mismo.

Vickers acabó su café y salió a las calles silenciosas.

Un avión a chorro pasó por el cielo a baja altura; el murmullo de sus reactores rebotó contra las paredes. El escritor contempló las dos líneas de fuego dibujadas por las luces sobre el horizonte

nocturno y siguió caminando sin destino fijo.

CAPÍTULO 24

Al abrir la puerta de su cuarto Vickers descubrió que el trompo había desaparecido. No estaba ya donde lo había dejado, sobre la silla, luminoso con su pintura nueva; no estaba tampoco en el suelo. Se echó de bruces en el suelo para mirar debajo de la cama. No estaba, ni allí ni en el ropero ni en el pasillo de entrada.

Volvió al cuarto y se sentó en el borde de la cama. Después de tanto trabajo, de tantos planes, el trompo había desaparecido. ¿Quién podía haberlo robado? ¿Para qué podía alguien querer un trompo viejo?

¿Y para qué lo quería él mismo?

Parecía vagamente ridículo sentarse en la cama de un hotel desconocido a formularse tales preguntas. Había creído que por medio del trompo lograría el pasaje al país de las hadas, pero allí, bajo el resplandor blanquecino de la luz del techo, empezaba a notar lo descabellado de sus bufonadas.

La puerta se abrió a sus espaldas. Vickers giró sobre sus talones.

Allí estaba Crawford.

Era aún más corpulento de lo que Vickers recordaba. Parecía llenar todo el vano de la puerta. Permaneció inmóvil, sin un gesto, con excepción de un lento parpadeo.

—Buenas noches, señor Vickers —dijo Crawford—. ¿Puedo pasar?

—Por cierto —dijo Vickers—. Esperaba una llamada suya, pero nunca pensé que se tomaría el trabajo de venir hasta aquí.

Eso era una mentira: no se le había pasado siquiera por la mente la idea de recibir una llamada de ese hombre. Crawford avanzó con toda su corpulencia.

—Esta silla no parece lo bastante fuerte como para resistir mi

peso —dijo—. ¿Le molesta si la ocupo?

—No es mía. Rómpala si quiere.

No se rompió. Con gruñidos y rezongos aguantó su carga. Crawford aflojó el cuerpo y suspiró.

—Suelo sentirme mucho mejor con una silla bien maciza.

—Interfirió el teléfono de Ann, ¿no? —dijo Vickers.

—Claro, sin duda. ¿Cómo, si no, hubiera podido encontrarlo? Sabía que tarde o temprano se pondría usted en comunicación con ella.

—Vi llegar el avión. De haber sabido que era usted habría ido a buscarlo con el coche. Tengo que arreglar cierta cuenta con usted.

—No lo pongo en duda —observó Crawford.

—¿Por qué quiso hacerme linchar?

—No tengo el menor interés en hacerlo linchar —replicó Crawford—. Lo necesito demasiado.

—¿Para qué me necesita?

—No lo sé. Esperaba que usted me lo dijera.

—Yo no sé nada —dijo Vickers—. Dígame, Crawford, ¿qué significa todo esto? El día en que fui a hablar con usted, lo que me dijo no era toda la verdad.

—Le dije la verdad, al menos en parte, pero no todo lo que sabemos.

—¿Por qué?

—No sabía quién era usted.

—¿Y ahora lo sabe?

—Sí, ahora lo sé —afirmó el visitante—. Usted es uno de ellos.

—¿Uno de quiénes?

—De los fabricantes de chismes.

—¿Cómo diablos se le ha metido esa idea en la cabeza?

—Por los analizadores. Así les llaman los muchachos de Psicología: analizadores. Son algo incomprensible; no voy a fingir que los entiendo.

—¿Y esos analizadores indicaron que había algo extraño en mí?

—Sí —respondió Crawford—. Así son las cosas.

—Si soy uno de ellos, ¿por qué me busca? —preguntó Vickers—. Si soy uno de ellos, ustedes están luchando contra mí, ¿no es cierto? Usted habló de un mundo que estaba entre la espada y la pared, como recordará.

—No diga «si soy», porque lo es sin lugar a dudas. Pero deje de comportarse como si yo fuera su enemigo.

—¿Y no lo es, acaso? Si yo soy lo que usted dice, usted es mi enemigo.

—Usted no comprende. Le voy a proponer una comparación. Retrocedamos a los días en que los hombres de Cro-Magnon invadieron el territorio de los neanderthalenses...

—No me venga con comparaciones —protestó Vickers—. Dígame directamente qué se trae entre manos.

—No me gusta esta situación. No me gusta la forma que están tomando las cosas.

—Olvida usted que yo no conozco la situación.

—Por eso trato de explicársela con una analogía. Usted es el hombre de Cro-Magnon; domina el arco y la flecha y la espada. Yo soy el hombre de Neanderthal; no tengo sino un garrote. Usted posee un cuchillo de piedra pulida; yo, un trozo de pedernal mellado que recogí en el lecho de un arroyo. Usted viste cueros y pieles de animales; yo no tengo más abrigo que mi propio pelo.

—No estoy muy seguro —dijo Vickers.

—Tampoco yo. No soy muy experto en el tema. Tal vez di al Cro-Magnon demasiadas ventajas y puse al de Neanderthal peor de lo que estaba. Pero eso no viene al caso.

—Lo tendré en cuenta. ¿Adónde nos lleva todo eso?

—El hombre de Neanderthal se defendió —dijo Crawford—. ¿Y qué pasó con él?

—Se extinguió.

—Tal vez no hayan perecido a causa del arco y la flecha, sino por otras razones. Tal vez no podían conseguir bastantes alimentos al competir con una raza más avanzada. Quizá los echaron de sus terrenos de caza y murieron de inanición. O quizá murieron de vergüenza ante la horrible certidumbre de que los habrían sobrepasado, de que, en comparación con aquella otra raza, eran poco más que las bestias.

Vickers observó secamente:

—Dudo que los hombres de Neanderthal pudieran desarrollar un complejo de inferioridad muy grave.

—Tal vez la posibilidad no sea aplicable al hombre de Neanderthal, pero sí a nosotros.

—Usted trata de hacerme apreciar toda la profundidad de la escisión.

—Exacto —respondió Crawford—. Usted no comprende la profundidad del odio, el margen de inteligencia y de destreza; tampoco visualiza la desesperación a la que vamos llegando. ¿Quiénes son los desesperados? Se lo diré: son los hombres de éxito, los industriales poderosos, los banqueros los hombres de negocios, los profesionales que gozan de seguridad y de puestos importantes, los que se mueven en círculos sociales que indican la marea alta de nuestra cultura. Si los hombres como usted invaden el mundo, todos ellos perderán sus puestos. Serán neanderthalenses contra los de Cro-Magnon. Serán como los griegos de Homero atrapados en nuestra tecnología. Naturalmente han de sobrevivir, pero sólo como aborígenes. Su sistema de valores desaparecerá; y ese sistema de valores, tan penosamente construido, es todo lo que tienen para vivir.

Vickers meneó la cabeza.

—Dejémonos de juegos, Crawford. Tratemos de ser honrados por un rato. Usted me ha de creer mucho más informado de lo que estoy. Supongo que me convendría dejarlo en su engaño y fingirme al tanto en todo. Andarme con evasivas. Conseguir que usted descubra su juego. Pero no tengo coraje para hacerlo.

—Ya sé que usted no sabe gran cosa. Por eso quería encontrarlo tan pronto como fuera posible. Por lo que veo usted aún no es del todo mutante; no ha roto la crisálida del hombre común. Una gran parte de su ser pertenece todavía al hombre normal. Se tiende hacia la mutación: hoy más que ayer, mañana más que hoy. Pero esta noche, en este cuarto, usted y yo todavía podemos hablar de hombre a hombre.

—Eso sería siempre posible.

—No —replicó Crawford—. Si usted fuera un verdadero mutante yo percibiría la diferencia entre los dos. Sin igualdad toda discusión es imposible. Yo pondría en duda la solidez de mi lógica y usted me miraría con cierto desprecio.

—Precisamente antes de verlo entrar —dijo Vickers— acababa de convencerme de que todo esto no era más que un juego de mi imaginación.

—No lo es, Vickers. Usted tenía un trompo, ¿recuerda?

—Sí; ha desaparecido.

—No, no ha desaparecido —repuso Crawford.

—¿Lo tiene usted?

—No, yo no lo tengo. No sé dónde está, pero permanece en algún sitio de este cuarto. Verá usted: llegué aquí antes que usted y violé la cerradura. Una cerradura muy poco eficaz, ya que estamos en el tema.

—Ya que estamos en el tema —comentó Vickers—, una treta muy sucia, la suya.

—Aceptado. Antes de que esto acabe jugaré varias otras, igualmente sucias. Pero volvamos a lo nuestro. Violé la cerradura y entré. Entonces vi el trompo y me pregunté... Bueno, yo...

—Siga.

—Vea, Vickers, cuando yo era niño tenía un trompo como ese. Hace muchísimo tiempo. Hacia años que no veía ninguno parecido. Y bien, lo hice girar. Porque sí, sin motivo especial. O tal vez hubo un motivo. Tal vez trataba de recuperar algún momento perdido de mi niñez. Y el trompo...

Se interrumpió, mirando fijamente a Vickers como si tratara de captar cualquier posible señal de risa. Cuando siguió hablando su voz era casi indiferente.

—El trompo desapareció —dijo.

Vickers no respondió.

—¿Qué era? —preguntó Crawford—. ¿Qué clase de trompo era ése?

—No lo sé. ¿Estaba usted observándolo cuando desapareció?

—No. Me pareció oír ruidos en el vestíbulo y aparté la vista por un instante. Cuando volví a mirar había desaparecido.

—No debería ser así —dijo Vickers—. No debió desaparecer si usted no lo miraba.

—Ese trompo tenía algo que ver —dijo Crawford—. Usted lo había pintado. La pintura todavía estaba algo húmeda y allí están las latas de esmalte, sobre la mesa. No se habría tomado tanto trabajo sin un motivo. ¿Para qué pensaba usarlo, Vickers?

—Quería ir al país de las hadas —explicó el escritor.

—¿Qué es eso, una adivinanza?

Vickers meneó la cabeza, diciendo:

—Fui una vez... físicamente..., cuando era niño.

—Hace diez días yo habría dicho que los dos estábamos locos; usted, por decir eso; yo, por creerlo. Hoy es todo diferente.

—A lo mejor lo estamos. O somos un par de tontos.

—No somos locos ni tontos. Somos dos hombres, bastante diferentes, pero hombres al fin. Es una base común para el entendimiento.

—¿A qué vino usted, Crawford? No me diga que vino sólo para conversar: lo veo demasiado ansioso. Interfirió la llamada de Ann para descubrir mi paradero, violó mi cuarto e hizo girar el trompo. También usted tenía motivos para todo eso. ¿Cuál era?

—Vine a prevenirlo —dijo Crawford—. A advertirle que los hombres están desesperados, que no se detendrán ante nada. No se dejarán invadir.

—¿Y si no tienen alternativa?

—La tienen. Lucharán con lo que poseen.

—Los hombres de Neanderthal lucharon con garrotes.

—Lo mismo hará el Homo Sapiens. Garrotes contra las flechas de ustedes. Por eso quería hablarle. ¿Por qué no nos sentamos a buscar una solución? Debe haber algunos puntos de entendimiento.

—Hace diez días —replicó Vickers— nos sentamos a charlar en su oficina. Usted describió la situación y dijo que estaba atónito, perplejo. A juzgar por sus palabras, no tenía la más remota idea de lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué me mintió?

Crawford permaneció inmóvil e inexpresivo.

—Teníamos la máquina observándolo a usted, ¿recuerda? Los analizadores. Queríamos saber hasta dónde estaba enterado.

—Y bien, ¿cuánto?

—Nada —respondió Crawford—. Sólo pudimos averiguar que era mutante en estado de latencia.

—¿Por qué me eligieron a mí, en ese caso? —preguntó Vickers—. Con excepción de ese carácter extraño que usted dice notar en mí, no hay razones para creer que soy mutante. No conozco a ninguno y no sé cómo son. Si quiere llegar a un trato búsquese un mutante hecho y derecho.

—Lo escogimos a usted por una simple razón: es el único mutante que tenemos a mano. Usted y uno más..., pero el otro es todavía menos consciente del hecho que usted.

—Pero debe haber otros.

—Los hay, claro, pero no podemos atraparlos.

—Habla como si fuera un trampero, Crawford.

—Tal vez lo soy. En cuanto a estos otros... Uno los encuentra sólo cuando ellos quieren dejarse ver. De lo contrario están siempre fuera.

—¿Fuera?

—Desaparecen —explicó apresuradamente Crawford—. Les seguimos los pasos y aguardamos. Les dejamos mensajes y aguardamos. Tocamos timbres y aguardamos. Nunca están. Pasan por una puerta y no están en el cuarto al que entraron. Esperamos durante horas para verlos y al fin descubrimos que no estaban donde creíamos, sino en otro sitio, a muchas millas de allí.

—Pero a mí... A mí pueden seguirme. No desaparezco.

—Todavía no.

—Quizá soy un mutante imbécil.

—Usted es un mutante sin desarrollar.

—Ustedes me identificaron —dijo Vickers—. Tenían razones para sospechar antes de que yo mismo lo descubriera.

Crawford rió entre dientes.

—Sí, sus libros. En ellos hay algo extraño y nuestro departamento de psicología lo detectó. De ese modo descubrimos a algunos otros. Un par de actores, un arquitecto, un escultor y uno o dos escritores. No me pregunten cómo lo hacen los muchachos de psicología. Es como si lo olfatearan. No, no ponga esa cara de asombro, Vickers. Cuando uno organiza la industria mundial dispone de un equipo especializado capaz de investigaciones asombrosas; en términos de efectivo y mano de obra se puede hacer cualquier cosa. Se sorprendería si supiera cuántas cosas hemos hecho, las áreas de investigación que hemos descubierto. Pero aún no es bastante. No me avergüenza confesarle que nos han burlado en todas las oportunidades.

—Y ahora quieren negociar.

—Yo sí, pero de los demás no puedo decir lo mismo. Jamás querrán llegar a un trato. Usted no puede comprender: luchan por conservar el mundo que les llevó años construir, años largos y sangrientos.

«Así fue en verdad», pensó Vickers; «años largos y sangrientos».

Recordó a Horton Flanders, sentado en el porche y

hamacándose, mientras la luciérnaga de su cigarrillo encendido iba y venía en la oscuridad; Horton Flanders hablaba de la guerra, de la Tercera Guerra Mundial a la que, por algún motivo, no se había llegado; y decía que tal vez algo o alguien había intervenido de tanto en tanto para evitarla. «Una intervención», decía, sin dejar de mecerse.

—Pues el mundo que construyeron no ha resultado muy aceptable —comentó Vickers—. Lo construyeron con demasiada sangre y angustia, mezclaron demasiados huesos en el cemento. A lo largo de toda su historia no hay prácticamente un año en el que no se haya producido la violencia, la violencia organizada y oficial, en algún punto de la tierra.

—Comprendo —dijo Crawford—. Usted piensa que debería hacerse una reorganización.

—Algo así.

—Tratemos de imaginarlo, en ese caso —propuso Crawford—. Me cree renegado. Piensa que considero la derrota como cosa hecha y que he venido corriendo con la bandera blanca en alto para probar a los nuevos amos que soy inofensivo. Que trato de conseguir la paz para mí mientras todos los otros se van al demonio. Quizá los mutantes me conserven como mascota.

—Si lo que usted dice es cierto, tanto usted como los otros tendrán su castigo, hagan lo que hicieren.

—Tal vez no sea irremediable —respondió Crawford—. Podemos defendernos y provocar un embrollo tremendo.

—¿Con qué, Crawford? ¿Olvida que sólo disponen de garrotes?

—Disponemos de nuestra desesperación.

—¿Y eso es todo? ¿Garrotes y desesperación?

—Tenemos un arma secreta.

—Y los otros quieren utilizarla.

Crawford asintió, aclarando:

—Pero no es lo bastante buena. Por eso estoy aquí.

—Me pondré en contacto con usted —dijo Vickers—. Se lo prometo. Es lo más que puedo hacer. Si descubro que usted estaba en lo cierto me pondré en contacto con usted.

Crawford se levantó con gran trabajo.

—Trate de que sea pronto —dijo—. No hay mucho tiempo. No podré contenerlos indefinidamente.

—Usted está asustado —observó Vickers—. Nunca vi a nadie tan asustado. Lo estaba el día en que lo conocí y sigue igual.

—Estoy asustado desde el día en que esto comenzó: Empeora de día en día.

—Dos hombres con miedo. Dos niñitos corriendo en la oscuridad.

—¿Usted también?

—Por supuesto. ¿No ve que estoy temblando?

—No, no veo. En algunos aspectos, Vickers, usted es dueño de una sangre fría tal como no la he visto en mi vida.

—Hay algo que quiero preguntarle. Usted dijo que había otro mutante al alcance de su mano.

—Si, eso dije.

—¿Podría decirme quién es?

—No.

—Ya lo esperaba.

En ese momento la alfombra pareció borronearse en cierto punto. De pronto estuvo allí, girando lentamente, a tumbos, el silbido ahogado y los colores confusos en el girar errático. El trompo acababa de reaparecer.

Ambos lo observaron inmóviles, hasta que se detuvo.

—Se había ido —dijo Crawford.

—Y acaba de regresar —susurró Vickers.

El visitante cerró la puerta tras de sí. Vickers permaneció de pie en aquel cuarto frío y luminoso, ante el trompo inmóvil, mientras los pasos de Crawford se alejaban por el vestíbulo.

CAPÍTULO 25

Cuando los pasos dejaron de oírse Vickers se acercó al teléfono y levantó el tubo para pedir un número. Mientras aguardaba a que le comunicaran pudo escuchar la voz de los operadores; eran voces tenues y leves que hablaban con ligera indiferencia.

Tendría que explicárselo con celeridad. No podía perder mucho tiempo, pues ellos estarían escuchando. Tendría que decírselo pronto y asegurarse de que ella hiciera lo indicado: debía salir de allí antes de que los otros pudieran alcanzarla.

Le diría:

—Si te pido algo, ¿lo harás, Ann?, ¿lo harás sin preguntar nada?

Le diría:

—¿Recuerdas ese sitio donde preguntaste por la cocina? Te esperaré allí.

Y por último:

—Vete de tu departamento. Vete y escóndete. Donde no te vean. Ahora mismo. No dentro de una hora ni de cinco minutos. Ni siquiera dentro de un minuto. Cuelga el auricular y vete.

Tendría que ser pronto y seguro, a ciegas.

No podía decirle: «Ann, eres mutante»; ella querría saber qué significaba eso, cómo se había enterado él, y mientras tanto los espías avanzarían hacia su casa. Todo andaría bien si ella depositaba una fe ciega en él, pero ¿lo haría?

Estaba transpirando. Con sólo pensar que ella podía pedir explicaciones, o negarse a huir sin saber por qué, el sudor le chorreaba por las costillas.

El teléfono sonaba. Trató de recordar cómo era el departamento, el lugar que ocupaba el teléfono, en un extremo del sofá-cama;

la imaginó cruzando el cuarto para levantar el receptor. En cualquier momento escucharía su voz.

El teléfono sonaba. Seguía sonando.

Ann no contestó.

—Este número no contesta, señor —dijo la operadora.

—Pruebe este otro, en ese caso —dijo, y proporcionó a la operadora el número de la oficina.

Nuevamente la espera y el timbre intermitente.

—Este número no contesta, señor —dijo la operadora.

—Gracias.

—¿Insisto?

—No —dijo Vickers—. Por favor, cancele la llamada.

Tendría que maquinarse un plan, tratar de discernir de qué se trataba. Hasta entonces había sido fácil buscar refugio en la creencia de que era pura imaginación, que tanto él como el mundo entero estaban medio dementes, que todo andaría bien si no prestaba atención a lo que ocurría.

Pero eso ya no era posible. Pues ahora debía creer lo que hasta entonces había creído sólo a medias, aceptar como tal la historia que Crawford le contara, sentado en ese mismo cuarto, con el corpachón amontonado en la silla, inexpresivo el rostro y monótono la voz, capaz de pronunciar las palabras, pero no de poner en ellas inflexiones o vida.

Debía creer en la mutación humana y en un mundo dividido y acosado. Debía creer incluso en el país de hadas de su niñez, pues si él era mutante ese país era una señal, una parte de aquello por lo cual podía llegar a conocerse y a ser reconocido por otros.

Trató de hilvanar todas las implicaciones contenidas en el relato de Crawford y de comprender su significado, pero había demasiadas ramificaciones, demasiados factores de azar, demasiadas cosas que ignoraba.

Había un mundo de mutantes, de hombres y mujeres que superaban su condición de tales; eran personas dotadas de ciertos talentos humanos y de cierta comprensión que escapaba al alcance de las personas normales, o que éstas, al menos, no podían utilizar por completo, pues eran incapaces de emplear con inteligencia todos los enormes poderes que yacían latentes en su cerebro. Ese era el próximo paso, la evolución, el avance de la raza humana.

—Y sabe Dios —dijo Vickers, dirigiéndose al cuarto vacío—, sabe Dios si necesita avanzar, ahora más nunca.

Una banda de mutantes que trabajaran juntos, pero ocultos, puesto que el mundo normal se volvería contra ellos con garras y dientes si revelaban esa misma diferencia.

¿Y en qué consistía esa diferencia? ¿Qué eran capaces de hacer, qué confiaban lograr con ello? Él sabía unas cuantas cosas: hacían coches eternos, navajas que no se gastaban y lamparillas eléctricas que no se quemaban; también carbohidratos sintéticos para alimentar a los hambrientos y para ayudar a que la guerra siguiera más o menos apartada de la humanidad.

Pero ¿qué más? Sin duda había mucho más que eso.

«La intervención», había dicho Horton Flanders, meciéndose en el porche. Alguna especie de intervención gracias a la cual el mundo había avanzado, pero que después rechazaba, de un modo u otro, los frutos amargos y horribles del progreso mal usado.

Horton Flanders era el indicado para revelárselo todo, y Vickers lo comprendió así. Pero ¿Dónde estaba Horton Flanders?

«Son difíciles de atrapar», había dicho Crawford; «uno toca timbres y aguarda; deja mensajes y aguarda, los sigue y aguarda. Y nunca están donde uno cree, sino en otra parte».

Vickers trató de planear sus próximos pasos. «En primer lugar», pensó, «debo salir de aquí y no dejarme atrapar. Después tendré que buscar a Ann y hacer que se oculte. Y finalmente debo encontrar a Horton Flanders y hacer que hable claro».

Recogió el trompo y bajó las escaleras. El empleado le recibió la llave y preparó su factura.

—Le dejaron un mensaje —dijo, volviéndose hacia el casillero de donde pendía la llave—. El caballero que subió a verlo hace un rato me entregó esto antes de marcharse.

Le alcanzó un sobre. Vickers lo desgarró y halló dentro una hoja plegada.

—¡Qué curioso! —observó el empleado—. ¡Si acababa de hablar con usted!

—Si —replicó Vickers—. Es muy curioso.

La nota decía:

No trate de usar su coche. Si ocurre algo mantenga el pico

cerrado.

Era, sin duda, algo muy curioso.

CAPÍTULO 26

Vickers iba hacia la aurora. El camino estaba desierto y el coche volaba por él, sin más ruido que el silbido de las cubiertas al derrapar en las curvas. En el asiento contiguo iba y venía el trompo, con sus alegres colores, siguiendo los movimientos del auto.

Dos cosas estaban mal. Había dos errores inmediatos:

No se había detenido en la casa de los Preston.

Había utilizado el coche.

Eran dos tonterías, por supuesto; Vickers se burló de sí mismo por pensar en eso y pisó a fondo el acelerador, hasta que el silbido de las cubiertas se convirtió en un grito agudo en cada una de las runas.

Debió haberse detenido ante la casa de los Preston para probar allí el trompo. Ese era su plan original, pero aunque hurgaba en su mente en busca de las razones que se lo habían inspirado no hallaba ninguna. Si el trompo funcionaba, lo haría en cualquier parte. Funcionaba, y eso era todo; no importaba dónde lo hiciera, aunque algo, muy dentro de sí, le indicaba que ese detalle tenía importancia. La casa de los Preston tenía algo especial. Era un punto clave; debía ser el punto clave en aquel asunto de los mutantes.

«Pero no podía perder tiempo», se dijo. «No podía seguir dando vueltas. No había tiempo que perder». En primer lugar debía volver a Nueva York, buscar a Ann y hacer que se ocultara. Pues Ann debía ser el otro mutante, aunque tampoco en ese aspecto, al igual que en el caso de la casa Preston, podía estar seguro de ello. No había motivos ni prueba sustancial que lo demostrara. «Motivos», pensó. «Motivos y pruebas». ¿Y qué son?

Sólo la lógica forzada sobre la cual el hombre ha construido su

mundo. ¿Era posible que el hombre contara interiormente con otro sentido, otra norma que le sirviera de base, permitiéndole dejar a un lado los motivos y las pruebas, como a puerilidades útiles en su momento, pero ya cuanto menos incómodas? ¿Había acaso un modo de distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, sin caer en interminables razonamientos y tontos desfiles de pruebas? ¿La intuición, tal vez? Tonterías de mujeres. ¿Las premoniciones? Eso era sólo superstición.

Y sin embargo, ¿eran realmente tonterías y supersticiones? Los investigadores llevaban muchos años ocupándose de las percepciones extrasensoriales, del sexto sentido que tal vez el hombre llevaba en sí, incapaz de desarrollarlo en toda su capacidad.

Y si la percepción extrasensorial era posible, lo eran también muchos otros poderes: el dominio psicoquinético de los objetos por la energía mental, la posibilidad de ver el futuro, la captación del tiempo como algo más que el movimiento de las manecillas sobre el reloj, la habilidad de conocer y manipular insospechadas extensiones dimensionales del continuo espacio-tiempo.

«Cinco sentidos», pensó Vickers. El sentido del olfato, el de la vista, el oído, el gusto y el tacto. Tales eran los cinco que el hombre conocía desde tiempos inmemoriales, pero ¿significaba eso que fueran los únicos? ¿Acaso en su mente aguardaban otros sentidos, a la espera de ser desarrollados, tal como en su momento se habían desarrollado el pulgar opuesto, la postura erecta y el pensamiento lógico? El hombre había evolucionado lentamente desde su etapa arbórea y temerosa, pasando por el animal capaz de manejar un garrote, hasta llegar al animal que dominaba el fuego. Sus herramientas se habían ido complicando progresivamente hasta convertirse en máquinas.

Todo eso era el resultado del desarrollo intelectual; tal vez fuera posible que la inteligencia y los sentidos no estuvieran aún plenamente desarrollados. Y si era así, cabía imaginar un sexto sentido, un séptimo, un octavo, innumerables sentidos adicionales que, en el curso de la evolución natural, caerían bajo el dominio de la raza humana.

Y eso podía ser lo que había ocurrido con los mutantes: el súbito desarrollo de esos sentidos adicionales, sospechados sólo a medias. ¿Acaso esa mutación no era lógica en sí, precisamente lo que cabía

esperar?

Pasó rápidamente por pequeñas aldeas que dormían aún entre la noche y el alba, pasó por granjas extrañamente desnudas bajo la media luz que cruzaba el horizonte oriental.

«No trate de usar su coche», decía la nota de Crawford. También eso era una tontería, pues no había razones para no usarlo. Crawford lo decía así, y eso era todo. ¿Y quién era Crawford? ¿Un enemigo? Tal vez, aunque a veces no actuaba como tal. Un hombre temeroso de la derrota que sabía segura, más temeroso aún de las consecuencias que de la derrota en sí.

Los motivos, una vez más.

No había razones para no usar el coche. Pero se sentía vagamente intranquilo por hacerlo. No había razones para detenerse ante la casa de los Preston; empero su corazón le decía que era un error no haberlo hecho. No había razones para pensar que Ann Carter era mutante, y se sentía seguro de ello.

Condujo el coche a través de la mañana, entre la niebla que se alzaba desde los arroyuelos, hacia el rubor del sol contra el cielo del este; niños y perros arreaban las vacas; la ruta se poblaba lentamente con el primer y escaso tránsito de la mañana.

De pronto se sintió hambriento y algo adormecido. Pero no podía detenerse a descansar: tenía que proseguir la marcha. Cuando se tornara peligroso seguir conduciendo se vería forzado a dormir, siquiera por un rato.

Buscaría un lugar para comer algo. Tal vez la ciudad más próxima fuera más o menos extensa y tuviera algún bar abierto. En ese caso se detendría a comer; una o dos tazas de café bastarían para alejar el sueño.

CAPÍTULO 27

La ciudad era grande; había bares abiertos y gente en la calle; eran los obreros de la fábrica, que salían de la casa a las seis para llegar al trabajo a las siete en punto.

Escogió un local de aspecto más o menos aceptable, donde no había tantas cucarachas a la vista, y aminoró la marcha en busca de sitio donde dejar el coche. Lo halló una manzana más allá del bar.

Bajó del coche y cerró la portezuela con llave. Después, ya de pie en la acera, olfateó el olor de la mañana; aún era tierna y fresca, con la frescura engañosa de las mañanas estivales.

Decidió tomar el desayuno sin apresurarse, dándose tiempo para relajar el cuerpo, a fin de calmar, siquiera en parte, el cansancio de la ruta. Podía tratar de comunicarse con Ann; quizá tuviera más suerte esa mañana. Estaría más tranquilo si lograba advertirle que se mantuviera escondida. Tal vez convenía que, en vez de esperarlo en el local donde vendían aquellas casas, entrara directamente para ponerlos al tanto de la situación; probablemente ellos la ayudarían. Pero eso requería explicarle por teléfono, cosa que demandaría demasiado tiempo. No, él debía ser breve y conciso; Ann tendría que confiar en él.

En el restaurante había mesas disponibles, pero nadie parecía tener interés en ocuparlas. Todos los clientes se agrupaban ante el mostrador. Aún quedaban algunos bancos libres; Vickers ocupó uno de ellos.

Junto a él se había instalado un corpulento obrero, vestido con ropa de trabajo, sorbía ruidosamente una escudilla de avena, inclinado sobre el plato, como si paleara el cereal con la cuchara en su rápido movimiento de ida y vuelta; parecía estar estableciendo una corriente de sifón entre la escudilla y su boca. Al otro lado

había un hombre de pantalones azules y camisa blanca, de anteojos y pajarita negra. Estaba leyendo un diario; tenía todo el aspecto de un tenedor de libros o algo por el estilo; al menos, de quien está familiarizado con las columnas de números y se siente muy orgulloso de ello.

Una camarera se acercó para limpiar el mostrador, en el espacio ocupado por Vickers, con un trapo bastante sucio.

—¿Qué va a pedir? —preguntó en tono impersonal, juntando las palabras como si fueran una sola.

—Un buen montón de pastelillos y una loncha de jamón.

—¿Café?

—Café.

Llegó el desayuno. Vickers lo atacó al principio con impaciencia, llenándose la boca con grandes bocados de pastel chorreante de almíbar, y generosos pedazos de jamón. Una vez aplacado el hambre siguió comiendo con menos prisa.

El corpulento obrero se levantó para irse. Su sitio fue ocupado por una delgada muchacha de pestañas caídas; debía tratarse de alguna secretaria fatigada; quizás había dormido apenas una o dos horas después de bailar toda la noche.

Cuando estaba terminando su comida se oyó un grito en la calle y ruido de pasos en carrera. La muchacha giró en el banquillo para mirar por la ventana.

—Todo el mundo corre —observó—. ¿Qué habrá pasado?

Un hombre asomó entonces por la puerta, gritando:

—¡Han encontrado uno de esos automóviles Eterno!

Todos los concurrentes saltaron de los banquillos y corrieron hacia la puerta. Vickers los siguió a paso lento. El hombre decía que habían encontrado un automóvil Eterno. No podía ser otro que el suyo, estacionado en la calle siguiente.

Habían empujado el vehículo hasta sacarlo a la mitad de la calle. Todos estaban amontonados a su alrededor, gritando y blandiendo los puños. Alguien arrojó contra el coche un ladrillo o una piedra; el sonido del objeto al golpear contra el metal retumbó por la calle como un disparo de cañón.

Alguien levantó el objeto arrojado y lo lanzó contra la puerta de una ferretería; otra persona introdujo la mano por el vidrio roto para abrir la puerta. Los hombres entraron al negocio en tropel y

volvieron a salir, provistos de mazas y hachas.

La multitud se retiró para darles sitio, a fin de que pudieran mover los brazos. Las hachas y las mazas centellearon a la luz del sol, bajo aún; golpearon y volvieron a golpear. La calle resonó con el ruido del martilleo metálico. El vidrio se quebró con un ruido crujiente; después se oyó el estruendo del metal.

Vickers permaneció ante la puerta del restaurante, con el estómago descompuesto y el cerebro petrificado por algo que más adelante sería miedo, pero que en ese momento era sólo aturdimiento y ciega confusión.

Crawford le había escrito: «No trate de usar su coche». A eso se refería. Crawford sabía lo que iba a ocurrir con cualquier Eterno que circulara por las calles. Lo sabía y había tratado de prevenirle sobre ello.

¿Amigo o enemigo?

Vickers alargó una mano y la apoyó sobre el tosco muro de ladrillos. Al contacto con la aspereza del material cobró conciencia de que todo era cierto, de que no era un sueño; estaba realmente allí, en la puerta de un restaurante donde acababa de desayunar, y veía a una turba enloquecida por la furia y el odio que destrozaba su coche.

«Lo saben», pensó. La gente lo sabía al fin. Alguien les había informado sobre la existencia de mutantes. Y los odiaban. Naturalmente, los odiaban.

Los odiaban porque la existencia de mutantes los convertía en humanos de segundo orden, en hombres de Neanderthal súbitamente invadidos por un pueblo provisto de arcos y flechas.

Vickers se volvió y entró nuevamente al restaurante a paso lento, preparado para echar a correr si alguien gritaba detrás de él, si alguien le tocaba el hombro con un dedo.

El hombre de anteojos y pajarita negra había dejado el diario junto al plato. Vickers lo recogió y siguió caminando sin prisa a lo largo del mostrador. Empujó la puerta giratoria que conducía a la cocina; no había nadie allí. La cruzó rápidamente y salió por la puerta trasera que daba a un callejón.

Tras recorrer ese callejón se encontró ante otro, más angosto, abierto entre dos edificios. Corrió por él, cruzó la calle y tomó por otro pasadizo entre edificios. Así llegó a un nuevo callejón.

«Se defenderán», había dicho Crawford, la noche anterior, sentado en el cuarto del hotel, en una silla que lo sostenía a duras penas. «Lucharán con lo que poseen», Y al fin había empezado la lucha; los hombres devolvían los golpes con lo que tenían a mano. Habían tomado sus garrotes y se defendían.

Vickers salió a un parque; caminando por él dio con un banco oculto a la calle por un macizo de arbustos. Tomó asiento en él y desplegó el diario que había tomado en el restaurante, buscando la primera plana.

Allí estaba la historia.

CAPÍTULO 28

El titular decía: ¡NOS INVADEN! Y debajo: *SE DESCUBRE UNA CONSPIRACION DE SUPERHOMBRES*. Los títulos siguientes eran: *Una raza de superhombres entre nosotros. Resolvióse el misterio de las hojas de afeitar interminables.*

El artículo en si decía:

WASHINGTON (De nuestra agencia): El mayor peligro que ha enfrentado la humanidad en todos sus años de existencia (un peligro que podría reducirnos a la esclavitud) fue revelado hoy en un anuncio efectuado conjuntamente por el FBI, el comando militar y el despacho en Washington del *International Bureau of Economics*.

Tal anuncio se realizó en una conferencia de prensa a la que citó el presidente. Simultáneamente hubo reuniones semejantes en todas las capitales importantes del mundo, tales como Londres, Moscú, París, Madrid, Roma, El Cairo, Pekín y varias otras ciudades.

El anuncio informaba sobre la aparición de una nueva raza de seres humanos llamados mutantes; éstos, tras haberse desarrollado, se han reunido en un esfuerzo por dominar el mundo entero.

Los mutantes, en el sentido que se da al término en este caso, son seres humanos que han sufrido una repentina variación por la cual el hijo difiere del padre, en oposición a las alteraciones graduales por las cuales la especie humana ha llegado a su forma actual. En este caso la alteración no ha afectado las características físicas; esto significa que los

mutantes, a simple vista, son similares a cualquier humano normal. La alteración ha sido mental: el mutante posee ciertas habilidades de las que carece el hombre común, «talentos extravagantes», tal como fueron denominados en el anuncio.

(Véase en la columna siguiente una explicación completa de la mutación).

El anuncio, cuyo texto completo proporcionamos en la columna 4, advirtió que los mutantes se han lanzado a una campaña destinada a destrozarse el sistema económico del mundo mediante la fabricación de ciertos artículos, tales como la hoja de afeitar eterna, las bombillas eléctricas que no se queman, los automóviles Eterno, las nuevas casas prefabricadas y otros artículos que generalmente se venden en los llamados «negocios de chismes».

Según se reveló, el grupo de mutantes está, desde hace varios años, bajo la observación de diversas agencias oficiales o independientes; los descubrimientos, una vez correlacionados, demostraron sin lugar a dudas que se estaba llevando a cabo una verdadera campaña para dominar el mundo entero. El anuncio formal de la situación se demoró, según se dijo, hasta que desapareció toda duda sobre la autenticidad de los informes.

Se solicitó a la población del mundo entero que colaborara en la lucha para sofocar la conspiración. Al mismo tiempo se dispuso que las actividades prosiguiesen el ritmo normal, advirtiendo contra las consecuencias de la histeria.

Dice el anuncio: «No hay motivos para sentir aprensión. Se están tomando ciertas medidas defensivas». No se indicó cuáles son esas medidas. Cuando los periodistas trataron de interrogar al portavoz al respecto se les dijo que esa información era de carácter secreto.

A fin de colaborar con los gobiernos en su campaña contra los designios mutantes, el anuncio recomienda a la población las siguientes medidas:

- Mantener la calma y no caer en el pánico de la histeria

- No utilizar los artículos fabricados por los mutantes.
- No comprar tales artículos y emplear la persuasión con quienes los usan o los adquieren.
- Informar inmediatamente al FBI sobre cualquier circunstancia sospechosa que pueda tener vinculaciones con tal situación.

El anuncio informaba que las primeras sospechas de que se trataba

(continúa en página 11).

Vickers no buscó en la página 11; optó por revisar el resto de la primera plana. En ella estaban incluidos el texto completo del anuncio y un artículo sobre las características de la mutación; había también un análisis sobre el efecto probable de las mutaciones y sus posibles causas, firmado por un profesor de biología. También figuraban cinco o seis boletines; a ellos se dedicó Vickers:

NUEVA YORK (AP): La ciudad sufrió hoy la invasión de turbas armadas de hachas y barras de hierro, que violaron los negocios de chismes para destruir la mercadería y destrozaron las instalaciones. aparentemente no se encontró a nadie en los locales invadidos. Un hombre fue muerto por la muchedumbre, pero se cree que no estaba vinculado con los negocios de chismes.

WASHINGTON (UP): En las primeras horas de hoy una turba atacó y mató a un hombre que conducía un automóvil Eterno. El vehículo fue destrozado.

LONDRES (INS): En la fecha el gobierno dispuso instalar una fuerte guardia en varios distritos en los que se han instalado casas prefabricadas cuya construcción se atribuye a los mutantes. «Quienes compraron estas casas», dice la explicación que acompaña al decreto, «lo hicieron de buena fe. No tienen vinculación alguna con la conspiración. Se ordena la guardia para proteger a estas personas inocentes y a sus vecinos de cualquier posible violencia pública».

El cuarto decía:

ST. MALO. FRANCIA (Reuters). En la madrugada de hoy fue encontrado el cadáver de un hombre colgado de un poste de alumbrado público. En la pechera de su camisa llevaba prendido un letrero que decía, en torpes letras: «MUTANTE».

Vickers dejó caer el periódico, que formó en el suelo una tienda arrugada, y observó el parque. Una manzana más allá, el tránsito matutino iba afluyendo hacia la ruta. Un muchacho venía por la acera haciendo rebotar una pelota. Unas cuantas palomas volaban en círculo por entre los árboles y se paseaban por el césped, arrullando suavemente.

«Todo es normal», pensó. «Una mañana normal entre los hombres; la gente va a su trabajo, los niños juegan, las palomas pasean por el césped».

Pero por debajo manaba una corriente de salvajismo. Detrás de todo eso, detrás de ese telón civilizado, el presente se agazapaba en su cueva, emboscado para saltar al encuentro del futuro. Emboscado, a la espera de él, de Ann, de Horton Flanders.

Gracias a Dios, nadie había tenido la idea de relacionarlo con el coche. Tal vez a alguien se le ocurriera más tarde. Tal vez alguien recordara haberlo visto bajar del auto o sospecharía de ese hombre que no salió corriendo del restaurante ni se unió a la turba que apedreaba el coche. Pero estaba a salvo por el momento. Cuánto duraría su seguridad era ya otra cuestión.

Bien. ¿Qué hacer? Estudió las posibilidades. Podía robar un auto y continuar su viaje, pero no sabía cómo hacerlo. Sin embargo había otra cosa, algo que debía hacer inmediatamente.

Debía conseguir el trompo.

Lo había dejado en el coche y necesitaba recuperarlo. Empero ¿por qué arriesgar el cuello para conseguirlo? No tenía sentido, pensándolo bien, no tenía el menor sentido. Y sin embargo supo que debía hacerlo.

Tampoco la advertencia de Crawford sobre la inconveniencia de usar el coche pareció tener sentido en un primer momento; no le había prestado atención, pero (contra toda lógica) había tenido la sensación de que estaba equivocado al no obedecerle. Y al menos en

este caso la lógica no había estado en lo cierto; sí, en cambio, ese presentimiento, esa premonición, intuición o como se llamara.

Recordó haberse preguntado si no habría un sentido capaz de sobrepasar la lógica y la razón, si no habría otra facultad en el cerebro humano, una facultad adivinatoria que dejara atrás las viejas herramientas de la lógica y la razón. Tal vez se trataba de eso; quizás ése era uno de los «talentos extravagantes» de la nueva raza.

Y tal vez ése era el sentido que le advertía, más allá de toda razón y de toda lógica, que debía recuperar el trompo.

CAPÍTULO 29

La calle estaba bloqueada al tránsito y había un policía apostado, aunque no parecía hacer falta allí, pues la muchedumbre guardaba el orden. El coche seguía en el medio de la calle, abollado y maltrecho, con las ruedas al aire, como una vaca muerta en un campo de trigo. El vidrio hecho añicos cubría el pavimento y crujía bajo los pies de la gente. Habían sacado las cubiertas a golpes y las llantas estaban dobladas; la muchedumbre de mirones seguía allí.

Vickers se mezcló entre los curiosos para acercarse al auto. La puerta delantera había sido abierta y formaba una cuña entre el vehículo y la calzada; tal vez el trompo estuviera aún allí. En ese caso tendría que idear alguna forma de conseguirlo. Tal vez podía arrodillarse y fingir que le interesaba el tablero o algún instrumento. Conversaría con los curiosos sobre las diferencias entre ese tablero y los de un coche común; mientras tanto, quizá pudiera meter la mano y apoderarse del trompo para esconderlo bajo su chaqueta sin que nadie se diera cuenta.

Caminó en torno a los restos del coche, arrastrando los pies y mirándolo con la expresión del curioso indiferente, mientras intercambiaba los comentarios banales de costumbre con sus vecinos. Logró abrirse paso hasta quedar junto a la puerta. Permaneció allí, agachado y doblando el cuello, charlando con el hombre más cercano sobre el tablero de controles y sobre la caja de cambios, pero mientras tanto no dejaba de buscar el trompo.

No había allí trompo alguno.

Volvió a erguirse y caminó al azar con la multitud, con la vista clavada en el pavimento, pues quizá el trompo había caído del coche y se había alejado rodando. Tal vez estuviera en la alfombrilla. Revisó las de ambos lados de la calle y toda la calzada:

el trompo no estaba.

Había desaparecido sin que él pudiera probarlo. Ya jamás sabría si era capaz de llevarlo al país de las hadas.

Por dos veces había entrado a ese país: una, siendo niño; la otra, mientras recorría cierto valle con una muchacha llamada Kathleen Preston. Había recorrido con ella un valle encantado que no podía pertenecer sino al país de las hadas. Más adelante, cuando volvió a visitarla, le dijeron que ella ya no estaba allí; él volvió la espalda a la puerta y cruzó el porche.

«Un momento», se dijo. «¿En verdad volví la espalda a la puerta y crucé el porche?».

Trató de recordar y volvió a ver difusamente la escena. Un hombre de voz suave le había dicho que Kathleen no estaba, agregando: «Pero ¿no quiere pasar, muchacho? Quiero mostrarle algo». Entonces él entró a la imponente sala pesada y sombría, con pinturas en las paredes, desde donde se abría una gran escalera hacia los pisos superiores. Y el hombre dijo...

¿Qué había dicho? ¿Era real aquella escena? ¿Cómo era posible que una experiencia así, un incidente del cual habría debido conservar cada detalle, recién retornara a su memoria después de tantos años, así como el recuerdo perdido de su aventura infantil en el país de las hadas?

Al fin y al cabo, ¿era verdad o no? Pero no había forma de saberlo.

Descendió por la calle, pasando junto al policía, que sonreía a la multitud, apoyado contra una pared, sin dejar de balancear su cachiporra. Se detuvo ante un terreno baldío para contemplar a un grupo de niños en pleno juego. En otros tiempos también él jugaba así, ajeno al tiempo y al destino, sin pensar más que en las felices horas de sol y en el borboteo delicioso encerrado en la vida. Entonces el tiempo no existía y el destino estaba a un momento de distancia, o cuanto más a una hora. Cada jornada se prolongaba para siempre; la vida no tenía fin...

Un niño se había sentado a cierta distancia de los demás; tenía algo en el regazo y lo hacía girar, admirándolo feliz, como quien ha entrado en posesión de un juguete maravilloso. De pronto lo arrojó por los aires para cogerlo en seguida; el sol centelleó sobre sus múltiples colores. Vickers, al verlo, quedó un momento sin

respiración. ¡El trompo desaparecido!

Se acercó por el baldío sin que los niños repararan en él; es decir, lo ignoraron tal como suelen hacer los niños cuando juegan, puesto que en esos momentos los adultos no existen; no son más que personajes sombríos surgidos de algún mundo irreal y poco grato. Vickers se detuvo ante el niño que jugaba con el trompo.

—¡Hola, hijo!

—¡Hola!

—¿Qué tienes ahí?

—Lo encontré —dijo el muchachito.

—Es muy lindo —observó Vickers—. Me gustaría comprártelo.

—No lo vendo.

—Te pagaría muy bien.

El niño levantó la vista, interesado.

—¿Cómo para comprarme una bicicleta nueva? —preguntó.

Vickers hundió la mano en el bolsillo y sacó varios billetes doblados.

—¡Caray, don!

En ese momento el escritor notó, mirando por el rabillo del ojo, que el policía lo estaba observando; le vio dar un paso en dirección al baldío.

—Toma —exclamó.

Arrojó los billetes doblados en el regazo del niño y se apoderó del trompo. Sin pérdida de tiempo echó a correr hacia el callejón.

—¡Eh, oiga! —gritó el policía.

Vickers siguió corriendo.

—¡Oiga! ¡Deténgase o disparo!

Hubo una explosión; el silbido agudo de una bala le pasó junto a la oreja. Tal vez el policía no sabía nada de él ni de lo que pensaba hacer, pero los periódicos tenían a todo el mundo sobre ascuas.

Llegó hasta el primero de los edificios que se alzaban en el callejón y se agachó tras él. Pero no podía quedarse allí: en cuanto el policía llegara a esa esquina podría disparar sobre él con tanta facilidad como contra una lata. Escogió entonces un pasadizo entre dos edificios. Inmediatamente comprendió que la maniobra había sido un error, pues aquel pasillo le conduciría otra vez a la calle, donde estaba el coche destrozado.

En ese momento vio la ventana de un sótano; estaba abierta.

Supo sin pensarlo que era su única oportunidad. Calculó la distancia y se dejó caer por ella, con los pies hacia adelante. El antepecho le apretó la espalda; el dolor le cruzó el cuerpo como una llamarada. En seguida se golpeó la cabeza contra algo y el sótano se convirtió en un pozo de oscuridad donde brillaban miles de estrellas. Cayó despatarrado y sin aliento; el trompo escapó de su mano y rebotó en el suelo.

Se irguió sobre manos y rodillas para buscar su juguete. Aferrándose de una tubería logró ponerse de pie. Tenía en la espalda una despellejadura ardiente y la cabeza le zumbaba por la violencia del golpe, pero estaba a salvo, al menos por un tiempo.

Se encontró ante una escalera y subió por ella; era la trastienda de una ferretería. Aquel cuarto estaba repleto de rollos apilados al azar: alambre tejido, papel alquitranado, cartones, carretes de hilo para encuadernación, tubos de calefacción, cocinas embaladas y cuerdas.

En la parte delantera había movimiento de gente, pero no se veía a nadie. Vickers se ocultó tras una cocina embalada; desde la ventana le llegó un rayo de sol, sumergiéndolo en un charco de luz.

En el callejón se oyó ruido de pasos apresurados y lejanos gritos de hombre. Se encogió cuanto pudo, apretando el cuerpo contra las toscas maderas del embalaje, mientras se esforzaba por dominar sus jadeos, temeroso de que alguien entrara y los oyera.

Tendría que buscar la forma de salir; si permanecía allí lo encontrarían, tarde o temprano. No tardarían mucho en registrar toda la zona, combinando las fuerzas policiales con las civiles. Por entonces sabrían ya a quién buscaban. El niño les habría dicho que el trompo estaba cerca del coche; alguien recordaría de inmediato haberlo visto bajar del auto y quizá también la camarera del restaurante donde había desayunado. Juntando pequeñas informaciones acabarían por saber que el fugitivo era el hombre cuyo coche habían destrozado.

Se preguntó qué sería de él cuando lo encontraran; tal vez algo parecido a lo que contaba el boletín de St. Malo con respecto al cadáver colgado del poste con un letrero sobre el pecho.

Pero no había forma de huir. Estaba atrapado y no podía hacer gran cosa por el momento. No era posible volver al callejón, pues habría vigilancia. El sótano tampoco era mejor que el cuarto donde

estaba. Podía filtrarse hacia el negocio y comportarse como cualquier cliente, para salir finalmente a la calle, tratando de parecer un ciudadano común interesado en algún arma o en cierta herramienta que no estaba a su alcance. Pero todo eso parecía difícil.

La falta de lógica tampoco había servido de mucho, al cabo. La lógica y la razón seguían ocupando el primer puesto; eran aún los factores que regían las vidas humanas.

No había forma de escapar de ese nido soleado tras la cocina embalada. No había modo de huir, a menos que...

Había vuelto a encontrar el trompo. Lo tenía en sus manos.

No había modo de huir... a menos que el trompo funcionara.

Lo puso en el suelo y lo hizo girar lentamente, bombeando la manivela. El juguete cobró velocidad. Vickers bombeó más de prisa y lo dejó ir, girando, emitiendo su silbido, mientras él, acucillado, contemplaba las bandas de color. Las vio surgir y las siguió hasta el infinito, preguntándose adónde iban. Se obligó a centrar la atención en el trompo hasta no ver más que eso.

No sirvió de nada. El trompo se tambaleó y él alargó una mano para detenerlo.

Lo intentó una vez más.

Tenía que volver a sus ocho años, retroceder hasta su niñez. Debía limpiar la mente de todo pensamiento adulto, de toda preocupación y sofisticación adultas. Convertirse en niño.

Pensó en los juegos en la arena, en las siestas bajo los árboles, trató de sentir el polvo suave bajo los pies descalzos. Cerró los ojos, se concentró, atrapó la visión de una infancia, su color, su aroma.

Abrió los ojos y contempló las bandas, llenando la mente de preguntas, la incógnita de su aparición y desaparición. ¿Adónde iban?

No sirvió de nada. El trompo volvió a tambalearse. Lo detuvo.

Un pensamiento frenético se abrió paso hacia su conciencia. No tenía mucho tiempo. Era preciso darse prisa.

Alejó aquel pensamiento. Un niño no tiene idea del tiempo. Para un niño el tiempo es siempre. Era un niño pequeño, tenía todo el tiempo a su disposición y un trompo nuevo y reluciente.

Tornó a hacerlo girar.

Conoció el consuelo de un hogar, de una madre querida, de los

juguetes esparcidos en el suelo, y los cuentos que la abuela le leía cuando venía de visita. Y contempló el trompo con simple maravilla infantil, mientras observaba las bandas que surgían y se marchaban, surgían y se marchaban, surgían y se marchaban...

Cayó veinte o treinta centímetros, golpeando el suelo con un ruido seco. Se encontró sentado en la cima de una colina; ante él se extendía una llanura de muchos kilómetros, cubierta de pastos ondulantes, bosquecillos, lejanas aguas arremolinadas.

Bajó la vista. Allí estaba el trompo, girando lentamente, acabado el impulso.

CAPÍTULO 30

La tierra era nueva; no presentaba señal alguna de la presencia humana. Era una tierra de cielo y campo salvaje. Hasta la desolación del páramo que se extendía ante él parecía decir que estaba intacta.

Desde aquella colina Vickers vio bandas de formas oscuras y móviles; debían ser pequeños grupos de búfalos. Tres lobos treparon la cuesta a saltos; al verlo se apartaron hacia un lado y bajaron la colina en ángulo. Un pájaro giraba graciosamente en la extensión azul que se curvaba entre un horizonte y otro, sin una sola nube; el ave soltó un chillido que cayó, agudo y fino, como si el cielo lo hubiese filtrado.

El trompo lo había llevado hasta allí. Estaba a salvo en esa tierra desierta, poblada sólo por lobos y búfalos. Trepó hasta el punto más alto para observar aquellas praderas, sembradas de bosquecillos y cursos de agua, chispeante bajo el sol. No había señales de habitantes humanos: ni rutas, ni humaredas en el cielo.

Levantó la vista al sol, preguntándose cuál sería el oeste. Creyó adivinarlo. Si estaba en lo cierto, era media mañana. De lo contrario era la tarde, y en pocas horas más la tierra quedaría a oscuras. Entonces se vería forzado a buscar dónde pasar la noche.

Su intención había sido la de pasar al «país de las hadas», no se trataba de eso, naturalmente. Si se hubiera detenido a pensarlo por un momento habría sabido que no era el país de las hadas el sitio adonde había llegado de niño. Era un mundo nuevo y vacío, solitario, tal vez terrible, pero mejor que el cuarto trasero de una ferretería, situada en alguna ciudad desconocida cuyos habitantes lo buscaban para darle muerte. Había escapado del mundo antiguo y familiar para caer en ese mundo extraño. Si estaba completamente

deshabitado por el hombre, entonces debía arreglárselas como pudiera.

Se sentó en el suelo y vació sus bolsillos para hacer un inventario de cuanto poseía. Medio paquete de cigarrillos tres cajas de fósforos, una de ellas casi vacía, una llena y la última casi completa; un cortaplumas; un pañuelo; una billetera con varios dólares; unos cuantos centavos en moneda; la llave del coche Eterno; una argolla con la llave de su casa, la del escritorio y otras que no podía identificar, un lápiz automático; unas cuantas hojas cortadas por la mitad y plegadas, que había guardado para tomar notas cuando algo valiera la pena. Eso era todo. Fuego, una herramienta cortante y varios trozos de metal sin valor: sólo con eso podía contar.

Si ese mundo estaba vacío, se encontraba librado a sus propias fuerzas. Tendría que alimentarse, defenderse y buscar refugio; llegaría un momento en el que debería también conseguirse abrigo.

Encendió un cigarrillo y trató de pensar; sólo se le ocurrió que debía racionar el tabaco, pues sólo disponía de medio paquete y no habría más cuando éstos se terminaran.

Una tierra extraña... pero no totalmente, pues siempre era la Tierra, la antigua Tierra familiar, no tocada por las herramientas del hombre. Tenía su aire, su pasto, su cielo; hasta los lobos y los búfalos eran los mismos. Tal vez fuera la Tierra misma. Tenía todo el aspecto del ser el mundo primitivo, antes de que apareciera en él la mano del hombre para domesticarlo y someterlo a su voluntad, antes de que el hombre lo escarbara para quitarle sus tesoros.

No era, no, una tierra extraña. El trompo no lo había llevado a otra dimensión. Pero el trompo, naturalmente no tenía en eso parte alguna. Era sólo algo en que centrar la atención, un objeto hipnótico para auxiliar a la mente en su labor. El trompo le había ayudado a llegar hasta allí, pero en su mente, en su condición de extraño, estaba lo que le había permitido viajar desde la vieja Tierra a ese lugar primitivo y desconocido.

¿No había leído algo...? Empezó a hurgar entre sus recuerdos con frenéticos dedos mentales: un artículo periodístico, quizá. O algo que le habían dicho. O un programa de televisión...

Al fin lo recordó: aquel artículo sobre un tal doctor Aldridge, de Boston, que hablaba sobre la existencia de mundos múltiples. Según

él habría otro mundo un instante adelantado al nuestro, y otro un segundo detrás, y otro más a dos segundos de distancia, hasta formar una larga cadena de mundos que girarían uno detrás de otro, como una fila de hombres que caminaran por la nieve, poniendo cada uno el pie en la huella dejada por su predecesor.

Una infinita cadena de mundos, uno detrás del otro. Un anillo en torno al sol.

No había terminado de leer el artículo, según recordaba; algo le había distraído, haciéndole dejar el periódico a un lado. «Ojalá lo hubiese leído por entero», se dijo, mientras fumaba el cigarrillo hasta la última hebra de tabaco. Pues Aldridge podía estar en lo cierto; el mundo en el que estaba podía ser el siguiente en la interminable procesión. Trató de hallarle lógica a tal anillo de mundos pero abandonó el intento, pues no tenía idea del porqué.

Concediendo que ésa fuera la Tierra Número Dos, la inmediata a la Tierra original que él había dejado, los accidentes topográficos serían similares; aunque no fueran exactamente iguales, habría leves diferencias aquí y allá, magnificadas a su vez en el mundo siguiente, hasta tornarse evidentes quizá diez mundos más allá. Pero ésa era sólo la segunda Tierra; era de suponer que la geografía presentaba pocas alteraciones. Vickers había partido de la Tierra original en cierto punto de Illinois, y aquella pradera se parecía mucho a lo que debió ser esa región en épocas primitivas.

A los ocho años había llegado a un sitio donde vio un jardín, un bosquecillo y una casa; tal vez el mundo en que se encontraba fuera el mismo de entonces. En ese caso la casa estaría aún allí. En años posteriores había recorrido un valle encantado; también ese valle pudo ser parte de esa tierra, y eso significaba que en ella había otra casa Preston, exactamente igual a aquélla que se erguía con tanta altivez en la Tierra de su infancia.

Era una posibilidad, una pequeña posibilidad, la única con que podía contar. Se encaminaría hacia la casa de los Preston, en dirección al noroeste, desandando a pie las muchas millas que había recorrido en automóvil desde que abandonara la aldea de su niñez. Había pocos motivos para confiar en la existencia de esa casa, pocos motivos para no creerse atrapado en un mundo vacío y solitario. Pero cerró la mente a la razón, pues no tenía otra esperanza.

Verificó la posición del sol y notó que estaba más alto; eso

significaba que era la mañana y no la tarde; así pudo saber hacia dónde caía el oeste. Era cuanto necesitaba.

Inició la marcha, bajando a grandes pasos la colina en dirección al noroeste, hacia la única esperanza que podía hacer suya.

CAPÍTULO 31

Mucho antes del atardecer escogió un lugar para acampar en un bosquecillo cruzado por un arroyo. Se quitó la camisa y la ató a un palo para formar una tosca jábega, con la cual bajó hasta una pequeña hondonada. Tras algunos intentos descubrió el modo de usar su red con buenos resultados. Al cabo de una hora había atrapado cinco peces de buen tamaño.

Limpió el pescado con su navaja y encendió el fuego con un solo fósforo, felicitándose por su habilidad como bosquimano. Después asó uno de los pescados. No era muy sabroso pues no tenía sal y la cocción distaba de ser experta: las llamas habían chamuscado parte de la carne y otros pedazos estaban crudos. Sin embargo los primeros bocados no le supieron muy mal, pues estaba realmente hambriento. Ya calmados los retortijones del estómago vacío se le hizo difícil consumir el resto del pescado, pero se obligó a hacerlo: les esperaban días arduos y debía estar bien alimentado para hacerles frente.

Al caer la noche había terminado ya su cena. Se acomodó junto al fuego y trató de pensar, pero estaba demasiado exhausto y acabó durmiéndose sentado. Cuando despertó la noche era cerrada todavía y la hoguera se había consumido. Agregó leña al fuego, cubierto de sudor frío. Necesitaba esas llamas, no sólo para calentarse y cocinar sino también como protección; durante la jornada había visto no sólo varios lobos, sino también algunos osos; en cierto momento una silueta bronceada se cruzó en su camino, al recorrer un bosquecillo, a tanta velocidad que le fue imposible reconocerla.

Cuando volvió a despertar rompía ya el alba. Avivó el fuego y asó el resto de los pescados. Comió uno entero y parte de otro;

después guardó el resto en un bolsillo, pingoso como estaba. Sabía que le haría falta alimentarse durante el día, y no quería perder tiempo en hacer fuego.

Recorrió el bosquecillo en busca de un palo recto y sólido; al fin halló uno que soportaba bien su peso. Le serviría como bastón para apoyarse, y quizá pudiera emplearlo a modo de garrote si llegaba el momento de defenderse. Antes de ponerse en marcha verificó el contenido de sus bolsillos para asegurarse de no haber perdido nada; tenía la navaja y los fósforos: eso era lo más importante. Envolvió cuidadosamente los fósforos en su pañuelo; después se quitó la camiseta y la agregó al envoltorio. En el caso de que lo atrapara la lluvia o cayera en algún arroyo, toda esa tela protegería los fósforos de la humedad. Le hacían mucha falta. No se sentía capaz de hacer fuego frotando pedernales ni por el método del arco y la flecha, como los exploradores.

Partió antes de que saliera el sol, avanzando penosamente hacia el noroeste, aunque con más lentitud que durante el día anterior: había descubierto que no era la celeridad lo que contaba, sino el esfuerzo mantenido. De nada serviría desgastarse en los primeros días de la caminata.

Por la tarde perdió algún tiempo en hacer un amplio rodeo, a fin de esquivar una gran manada de búfalos. Esa noche acampó en otro bosquecillo, tras haberse detenido una hora antes junto a un arroyo para renovar su provisión de pescado, siempre con la jábega armada con su camisa. En la arboleda halló algunas moreras en las que quedaban unas cuantas frutas; así pudo disfrutar de un postre.

Al salir el sol reinició la marcha. Se hizo la noche.

Comenzó un nuevo día y él siguió andando. Otro día, otro más.

Atrapaba peces, buscaba moras silvestres. Una vez encontró un venado que algún carnívoro acababa de matar, antes de huir asustado por su presencia; lo carneó con su navaja y llevó consigo cuantas lonjas de venado pudo cargar. Aun sin sal, esa carne representaba una variante bien acogida a su dieta de pescado. Llegó a comerla cruda, masticando metódicamente cada bocado mientras caminaba. Al cabo tomó tan mal olor que hubo de tirar cuanto le quedaba.

Perdió la noción del tiempo. No tenía idea de la distancia que llevaba recorrida ni cuánto faltaba aún para llegar al sitio que

buscaba. Ni siquiera sabía si podría hallarlo.

Los zapatos se le partieron. Tuvo que llenarlos con pasto seco y atarlos con tiras cortadas de sus pantalones.

Un día, al inclinarse sobre un charco para beber, se encontró ante un rostro extraño. Fue una verdadera sorpresa comprender que se trataba de su propia cara: se había convertido en un hombre barbado, sucio y harapiento, mareado por la fatiga.

Los días pasaron, uno tras otro. Él seguía avanzando hacia el noroeste, adelantando los pies con movimientos casi automáticos. El sol le quemó la piel; las quemaduras acabaron por curtirse. Cruzó un río ancho y profundo valiéndose de un tronco; le llevó mucho tiempo llegar a la otra orilla y en cierto momento estuvo a punto de caer al agua, pero logró atravesarlo.

Y seguía andando. No había otra cosa que hacer.

Marchaba a través de una tierra vacía, sin rastros de haber sido habitada alguna vez, aunque presentaba todas las ventajas para la colonización: el suelo era fértil, el pasto brotaba alto y espeso; los árboles, agrupados en bosquecillos a la orilla de los riachos, se erguían en línea recta hacia el cielo.

Al fin un día, precisamente antes del crepúsculo, llegó a la parte más alta de una elevación y pudo ver la tierra a sus pies; descendía hacia la lejana cinta de un río que creyó reconocer. Pero no fue el río lo que atrajo su atención, sino el fulgor del sol poniente sobre una vasta zona cubierta de metal, a lo lejos.

Puso la mano sobre los ojos a modo de visera y trató de mirar mejor, pero estaba demasiado lejana y brillaba con mucha intensidad como para distinguir detalles. Bajó entonces la cuesta, indeciso entre la alegría y el temor, sin perder de vista aquel distante resplandor metálico. En las depresiones del terreno solía quedar oculto, pero siempre volvía a verlo cuando el suelo se nivelaba; así pudo saber que era real.

Al fin estuvo seguro de que se trataba de edificios, edificios metálicos que centelleaban bajo el sol, y vio extrañas formas que iban y venían por encima de ellos, surcando el aire, y detectó un palpitar de vida en los alrededores.

Pero no se trataba de una ciudad. Era demasiado metálico; además no había rutas que llevaran a ella. A medida que se acercaba fue descubriendo nuevos detalles; al cabo, cuando sólo

faltaban tres o cuatro kilómetros para llegar, se detuvo a observar y comprendió lo que era.

No se trataba de una ciudad, sino de una fábrica, una gigantesca fábrica. Hacia ella se dirigían constantemente aquellos extraños objetos voladores, que no parecían aeroplanos, sino vagonetas voladoras. La mayor parte de ellas provenían del norte o del oeste y volaban a baja altura, sin gran velocidad, hasta aterrizar en una zona cerrada a la vista por varios edificios.

Las criaturas que circulaban entre las edificaciones no eran hombres; al menos no lo parecían. Eran cosas metálicas que lanzaban destellos bajo los rayos del sol poniente. Alrededor de los edificios había discos de forma cóncava montados sobre grandes torres, cuyas amplias superficies estaban dirigidas hacia el sol y brillaban, como si hubiera llamas en el interior de los cuencos.

Vickers caminó lentamente hacia los edificios. Al acercarse pudo apreciar su enorme vastedad. Cubrían hectáreas enteras y se elevaban a muchos metros del suelo, los objetos que circulaban entre ellos no eran hombres ni nada que se les pareciera, sino máquinas autopropulsadas.

Aunque logró identificar a algunas de aquellas máquinas, la mayor parte le resultó desconocida. Vio pasar un artefacto transportador cargado de tablones, lanzado a toda velocidad; una gran pala mecánica cruzó más allá a cuarenta kilómetros por hora, balanceando sus mandíbulas de acero. Pero otras parecían pesadillas mecánicas. Y todas pasaban rápidamente, como impulsadas por una prisa increíble.

Encontró una calle, o al menos un espacio abierto entre dos edificios, y tomó por él, manteniéndose próximo a las paredes por temor a ser arrollado por alguna de esas máquinas.

Así llegó a una abertura desde la cual descendía una rampa hacia la calle. La trepó cautelosamente y miró hacia el interior del edificio. Estaba iluminado, aunque era imposible individualizar la fuente de luz, y había allí largas filas de maquinarias en funcionamiento. Sin embargo no había ruido alguno. Comprendió entonces que era eso lo que más le había llamado la atención. Estaba en una fábrica y no percibía ruidos. Sobre todo aquello reinaba un silencio absoluto, con excepción del sonido del metal contra el suelo, en tanto las máquinas autopropulsadas pasaban

velozmente por la calle.

Bajó por la rampa y volvió al corredor. Al circundar el edificio se encontró en el borde del aeropuerto donde aterrizaban y despegaban las vagonetas voladoras. Observó cómo descargaban sus mercaderías: grandes montones de madera pulida, recién aserrada, que las máquinas transportadoras recogían de inmediato para llevarla en distintas direcciones; enormes montículos de metal en bruto, con apariencia de hierro, desaparecían en las fauces de otras transportadoras que Vickers comparó con pelícanos.

Cuando las vagonetas habían descargado los materiales volvían a despegar sin el menor ruido, como si el viento las elevara en el aire. Y las máquinas voladoras llegaban en sucesión interminable, descargando incontables materiales que desaparecían de inmediato. Nada quedaba amontonado sobre la pista. Al levantar vuelo la vagoneta, su carga ya había sido retirada.

«Son como hombres», pensó Vickers. «Esas máquinas actúan como si fueran hombres». No operaban automáticamente; de lo contrario cada operación debía cumplirse en cierto lugar y en un momento determinado, y era evidente que los vehículos no aterrizaban nunca en el mismo sitio ni regularmente. Sin embargo, cada vez que aterrizaba una vagoneta había en la zona una máquina adecuada para encargarse del material descargado.

«Son como seres inteligentes», se dijo Vickers. Y comprendió enseguida que eso eran, sin lugar a dudas. Eran robots, cada uno diseñado para ocuparse de una tarea determinada. No se trataba de los robots humanoides creados por la imaginación, sino de máquinas prácticas dotadas de inteligencia y de finalidad.

El sol ya se había puesto. Al levantar la vista hacia las torres, el escritor notó que los discos giraban lentamente hacia el este, de modo tal que cuando el sol volviera a salir, a la mañana siguiente, estarían ya enfrentándolo.

«Energía solar», se dijo Vickers. ¿Dónde había oído hablar de energía solar? ¡Claro, en las casas fabricadas por los mutantes! Aquel pequeño vendedor les había explicado, a él y a Ann, que cuando se dispone de tal energía uno puede prescindir de los servicios públicos. Y allí estaba la energía solar. También allí había máquinas exentas de fricción que funcionaban sin hacer ruido. Al igual que los coches Eterno, no se desgastarían jamás y durarían por

muchas generaciones.

Las máquinas no le prestaron la menor atención. Era como si no lo vieran ni sospecharan su presencia allí. Ninguna vaciló al pasar junto a él, ninguna se apartó de su camino para abrirle paso. Tampoco hubo movimientos amenazadores en su dirección.

Al morir el día la zona quedó iluminada, aunque una vez mas Vickers no pudo hallar la fuente de esa iluminación. El trabajo no se interrumpió. Las vagonetas voladoras (grandes artefactos angulosos, similares a cajas) seguían aterrizando para volver a partir tras haber descargado sus materiales. Las transportadoras no dejaban de pasar a toda carrera. Las interminables filas de máquinas, en el interior de los edificios, proseguían con su silenciosa labor.

¿Acaso las vagonetas eran también robóticas? Probablemente lo eran.

Vickers siguió recorriendo la fábrica, siempre ceñido al edificio para no estorbar el paso. Encontró una gran plataforma de carga, llena de cajones apilados que las máquinas llevaban hasta allí para cargarlas en las vagonetas voladoras; y éstas marchaban incesantemente hacia su destino, cualquiera que fuese. Desvió su rumbo para salir a la plataforma, a fin de examinar con más detenimiento algunos de los cajones; sólo vio en ellos unos letreros escritos en código. Se le ocurrió abrir alguno de ellos, pero no tenía herramientas y le asustaba un poco la posible reacción de las máquinas si él interfería en su trabajo.

Horas después llegó al otro extremo de la extensa fábrica y se alejó de ella. Al cabo se volvió para observarla la vio brillar con su luz extraña, percibió el ajetreo que cobijaba, y se preguntó qué productos se elaboraban en ella. Hojas de afeitar, quizás, o encendedores, bombillas eléctricas, casas prefabricadas o automóviles. Tal vez todo eso al mismo tiempo.

Pues ésa, sin duda alguna, era al menos una de las fábricas que Crawford y los de Investigación Norteamericana buscaban sin éxito. No era de extrañar que no la hubiesen encontrado.

CAPÍTULO 32

Llegó al río con el caer de la tarde. Era un río lleno de islas arboladas y cubiertas de viñas, cerrado por bancos de arena y poblado de borbotos y susurros de pedregullo en movimiento. No podía ser otro que el río Wisconsin en sus tramos inferiores, antes de unirse al Mississippi. Y si estaba en lo cierto no había perdido el rumbo. Desde allí podía llegar al lugar que buscaba.

Empezó entonces el temor de no hallar ese lugar; tal vez en esa tierra no existía la casa de los Preston. Quizá había caído en un mundo extraño donde no había hombres sino robots, donde sólo existía una compleja civilización robótica sin lugar para el hombre. Era evidente que la fábrica funcionaba sin la intervención del ser humano, pues todo allí revelaba demasiada seguridad e independencia como para necesitar el brazo o el cerebro de los hombres.

Con la última luz del sol acampó sobre la costa del río. Antes de conciliar el sueño permaneció largo rato contemplando el espejo plateado de las aguas iluminadas por la luna, mientras la soledad hacia presa en él, más profunda y amarga que nunca.

Cuando llegara la mañana proseguiría la marcha; recorrería el sendero hasta su polvoriento final. Hallaría el sitio que correspondía a la casa de los Preston. Y si no había tal casa, ¿qué?

No lo pensó. No quería pensarlo. Y al cabo se quedó dormido.

Por la mañana bajó por la costa y observó la escarpada ribera meridional. Tuvo entonces la certeza, por las características de los peñascos, de conocer aquella zona. Caminó río abajo hasta divisar el neblinoso azul del enorme peñasco que se erguía en la confluencia de los ríos. Entonces trepó a la roca más cercana y contempló desde allí el valle que tanto había buscado.

Esa noche acampó en el valle. A la mañana siguiente prosiguió la marcha a través de él hasta encontrar el otro valle, el que le llevaría hasta la casa de los Preston. Hubo de recorrerlo hasta la mitad antes de llegar a la zona que le era familiar; sin embargo ya había visto, aquí y allá, algunas formaciones rocosas y ciertos grupos de árboles similares a los que conocía bien. En él fueron creciendo la impresión y la esperanza de hollar tierras familiares, hasta que el fin llegó a la certeza.

¡Allí estaba, una vez más, el valle encantado que había recorrido veinte años atrás!

«Y ahora», pensó, «ahora, si la casa está allí...».

De pronto sintió la horrible certeza de que no estaría allí, de que al llegar al fin del valle no habría nada en el sitio que debía ocupar la casa. Y se sintió mal. Porque entonces perdería la última esperanza, para convertirse en un exiliado de la Tierra familiar.

Buscó el sendero y prosiguió por él su marcha. El viento soplaba sobre las hierbas de la pradera, convirtiendo el pasto en agua y en espuma la blancura de los tallos agitados. Allí estaban los manzanos silvestres; a esa altura de la estación ya habían perdido las flores, pero eran los mismos.

El sendero tomó la curva de una colina. Vickers se detuvo.

La casa estaba en la cima.

Sintió que las rodillas le vacilaban. Apartó la vista hacia un lado y volvió a centrarla lentamente, para asegurarse de que no era un truco de su imaginación.

La casa estaba allí, sin lugar a dudas.

Retomó entonces el sendero. Descubrió que iba corriendo y se obligó a aminorar la marcha hasta reducirla a un paso rápido. Pero un momento después corría nuevamente. Esa vez no trató de dominarse.

Al llegar a la cuesta que conducía a la casa empezó a caminar con mayor lentitud, tratando de recobrar el aliento. Recién entonces pensó en su lamentable aspecto: una barba de varias semanas, las ropas reducidas a harapos y endurecidas por la suciedad y el polvo, los zapatos hechos pedazos y atados a los pies con tiras de género arrancadas a las perneras de los pantalones, y los pantalones deshilachados flameando al viento, y las rodillas huesudas y sucias de polvo.

Se detuvo junto al portón del cerco blanco que rodeaba la casa. Allí se apoyó, contemplando el edificio. Era exactamente como lo recordaba: limpio, bien conservado, con el césped recortado y los canteros llenos de flores coloridas, la madera siempre recién pintada y la granza añejada por los años de exposición al sol, al viento y a la lluvia.

—Kathleen —murmuró.

No pudo pronunciar bien el nombre: sus labios estaban curtidos y agrietados.

—Kathleen, he regresado.

Se preguntó cómo sería ella después de tantos años. Era imposible que siguiera siendo aquella muchacha de diecisiete o dieciocho años. Tendría ya aproximadamente la misma edad que él. Lo vería allí, de pie ante el portón, y sabría reconocerlo a pesar de la barba, de los harapos y la suciedad. Abriría la puerta para bajar a saludarlo.

La puerta se abrió. Como el sol le daba en los ojos no pudo verla hasta que salió al porche.

—Kathleen —repitió.

Pero no era ella, sino alguien a quien nunca había visto, un hombre casi desnudo que brillaba a la luz del sol. Ese hombre bajó por el sendero y dijo a Vickers:

—¿En qué puedo servirle, señor?

CAPÍTULO 33

Había algo en ese hombre que no concordaba bien: el brillo de su piel bajo el sol matinal, su forma de hablar y de moverse. Para empezar no tenía pelos, ni en la cabeza ni en el pecho. También los ojos eran extraños: brillaban como el resto del cuerpo. Además parecía carecer de labios.

—Soy robot, señor —dijo el hombre brillante, al ver su confusión.

—¡Oh!

—Me llamo Ezequiel.

—¿Cómo estás, Ezequiel? —preguntó estúpidamente Vickers, sin saber qué decir.

—Muy bien. Siempre estoy bien. Nunca me ocurre nada. Gracias por su interés, señor.

—Esperaba encontrar a alguien en la casa —dijo Vickers—. Una señorita llamada Kathleen Preston. ¿Está aquí por casualidad?

Los ojos del robot permanecieron inexpresivos.

—¿Quiere pasar, señor? —invitó—. Puede aguardar dentro.

Abrió el portón para que entrara. Vickers avanzó por la granza desteñida, notando que también los ladrillos de la casa revelaban el tono añejo dado por el sol, el viento y la lluvia. La vivienda estaba bien conservada. Los vidrios chispeaban como recién lavados, las persianas abiertas no mostraban señales de debilidad, los marcos estaban pintados y el césped, más que cortado, parecía haber recibido una rasurada. En los canteros no se veía una sola hierba entre las flores; los postes de la cerca montaban su eterna guardia en torno a la casa como erguidos soldados de blanco.

Tomaron por el costado de la casa. El robot subió los peldaños que conducían al pequeño porche lateral y abrió la puerta para dar

paso a Vickers.

—A su derecha, señor —dijo—. Tome asiento y aguarde, por favor. Si necesita algo encontrará una campanilla sobre la mesa.

—Gracias, Ezequiel —dijo Vickers.

El cuarto era muy amplio para ser antesala. Sus paredes estaban cubiertas con un papel muy alegre; tenía un pequeño hogar de mármol con espejo sobre la repisa. En la habitación reinaba el silencio, cierto silencio oficial, como si fuera la antecámara de algún suceso importante.

Vickers ocupó una silla y aguardó.

¿Qué pretendía? Que Kathleen saliera de la casa corriendo para ir a su encuentro, después de veinte años sin saber de él. Meneó la cabeza: se había permitido pensamientos viciados por los deseos. Eso no resultaba. No era lógico.

Pero muchas otras cosas carecían igualmente de lógica y resultaban bien, de todos modos. No era lógico hallar la casa en otro mundo, pero la había hallado y allí estaba, bajo su techo, aguardando. No era lógico haber encontrado el trompo olvidado ni saber para qué emplearlo. Pero lo había encontrado y lo empleó en la forma debida.

Permaneció inmóvil, atento a los ruidos de la casa.

En el cuarto contiguo hubo un murmullo de voces. La puerta que comunicaba ambas habitaciones no estaba cerrada del todo. Las voces se acallaron y la casa volvió a sumirse en el silencio matinal.

Vickers se levantó de la silla y dio en pasearse entre la ventana y el hogar. ¿Quién estaría en el cuarto contiguo? ¿Por qué seguía esperando? ¿A quien vería si franqueaba esa puerta, y qué podría decirle?

Dio una vuelta por la habitación, caminando con mucha suavidad, y se detuvo junto a la puerta, de espaldas a la pared, conteniendo el aliento para escuchar.

Allí estaba el murmullo de voces, pero pudo distinguir las palabras.

—... será una verdadera conmoción.

Una voz profunda y gruñona dijo:

—Siempre causa conmoción. No se puede hacer nada por remediarlo. De cualquier modo que se lo mire es siempre degradante.

Otra voz, lenta y pesada, agregó:

—Es una lástima que nos veamos obligados a actuar así. ¡Cuánto mejor sería dejarlos ocupar sus propios cuerpos!

El primero que había hablado indicó en tono preciso, medido y comercial:

—Casi todos los androides lo aceptan bastante bien, aún sabiendo lo que significa. Logramos que comprendan. Además, por supuesto, de cada tres hay siempre un afortunado que puede volver al cuerpo real.

—Tengo el presentimiento de que con Vickers nos hemos apresurado —dijo la voz áspera.

—Flanders dijo que era necesario. Piensa que Vickers es el único que puede manejar a Crawford.

Fue la voz de Flanders la que respondió:

—Estoy seguro de que así es. Comenzó tarde, pero estaba avanzando con celeridad. Le dimos una verdadera paliza. En primer lugar, el ojo-espía se descuidó y se dejó atrapar; eso le dio en qué pensar. Después combinamos lo del linchamiento. Más tarde encontró el trompo que dejamos y asoció las ideas. Con uno o dos impulsos más...

—¿Y la chica, Flanders? ¿Esa tal... cómo se llama?

—Ann Carter —respondió Flanders—. Hemos estado impulsándola un poco, pero no tanto como a Vickers.

—¿Cómo reaccionarán cuando descubran que son humanoides? —preguntó la voz lenta.

Vickers se apartó de la puerta moviéndose con mucha cautela, con las manos extendidas hacia adelante, como si avanzara en la oscuridad por un cuarto lleno de obstáculos. Alcanzó la puerta que conducía al vestíbulo y se aferró a ella.

«Usado», pensó. «Ni siquiera humano». Y agregó a media voz:

—Maldito sea, Flanders.

No sólo él, sino también Ann... No eran mutantes, seres superiores, ni siquiera humanos. ¡Androides, humanoides!

Tenía que escapar. Tenía que ocultarse, buscar un refugio donde echarse a lamer sus heridas mientras se calmaba y elaboraba sus planes.

Porque debía hacer algo. Las cosas no podían quedar así. Tomaría cartas en el asunto e intervendría en el juego.

Cruzó el vestíbulo, llegó hasta la puerta y la abrió apenas para ver si había alguien a la vista. El prado estaba desierto.

Cerró suavemente la puerta tras de sí. Bajó al prado de un salto y echó a correr. Saltó el cerco y siguió corriendo del otro lado, sin detenerse.

Sólo al verse entre los árboles se atrevió a mirar hacia atrás. Allí estaba la casa, majestuosa y serena, sobre la cumbre de la colina que cerraba el valle.

CAPÍTULO 34

Conque era un androide, un hombre artificial, un cuerpo fabricado con unos cuantos productos químicos, moldeado por la astucia de la mente humana y la brujería tecnológica..., pero esa astucia y esa hechicería correspondían al cerebro mutante, pues los hombres normales que habitaban la madre Tierra, la Tierra original, no disponían de ellas. Eran los mutantes, sólo ellos, quienes podían crear un hombre artificial con tanta destreza que ni él mismo lo sabría de seguro. Y también mujeres artificiales, como Ann Carter.

Los mutantes podían hacer androides, robots, coches eternos, hojas de afeitar interminables y muchos artilugios más, todos inventados para derruir el sistema económico de la raza que les había dado origen. Había logrado el carbohidrato por síntesis, tanto como alimento como para fabricar los cuerpos de sus androides, y poseían el arte de viajar entre un mundo y otro, por todos aquellos mundos que circulaban pisándose los talones por los corredores del tiempo. Eso era cuanto sabía de sus habilidades y sus obras. De todo lo demás no tenía idea: ni de lo que hacían, ni de lo que podían estar planeando.

«Usted es mutante», le había dicho Crawford, «un mutante sin desarrollar. Es uno de ellos». Pues Crawford tenía una máquina inteligente que sabía hurgar en el cerebro e informar a su dueño de lo que allí encontraba; pero la máquina era estúpida, al fin y al cabo, ya que no podía distinguir siquiera un hombre real de un fraude.

Él no era mutante, sino un cadete de los mutantes. Ni siquiera hombre, sino apenas una copia artificial.

¿Cuántos otros andarían por el mundo en las mismas condiciones, cumpliendo las tareas asignadas por el amo mutante?

¿A cuántos como él observaban y seguían los hombres de Crawford, sin sospechar que no seguían al enemigo sino a un mero producto fabricado por él? Eso daba una perfecta idea de la diferencia entre un hombre normal y un mutante: el hombre normal podía confundir a un espantajo con el adversario.

Los mutantes creaban un hombre, lo soltaban para observarlo y le permitían desarrollarse; también instalaban un pequeño mecanismo que llamaban ojo-espía para vigilarlo, un ratoncillo mecánico susceptible de ser aplastado con un pisapapeles. Y a su debido tiempo lo impulsaban. ¿Para qué? Soliviantaban a sus conciudadanos para obligarlo a huir; ponían a su paso un juguete de la infancia y aguardaban el resultado de la asociación de ideas. Arreglaban las cosas de modo tal que estuviera conduciendo un coche Eterno cuando eso podía llevarlo otra vez al linchamiento.

Y una vez que habían impulsado al androide, ¿qué pasaba con él?, ¿qué pasaba con los androides una vez cumplida su función?

Había prometido a Crawford hablar nuevamente con él cuando estuviera enterado de lo que ocurría. Pues bien, ya sabía unas cuantas cosas que podían interesarle mucho.

Pero sabía algo más, algo que se agitaba en su cerebro, como si burbujeara en el intento de brotar. Sabía algo más, pero no podía recordarlo.

Seguía caminando por el bosque, entre los grandes árboles y la hojarasca profunda, entre el musgo, las flores y el extraño silencio que lo llenaba de paz. Tenía que buscar a Ann Carter y explicarle lo que ocurría. Juntos podrían hacerle frente.

Se detuvo junto al enorme roble y alzó la vista hacia el follaje, tratando de aclarar su mente, de apartar el caos de sus pensamientos para comenzar de nuevo.

Dos cosas quedaron en claro por sobre todo lo demás:

Era necesario volver a la Tierra madre.

Era necesario buscar a Ann Carter.

CAPÍTULO 35

Vickers sólo descubrió a aquel hombre cuando le oyó hablar.

—Buenos días, extranjero —dijo alguien.

El escritor giró sobre los talones. Allí estaba, a pocos metros de distancia. Era un hombre alto, fuerte y corpulento, vestido como los peones de campo o los obreros de una fábrica, pero con una boina garbosamente encasquetada y adornada con una pluma de brillantes colores. A pesar de sus toscas ropas no tenía el aspecto de los campesinos, sino un aire de alegre confianza en si mismo; al verlo Vickers creyó recordar algo que había leído en cierta parte, pero no llegó a establecer la comparación. El hombre llevaba un carcaj lleno de flechas colgado del hombro con una correa y un arco en las manos; del cinturón pendían dos conejos muertos, cuya sangre había chorreado por los pantalones.

—Buenos días —respondió Vickers, secamente, disgustado por aquella súbita aparición.

—Usted debe ser otro de éstos.

—¿De quiénes?

El hombre rió con alegría.

—De vez en cuando aparece uno de ustedes —respondió—. Alguien que ha pasado sin querer y no sabe dónde está. A veces me pregunto qué pasaba con ellos antes de que nos instaláramos aquí, o cómo se las arreglan cuando aparecen a mucha distancia de una colonia.

—No sé de qué me está hablando.

—Y tampoco ha de saber dónde está.

—Tengo una teoría —repuso Vickers—. Esta es una segunda tierra.

El hombre rió entre dientes.

—Anda bastante cerca —dijo—. Mejor que la mayoría. Los otros no hacen más que dar vueltas por allí, boquiabiertos; ni siquiera nos creen cuando les decimos que están en la Tierra Número Dos.

—Vaya, así que ésta es la Tierra Número Dos. ¿Y la Número Tres?

—Allí está, para cuando nos haga falta. Infinitos mundos que aguardan el tiempo en que los necesitemos. Podemos colonizarlos generación tras generación. Un mundo nuevo para cada generación, si hiciera falta, pero dicen que no es para tanto.

—¿Quiénes dicen? —le desafió Vickers.

—Los mutantes. Los de esta zona viven en la Casa Grande. ¿No ha visto la Casa Grande?

Vickers, cauteloso, negó con un ademán de la cabeza.

—Tal vez la pasó por alto al venir desde el barranco. Es una gran construcción de ladrillos rodeada por una cerca blanca y otros edificios que parecen graneros, pero no lo son.

—¿Ah, no?

—No —respondió el hombre—. Son laboratorios y cuartos de experimentación. Hay uno especialmente instalado para escuchar.

—¿Y por qué tienen un sitio para escuchar? Se me ocurre que uno puede escuchar casi en cualquier parte. Usted y yo podemos hacerlo sin necesidad de tener un edificio instalado para eso.

—Es que ellos escuchan a las estrellas —aclaró el hombre.

—Que escuchan...

Vickers recordó entonces lo que había dicho Flanders, sentado en el porche de su casa, en Cliffwood, mientras se mecía en la silla, había dicho que en las estrellas existían hondos pozos y reservas de sabiduría a disposición de quien las buscara, y que tal vez no hicieran falta cohetes para ir en su busca, tal vez bastaba con proyectar la mente; habría que tamizar esos conocimientos, pero gran parte sería utilizable.

—¿Telepatía? —preguntó Vickers.

—Eso es. En realidad no escuchan a las estrellas sino a quienes viven allí. Dígame si no es una verdadera locura: ¡escuchar a las estrellas!

—Tiene usted razón.

—Así consiguen muchas ideas. Creo que no hablan con esa gente; se limitan a escuchar. Captan algunas de las cosas que ellos

piensan; a veces pueden sacarles provecho y otras veces ni siquiera les encuentran sentido. Pero es verdad, Dios lo sabe, señor.

—Me llamo Vickers, Jay Vickers.

—Encantado de conocerlo, señor Vickers. Yo soy Asa Andrews.

El hombre se adelantó con la mano extendida. Su apretón fue firme y enérgico. Y entonces Vickers recordó la comparación que se le había escabullido un rato antes: estaba ante un pionero americano, el que había llevado el largo rifle desde las colonias hasta las tierras de caza de Kentucky. Dotado de la misma apostura, de igual independencia buena voluntad y rápida reacción, de idéntica fe en sí mismo. Una vez más, en los bosques de la Tierra Número Dos, surgía el nuevo tipo de pionero, tozudo, libre, excelente amigo.

—Han de ser esos mutantes los que han puesto en venta la hoja de afeitar interminable y todos esos artículos que venden en los negocios de chismes —sugirió Vickers.

—Capta usted con mucha celeridad —respondió Andrews—. Mañana o pasado iremos a la Casa Grande y podrá hablar con ellos.

Pasó el arco a la otra mano y preguntó:

—Oiga, Vickers, ¿ha dejado a alguien allá?, ¿esposa, hijos?

—A nadie —respondió el escritor—. Absolutamente a nadie.

—Bueno, mejor. En todo caso habríamos ido ahora mismo a la Casa Grande para que se encargaran de traer también a la familia. Es el único inconveniente que tiene este mundo. Una vez que se está aquí no hay manera de regresar. Aunque en realidad no sé quién podría tener ganas de volver. Que yo sepa, a nadie le ha pasado.

Entonces observó a Vickers de arriba abajo con una carcajada tironeándole de los labios.

—Está usted muy flaco —comentó—. No ha comido bien últimamente.

—Sólo pescado, un poco de venado que encontré y moras silvestres.

—Mi mujer ya tendrá listas las vituallas. Cuando usted se haya llenado un poco la panza nos ocuparemos de esa barba; haré que los chicos calienten agua para que pueda tomar un baño. Después nos sentaremos a charlar. Tenemos mucho de qué charlar.

Tomó la delantera y condujo a Vickers por el bosque, bajando el barranco. Al cabo salieron a un campo despejado, verde el trigo en

crecimiento.

—Allá está mi casa —dijo Andrews—, del otro lado de la hondonada. Donde está el humo, ¿ve?

—Buen trigal el suyo —observó Vickers.

—Para el día de la Independencia me llegará a la rodilla. Y allá está la casa de Jake Smith. Si tiene buena vista la puede distinguir. Detrás de la loma están los campos de John Simmons. Hay otros vecinos, pero desde aquí no se los ve.

Saltaron por sobre el alambrado de púas y cruzaron los sembrados, caminando por entre los surcos.

—Aquí es todo muy diferente a lo de allá, en la Tierra —comentó Andrews—. Yo trabajaba en una fábrica y vivía en una casa que parecía una pocilga. Después la fábrica cerró y me quedé sin dinero. Acudí a la gente de los carbohidratos y ellos se encargaron de alimentar a mi familia. Pero el propietario nos desalojó. Y los encargados de los carbohidratos parecían tan amables que fui a contarles todo, aunque no sabía de qué modo podrían ayudarme. Creo que no esperaba nada de ellos; ya me habían ayudado más de lo que podía pedir. Pero no tenía otro recurso, así que les conté mi problema. Uno o dos días después vinieron a hablarme de este lugar. Por supuesto, no me dijeron exactamente de qué se trataba. El hombre que vino me habló de una zona donde se necesitaban pobladores; dijo que era un territorio nuevo, recién abierto; que había tierra gratuita para quien la quisiera; que allí podría independizarme, ganarme la vida y hacerme una casa de verdad, no un departamento de dos por cuatro en un inquilinato asqueroso. Y acepté. Me advirtió que si iba no podría regresar y yo le pregunté quién tendría interés en volver, a menos que estuviera loco. Estaba dispuesto a ir, sin importarme dónde estuviesen esos campos. Y aquí estamos.

—¿Y nunca se ha arrepentido?

—Fue lo mejor que pudo pasarnos —respondió Andrews—. Aire puro para los chicos, toda la comida que uno quiera y una casa propia, sin propietarios que lo echen a uno. No hay impuestos ni cuentas a pagar. Como en los libros de historia.

—¿Libros de historia?

—Claro, como cuando se descubrió América y vinieron los pioneros. Había tierra para quien la quisiera, más de la que hacía

falta. Aquí ocurre lo mismo. Y el suelo es tan fértil que con escarbarlo un poco y arrojar la semilla se tiene una buena cosecha. Hay tierra para cultivar, madera para el fuego y para construir... Por las noches uno puede salir a mirar el cielo. Un cielo lleno de estrellas, un aire tan puro que hace doler la nariz el respirarlo.

Andrews se volvió hacia su compañero con ojos centelleantes.

—Es lo mejor que pudo pasarnos —repitió, como invitándolo a contradecirlo.

—Pero esos mutantes —observó Vickers—, ¿no le hacen la vida imposible?, ¿no son despóticos?

—Lo único que hacen es ayudarnos. Cuando necesitamos una mano envían un robot para colaborar; también tenemos un robot que vive con nosotros durante nueve meses del año para enseñar a los chicos. Un maestro robot para cada familia, ¿qué me dice?, ¡maestro privado, como si fuera uno de esos ricachones que contratan preceptores para darse tono!

—¿Y ustedes no se sienten resentidos contra esos mutantes? ¿No les molesta que sean superiores y sepan más?

—Oiga, don —dijo Asa Andrews—, mejor que nadie lo oiga decir eso por aquí. Lo colgarían de un árbol. Cuando llegaron nos explicaron todo en los cursos de adoc... adoc...

—Adoctrinamiento.

—Eso, eso. Nos explicaron cómo eran las cosas y cuáles eran las reglas. No son muchas.

—No tener armas de fuego, por ejemplo —arriesgó Vickers.

—Esa es una —admitió Andrews—. ¿Cómo sabía?

—Veo que caza con arco y flechas.

—Otra es que si alguien riñe con otro y no puede llegar a un acuerdo razonable debe ir con él a la Casa Grande para que ellos solucionen las cosas. Y si uno se enferma debe hacérselo saber en seguida para que envíen un médico y todas las medicinas necesarias. Casi todas las reglas son a nuestro favor.

—¿Y en cuanto al trabajo?

—¿Trabajo?

—Ustedes han de ganar algún dinero, ¿no?

—Todavía no —respondió Andrews—. Los mutantes nos dan cuanto necesitamos. No hacemos más que trabajar la tierra y cultivar los alimentos. Es lo que ellos denominan A ver, ¿cómo era

la palabra? Ah, si, la etapa feudo-pastoral. ¿Alguna vez oyó palabra semejante?

—Pero deben tener fábricas —insistió Vickers, pasando por alto esa pregunta—. Locales donde se elaboren las hojas de afeitar y todo eso. Y han de necesitar hombres que trabajen allí.

—Emplean robots. Hace poco empezaron a fabricar un coche que dura eternamente. La planta está cerca de aquí. Pero todo el trabajo está a cargo de los robots. Usted sabe qué es un robot, ¿verdad?

Vickers asintió, agregando:

—Otra cosa: ¿qué pasa con los nativos?

—¿Qué nativos?

—La gente de esta tierra. Si es que la hay.

—No hay nativos —respondió Andrews.

—Pero es igual que la otra Tierra. Árboles, ríos, animales ...

—No hay nativos —repitió Andrews—. Ni indios ni nada por el estilo.

Esa era la diferencia con respecto a la Tierra Número Uno. Mucho tiempo atrás se había producido un desajuste, algún pequeño detalle, que impidió la aparición del hombre. No hubo allí frotar de pedernales para hacer fuego, ni piedra convertida en arma, ni luces inquisitivas en el cerebro animal. No hubo dudas que más tarde se convirtieran en una canción, un cuadro o la estrofa de un poema.

—Ya vamos llegando —indicó Andrews.

Treparon el cerco que rodeaba los sembrados y cruzaron un prado en dirección a la casa.

Alguien lanzó un alegre chillido de bienvenida. Seis niños bajaron la colina a la carrera, seguidos por diez o doce perros alborotados. Una mujer asomó a la puerta de la casa, construida con troncos descortezados. Con una mano en la frente a modo de visera, miró hacia ellos y agitó una mano. Andrews respondió al saludo mientras niños y perros caían sobre ellos en alegre y bulliciosa confusión.

CAPÍTULO 36

Acostado en el desván, por sobre la cocina, escuchaba los pasos del viento, que andaba descalzo entre las ripias. Se volvió en la cama y ocultó la cabeza en la almohada de plumas de ganso; el colchón de cáscaras de trigo crujió bajo su cuerpo en la oscuridad.

Se sentía limpio. Se había bañado en la batea que había en la parte posterior de la casa, con agua calentada al aire libre en una cacerola. Mientras se enjabonaba, Andrews conversaba con él, sentado en un tocón cercano; los niños jugaban en el patio y los galgos dormían al sol, sacudiendo el pellejo para alejar las moscas.

Había consumido dos comidas completas, tales como no recordaba ya tras muchos días de masticar pescado semicrudo y venado medio podrido. Había comido pan de maíz y sorgo, conejos tiernos fritos en una sartén humeante, patatas con crema, verduras recién cortadas por los niños y una ensalada de berros recogidos en el arroyo que pasaba junto a la casa. La cena consistió en huevos frescos, recién sacados del nido.

Se rasuró ante un público infantil reunido en su torno. Previamente Andrews lo había sentado en un tocón para cortarle la barba con unas tijeras.

Después los dos se sentaron en los peldaños a charlar, mientras el sol se ponía. Andrews dijo que conocía un sitio ideal para levantar una casa; un sitio cobijado, del otro lado de la colina, con un arroyo a dos pasos y un terreno alto apto para sembrar. Había madera en abundancia para la casa: árboles altos, enormes, rectos. Andrews dijo que le ayudaría a cortarlos, y cuando los troncos estuvieran listos vendrían los vecinos para colaborar en la construcción. Al terminar la casa Jake traería maíz, Ben su violín, y bailarían al aire libre. Y si no bastaba con la ayuda de los vecinos se

podía enviar mensaje a la Casa Grande, para que los mutantes proporcionaran algunos robots. Pero en opinión de Andrews eso no sería necesario. Los vecinos eran muy solidarios y voluntariosos; además todos se alegraban de tener una familia nueva en el vecindario.

Una vez que la casa estuviera construida, Vickers debía echar un vistazo a las hijas de Simmons; se podía elegir con los ojos cerrados, porque eran muy parecidas y magníficas muchachas, según dijo Andrews, asestándole un codazo en las costillas con una estentórea carcajada. Jean, su mujer, que los acompañaba por un rato, sonrió con timidez y se volvió para contemplar el juego de los niños.

Después de cenar Andrews le mostró con cierto orgullo los libros que tenían en el estante de la sala. Estaba leyendo, cosa que nunca había hecho antes por falta de tiempo y ganas. Vickers revisó los títulos: Homero y Shakespeare, Montaigne, Jane Austen, Thoreau y Steinbeck.

—¿Está usted leyendo todo esto? —preguntó.

—Leyéndolos y disfrutándolos —respondió el hombre—. A veces me cuesta un poco avanzar por ellos, pero sigo leyendo. A Jean le gusta sobre todo Austen.

Dijo también que era muy bueno vivir allí, que nunca habían conocido una existencia mejor. Y Jean sonrió a modo de asentimiento. Después los niños quisieron hacer entrar a los perros para que durmieran con ellos, pero perdieron la discusión.

Vickers, en silencio, admitió que la vida era buena allí. Se repetía la historia de la vieja frontera americana, idealizada y literaria, con todas las ventajas de aquella etapa, pero sin su terror y su dureza. Vivían en una especie de paternalismo feudal, con la Casa Grande a manera de castillo; y la Casa Grande, erguida sobre la colina, vigilaba los campos habitados por gente feliz, que conseguía sus alimentos del suelo mismo. Había tiempo para descansar y para reunir fuerzas. Había paz. No se hablaba de guerra, no se pagaban impuestos para costearla ni para evitarla al demostrar deseos de luchar.

¿Cómo lo había titulado Andrews? La etapa feudo-pastoral. ¿Qué etapa vendría después? La etapa feudo-pastoral para descansar y meditar, para ordenar los pensamientos, para restablecer el contacto entre el hombre y el suelo; la etapa en que se

preparaba el camino para el desarrollo de una cultura mejor que la abandonada.

Aquélla era una tierra entre muchas. ¿Cuántas otras habría a poca distancia? ¿Cientos, miles? Tierra detrás de Tierra. Y todas abiertas. Trató de imaginarlo. Creyó adivinar el plan de los mutantes. Era simple y brutal, pero factible.

Una de esas Tierras había resultado un fracaso. En algún punto, por el largo sendero recorrido por la humanidad desde el primate, había tomado el rumbo equivocado. Desde ese momento la historia era una larga ruta de angustias. El pueblo era inteligente, diestro y bueno..., pero la inteligencia y la destreza se habían volcado hacia canales de odio y arrogancia; en cuanto a la bondad, ésa estaba ya sepultada por el egoísmo.

Era buena gente, digna de ser salvada, tal como un ebrio o un criminal merece la rehabilitación. Pero para salvarla era necesario apartarla de su vecindario, de los abismos formados por el método y el pensamiento humanos. No había otro modo de darles la oportunidad; sólo así podían arrancarse los viejos hábitos, los hábitos adquiridos, generación tras generación, en el odio, la codicia y el asesinato.

Para eso era preciso derruir el mundo en que vivían; tener listo un proyecto, un programa que los llevara hacia un mundo mejor. Pero ante todo debía existir un plan de acción.

En primer lugar se destrozaba el sistema económico sobre el cual estaba construida la vieja Tierra. Se lo destrozaba con coches Eterno, hojas de afeitar interminables y carbohidratos sintéticos para alimentar a los hambrientos. Se destruiría a la industria fabricando, de una vez por todas, artículos que ella no pudiera copiar y que tornaban en obsoletos los productos similares existentes. Cuando la industria estuviera parcialmente destruida, la guerra sería imposible, con lo cual se había cumplido la mitad de la misión. Pero en el proceso habría quedado mucha gente sin trabajo. Entonces se la alimentaba con carbohidratos. Y mientras tanto se trataba de convencer a esas personas para que se instalaran en las tierras nuevas que estaban esperando. Si no había lugar suficiente en la Tierra Número Dos, se las podía enviar a la Número Tres y hasta la Número Cuatro, a fin de que no hubiera aglomeraciones; cada uno debía contar con espacio en abundancia. En esos nuevos

mundos había un nuevo comienzo; se podían evitar los errores y esquivar los peligros que habían inundado de sangre la Tierra antigua durante incontables siglos.

Y en esas tierras nuevas se podían construir tantos tipos de cultura como se deseara. Se podían intentar algunas pruebas: apuntar a cierto tipo de civilización en la Segunda Tierra y a otra algo diferente en la Número Tres. La cuarta daría lugar para otra cosa. Al cabo de unos mil años se podían comparar esas culturas para ver cuál era la mejor, y consultar los innumerables datos que se habrían recogido, señalando las distintas faltas de cada tipo. Así se podría llegar a una fórmula para conseguir lo mejor.

En esa tierra la etapa feudo-pastoral era el primer paso. Era el tiempo del descanso, la educación, la colonización. Las cosas cambiarían o serían cambiadas. El hijo de Andrews construiría tal vez una casa mejor y contaría con robots que trabajaran sus tierras, mientras él disfrutaba de una vida fácil, canalizando sus energías bajo una buena dirección. Con esos elementos se podía edificar el paraíso sobre la tierra... o sobre muchas tierras.

Aquel artículo que había aparecido en el periódico, esa mañana (¿o hacía ya muchos días?), hablaba de la preocupación de las autoridades por las desapariciones en masa. Familias enteras se evaporaban, sin más motivos ni más rasgo común que una abyecta pobreza. Naturalmente, debían ser precisamente los más pobres quienes se fueran primero, los que carecían de hogar, de trabajo, de salud; ellos serían los primeros en instalarse en las nuevas tierras, las que seguían en la oscuridad tras la Tierra oscura y sangrienta habitada por el hombre.

Pronto quedaría tan sólo un puñado de personas en esa Tierra oscura y sangrienta. Pronto, en menos de mil años, proseguiría a tumbos su camino, desierta, depurado su pellejo de la tribu hambrienta que la había asolado durante tantos años. Y esa misma tribu estaría establecida en otros planetas, bajo mejor guía, para crear una vida mejor.

«Hermoso», pensó. Hermoso, pero allí estaba ese asunto de los andróides.

«Comencemos por el principio. Comencemos con los primeros hechos; tratemos de encontrarle la parte lógica y de dilucidar el curso de las mutaciones».

Siempre hubo mutantes. De lo contrario el hombre sería aún esa pequeña criatura asustadiza, oculta en la selva dispuesta a refugiarse entre los árboles ante cualquier amenaza. Se produjo la mutación de los pulgares, que convirtió la mano en un miembro prensil. Hubo mutaciones en el pequeño cerebro, y el animalillo se tornó astuto. Alguna mutación no registrada logró capturar el fuego y domesticarlo. Otra inventó la rueda. Una más creó el arco y la flecha. Y el proceso continuó por muchos siglos. Mutación tras mutación, la humanidad fue trepando por la escala.

Pero la criatura que domesticó el fuego no se reconocía como mutante. Tampoco lo sabía el troglodita que inventó la rueda, ni el primer arquero. En todas las edades hubo mutantes, sin que nadie, ni ellos mismos, lo sospecharan. Eran hombres cuyo éxito sobrepasaba al de los demás, grandes hombres de negocios o estadistas sobresalientes, excelentes escritores o artistas, individuos que semejaban gigantes en comparación con el rebaño.

Tal vez no todos fueran mutantes, aunque la mayoría debía serlo. Pero sus mutaciones permanecían inválidas y limitadas: no podían desarrollarse libremente; estaban forzadas a ajustarse al sistema socioeconómico impuesto por la sociedad no mutante. Y eso era una medida más de su capacidad: el que hubieran podido ajustarse, disimular su estatura intelectual y concordar con quienes eran inferiores, sin dejar por eso de destacarse por su destreza.

Aunque el éxito alcanzado fuera grande según la medida de los hombres normales la mutación había sido un fracaso, pues nunca alcanzó su total realización. Esto se debió a que esos hombres ignoraron siempre su condición, creyéndose sólo un poco más inteligentes, más hábiles o más rápidos que el resto de la humanidad.

Pero supongamos que un hombre comprendiera su condición de mutante. Supongamos que supiera, sin lugar a dudas, qué clase de persona era. ¿Qué ocurriría entonces?

Supongamos, por ejemplo, que un hombre se descubriera capaz de llegar hasta las estrellas para captar los pensamientos y los planes de las criaturas pensantes que habitaban los planetas de aquellos soles distantes. Eso sería prueba suficiente de su condición de mutante. Y si por medio de su investigación entre las estrellas pudiera obtener alguna información específica de valor económico

(el principio de las máquinas sin fricción, por ejemplo), sabría sin más que estaba dotado de una mutación. Una vez consciente de eso no podría ajustarse con tanta comodidad y satisfacción al nicho contemporáneo, como lo hicieron sus antecesores. Al saberlo conocería el escozor de la grandeza, conocería la necesidad de seguir su propio camino y no el de todos.

Tal vez le aterrorizaran las cosas que aprendía en las estrellas; quizá se sintiera espantosamente solo y necesitara la colaboración de otros humanos en la misma tarea. Entonces buscaría otros mutantes; lo haría con cautela; le llevaría mucho tiempo encontrar uno solo. Tendría que ganarse su confianza poco a poco antes de revelarle sus intenciones. Después los dos mutantes, trabajando hombro a hombro, buscarían a otros de su especie. Con el correr de los años reunirían un grupo. No todos serían capaces de proyectar la mente hacia las estrellas, pero poseerían otras habilidades. Algunos dominarían la electrónica como por instinto, más a fondo que cualquier otro ser humano, aún intensamente adiestrado. Otro podría percibir la extraña alineación de tiempo y espacio que permitía la existencia de mundos múltiples, uno detrás del otro, en un anillo eterno y magnífico.

Entre ellos habría mujeres. Además de los mutantes descubiertos nacerían individuos nuevos. En un plazo de veinte años, poco más o menos, el grupo se convertiría en una organización, que quizá llegara a varios cientos de personas. Y todos unirían sus talentos.

Gracias a la información recogida en las estrellas, más los descubrimientos hechos por ellos mismos, inventarían y fabricarían ciertos artefactos con los que ganar dinero para proseguir la obra. Tal vez muchos de los artículos de uso común eran inventos de aquella raza mutante.

Pero llegaría el momento en que la organización mutante y la obra realizada fueran demasiado prominentes como para pasar desapercibida. Entonces buscarían un sitio donde esconderse. ¿Y dónde estarían más seguros que en una de las otras Tierras?

Vickers, acostado en el colchón de cáscaras de trigo, abrió los ojos en la oscuridad, maravillado por la grandilocuencia de su imaginación. Sin embargo, algo le decía que no era imaginación, sino algo sabido. Pero ¿cómo podía saberlo?

Tal vez se debía al condicionamiento de su mente androide. O

era un verdadero conocimiento, obtenido en cierto período de su vida bloqueado después, como el episodio de su viaje al país de las hadas. Un conocimiento que iba recuperando, tal como había recuperado la memoria de aquel paseo.

También podía deberse a recuerdos ancestrales, a una memoria específica que pasaba de padres a hijos, al igual que el instinto. El misterio consistía en que él, en su condición de androide, no tenía padres.

No tenía padres ni raza. Era una caricatura del ser humano, creada para un fin que ignoraba. ¿Para qué lo habían creado los mutantes? ¿Poseía acaso algún talento que les hiciera falta? ¿Qué utilidad pensaban darle?

Eso era lo que más dolía: ser utilizado y no saberlo. Que Ann tuviera un fin a cumplir y no lo sospechara.

La obra de los mutantes no se limitaba a aquellos pocos artículos fabricados y en circulación; superaba el asunto de los coches Eterno, las hojas de afeitar interminables y los carbohidratos sintéticos. Su obra era el rescate y la reeducación de una raza, el nuevo comienzo de una especie demasiado aturdida. Era el desarrollo de uno o muchos mundos donde la guerra no fuera sólo dominada, sino imposible; donde el miedo no asomara sus garras, donde el progreso tuviera un valor distinto al que le daba actualmente la humanidad.

¿Y cuál era el papel de Jay Vickers en un programa de esa especie?

En la casa que lo cobijaba se estaba dando un nuevo comienzo, duro, pero sólido. En una o dos generaciones más, las personas de esa familia estarían listas para recibir los adelantos mecánicos y el progreso que les era debido; cuando estuvieran preparados el progreso los estaría esperando.

Los mutantes quitarían a la raza humana los juguetes peligrosos y los mantendrían ocultos hasta que el hijo del hombre estuviera lo bastante crecido como para usarlo sin herirse ni herir al vecino. Era como quitar al niño de tres años el juguete para criaturas de doce, con el que podía dañarse, para devolvérselo a la edad debida, y tal vez perfeccionado.

La cultura del futuro, bajo la guía de los mutantes, no sería una mera cultura mecánica, sino una cultura social, económica, artística y espiritual. Los mutantes habían tomado a un hombre desviado

para equilibrarlo; los años perdidos en ese proceso rendirían sus frutos a la humanidad en los años venideros.

Pero todo eso era mera especulación, ensoñaciones que no llevaban a ninguna parte. Lo único importante era que él, Jay Vickers, androide, tenía que tomar una decisión al respecto.

Antes de actuar debía averiguar qué ocurría y armarse de informaciones más sólidas. Allí, acostado en aquel colchón de trigo, no podría conseguirlas. Sólo había un lugar donde buscarlas.

Se deslizó silenciosamente de su lecho y manoteó en la oscuridad, tratando de encontrar sus harapos.

CAPÍTULO 37

La casa estaba oscura y soñolienta bajo la luz de la luna; los árboles arrojaban sobre ella sus sombras altas. Vickers se detuvo bajo la sombra, frente al portón frontal mientras contemplaba el edificio recordó su antiguo aspecto, en aquellos tiempos en que una ruta pasaba junto a la cerca. Ya no había tal ruta. Recordó el efecto del resplandor lunar sobre los pilares blancos, aquella fantasmal belleza, las palabras intercambiadas entre los dos mientras contemplaban aquel espectáculo.

Todo estaba muerto y enterrado; sólo quedaba la amargura de saber que no era hombre, sino la imitación de un ser humano.

Abrió el portón y recorrió el sendero que llevaba al porche. Al cruzar la galería, sus pasos retumbaron en el silencio del plenilunio como para despertar a todos los habitantes de la casa.

Buscó el timbre y lo oprimió con el pulgar. Aguardó como lo había hecho antes. Pero en esa oportunidad no habría Kathleen que saliera a saludarlo.

Una luz se encendió en el vestíbulo central; a través del vidrio pudo ver la silueta de un hombre que se inclinaba hacia la cerradura. La puerta se abrió; el robot reluciente se inclinó con cierta rigidez, diciendo:

—Buenas noches, señor.

—¿Ezequiel?

—Ezequiel, señor —confirmó el robot—. Nos conocimos esta mañana.

—Salí a dar un paseo —explicó Vickers.

—¿Me permite el señor conducirlo ahora a su habitación?

El robot se volvió hacia las escaleras. Vickers siguió tras él.

—Hermosa noche, señor —comentó el robot.

—Lindísima.

—¿Ha cenado usted?

—Sí, gracias.

—De lo contrario podría traerle un bocadillo —ofreció Ezequiel—. Creo que ha quedado un poco de pollo.

—No —rechazó Vickers—. Gracias de todos modos.

Ezequiel abrió una puerta y encendió una luz. Después se hizo a un lado para permitir el paso a su huésped.

—¿Quisiera usted una copa antes de acostarse?

—Buena idea, Ezequiel. *Whisky*, si es posible.

—En seguida, señor. En el tercer cajón, contando desde arriba, encontrará algunos pijamas. Tal vez sean un poco grandes, pero han de servirle.

Los pijamas eran nuevos y bastante vistosos. Le quedaban un poco grandes, pero eran mejor que nada. El cuarto tenía un aspecto agradable; la enorme cama estaba cubierta por una colcha blanca bordada; las cortinas blancas flameaban al impulso de la brisa nocturna.

Vickers tomó asiento para esperar a que Ezequiel trajera la copa. Por primera vez en muchos días se sintió terriblemente cansado. Tomaría el *whisky* y después se echaría en la cama. A la mañana siguiente bajaría las escaleras para exigir la verdad definitiva.

Se abrió la puerta.

No era Ezequiel, sino Horton Flanders, vestido con una bata de color carmesí bien ajustada al cuello, azotando el suelo con las pantuflas. Cruzó el cuarto y tomó asiento en otra silla.

—Conque ha vuelto —dijo, mirando a Vickers con una semisonrisa.

—Vine para enterarme de todo —respondió el escritor—. Puede comenzar a explicarme todo ahora mismo.

—Claro que sí. Para eso me he levantado. En cuanto Ezequiel me dijo que usted estaba aquí supuse que desearía hablar.

—No, no quiero hablar, sino escuchar.

—Oh, sí, soy yo quien debe hablar.

—Y no sobre las reservas de conocimiento, tema que trata usted muy bien, sino sobre ciertas cosas bastante prácticas y mundanas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, por qué soy androide, por qué lo es Ann Carter.

Si existió realmente una persona llamada Kathleen Preston o si es sólo un cuento condicionado en mi mente. Y si existió esa persona, dónde está ahora. Y finalmente, cuál es mi papel en todo esto y qué piensan ustedes hacer.

Flanders asintió.

—Admirable conjunto de preguntas. Ha escogido precisamente las que no puedo responder muy a fondo.

—Vine a decirles que los mutantes son objeto de persecución en el otro mundo, que la gente está incendiando los negocios de chismes, que los seres humanos normales se defienden al fin. Vine a prevenirles de todo eso porque me creía también mutante...

—Puedo asegurarle, Vickers, que usted es mutante, un mutante muy especial.

—Un mutante androide.

—Usted se muestra difícil —observó Flanders—. Deja que la amargura...

—Claro que siento amargura —le interrumpió Vickers—. ¿Quién no la sentiría? Durante cuarenta años me he creído hombre y ahora descubro que no lo soy.

—¡Qué tonto! —exclamó Horton Flanders, con voz triste—. Usted no sabe lo que es.

Ezequiel llamó a la puerta y entró con una bandeja que depositó sobre la mesa. Vickers vio que en ella había dos vasos, una bebida mezclada, un recipiente con hielo y un poco de licor. Flanders dijo con más alegría:

—Ahora podremos hablar con mayor cordura. No sé qué tiene el alcohol, pero cuando uno pone un vaso en la mano de un hombre se ha hecho mucho por civilizarlo.

Introdujo la mano en el bolsillo de su bata y sacó un paquete de cigarrillos que ofreció a Vickers. Este lo tomó notando que la mano le temblaba un poco. Hasta entonces no había percibido lo tenso que estaba.

Flanders hizo funcionar el encendedor y le ofreció la llama. Vickers encendió un cigarrillo.

—¡Qué bueno! —dijo—. Me quedé sin cigarrillos al cuarto día.

Se relajó en la silla, disfrutando el sabor del tabaco mientras dejaba que la satisfacción le corriera por los nervios. Ezequiel sirvió las bebidas.

—Esta mañana oí algo sin querer —dijo Vickers—. Llegué esta mañana y Ezequiel me hizo pasar. Mientras aguardaba escuché lo que usted y los otros hablaban en la habitación contigua.

—Lo sé —confirmó Flanders.

—¿Estaba todo preparado?

—Así es, por completo. Cada palabra de las que oyó.

—Ustedes querían enterarme de mi condición de androide.

—En efecto.

—¿Fueron ustedes quienes instalaron el *ratón*?

—Necesitábamos arrancarlo de su plácida vida —repuso Flanders—. Ese *ratón* cumplió un propósito definido.

—Me calentó la oreja.

—A las mil maravillas. Se comportó como un excelente chismoso.

—Lo que realmente me indigna —comentó Vickers— es eso de hacer creer a todo Cliffwood que yo lo había matado.

—Queríamos lograr que usted saliera de allí y regresara a los parajes de su niñez.

—¿Y cómo sabían ustedes que volvería allí?

—Amigo mío, ¿nunca pensó en las posibilidades del presentimiento? No me refiero a esa débil sensación que nos indica el ganador de una carrera, la posibilidad de una lluvia o algo por el estilo, sino al concepto en todo su valor. Se podría decir que es la capacidad instintiva de apreciar el resultado de cierto número de factores sin meditar sobre el tema. Es casi como fisgonear en el futuro.

—Sí —respondió Vickers—, lo he pensado. Para serle sincero he pensado mucho en eso últimamente.

—¿Lo ha estudiado a fondo?

—Hasta cierto punto. Pero ¿qué tiene...?

—Tal vez usted se ha dicho que es una capacidad humana nunca desarrollada hasta el momento, pues apenas sabíamos de su existencia y no nos interesábamos por ella. O quizá pensó que es uno de esos talentos difíciles de cultivar, que permanece a nuestro alcance, pero oculto, hasta que estemos preparados para utilizarlo o hasta que lo necesitemos.

—En efecto, así lo pensé, al menos en parte, pero...

Flanders volvió a interrumpir.

—Este es el momento en que nos hace falta. Y eso responde a su pregunta. Presentimos que usted volvería.

—Al principio creí que el culpable era Crawford, pero él lo negó.

—Crawford no sería capaz de eso —respondió Flanders meneando la cabeza—. Usted le es demasiado necesario. Él no es capaz de asustarlo para que huya. Ese presentimiento no fue muy acertado.

—No, creo que no.

—Sus presentimientos no son correctos porque usted no les da oportunidad. Aún lucha contra el mundo lógico. Sigue confiando en la vieja máquina de razonar, que el hombre ha utilizado desde la época de las cavernas. Trata de calcular todos los aspectos, de equilibrarlos con otros, suma resta, como si estuviera resolviendo un problema matemático. No da una sola oportunidad a sus presentimientos. En eso radica su problema.

En efecto, así era. El presentimiento le había indicado que hiciera girar el trompo en la casa de los Preston; de haberlo hecho así se habría ahorrado muchos días de caminata por los páramos del segundo planeta. El presentimiento le había indicado que prestara atención a la nota de Crawford y no condujera el automóvil Eterno, obedeciéndolo se habría visto libre de muchos problemas. Existió también el presentimiento, finalmente obedecido, de que debía recuperar el trompo... y ése dio resultado.

—¿Cuánto sabe usted de todo esto? —preguntó Flanders.

Vickers meneó la cabeza al responder:

—No mucho, en realidad. Sé que hay una organización de mutantes que debió comenzar hace mucho tiempo; tiene algo que ver con el impulso recibido por la raza humana, tal como usted dijo aquella noche en Cliffwood. Y la organización se ha volcado a la clandestinidad, aquí, en los otros mundos, porque sus operaciones se están tornando demasiado importantes como para no llamar la atención. Tienen fábricas en funcionamiento, donde fabrican los artículos mutantes con los que arruinan la industria del viejo mundo. He visto una, manejada por robots. Dígame, ¿son los robots quienes las manejan o...?

Flanders rió entre dientes.

—Son ellos. Nosotros no hacemos sino decirles lo que deseamos.

—Además está eso de escuchar a las estrellas.

—Hemos descubierto muchas ideas por ese método —dijo Flanders—. Pocos de nosotros son capaces de hacerlo: son los telépatas naturales. Tal como le dije aquella noche, no todas las ideas que escuchamos son aprovechables. A veces sólo obtenemos una pista, y de allí debemos partir.

—¿Qué pretenden? ¿Qué piensan hacer?

—Esa es una de las preguntas a las que no puedo responder. A cada instante se agregan muchas posibilidades y nuevos campos de acción. Estamos próximos a muchos descubrimientos grandiosos. La inmortalidad es uno de ellos. Hay un escucha que...

—¿Se refiere usted a la vida eterna?

—¿Por qué no?

«Claro», pensó Vickers, «¿por qué no?». Si uno cuenta con hojas de afeitar interminables y bombillas eléctricas que no se queman, ¿por qué no la vida eterna?, ¿por qué no llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias?

—Y los androides —dijo—. ¿Qué tienen que ver en esto los androides como yo? Sin duda no tenemos tanta importancia.

—Tenemos un trabajo reservado para usted —dijo Flanders—. Debe hacerse cargo de Crawford.

—¿Qué tengo que ver con Crawford?

—Debe detenerlo.

Vickers se echó a reír.

—¿Yo? ¿Sabe qué hay detrás de Crawford?

—Sé qué hay detrás de usted.

—Pues dígamelo.

—El presentimiento. La precognición mejor desarrollada que se ha dado nunca en un ser humano. La más perfecta y más ignorada de que hayamos sabido.

—Un momento. Olvida usted que no soy un ser humano.

—En otros tiempos lo fue —observó Flanders—. Y volverá a serlo. Antes tomamos su vida.

—¡Qué tomaron mi vida!

—La esencia vital —dijo Flanders—, la mente, los pensamientos, impresiones y reacciones que formaban a Jay Vickers, el verdadero Jay Vickers, a la edad de dieciocho años. Fue como volcar el agua de un recipiente a otro. Vertimos la vida de su cuerpo al de un androide y conservamos su cuerpo bien custodiado para el día en

que pudiéramos devolvérselo.

Vickers pareció a punto de dar un salto, pero Flanders agitó una mano ante él.

—Siéntese. Iba a preguntarme por qué.

—Y usted va a contestarme.

—Sin duda. Cuando usted tenía dieciocho años no tenía conciencia de su habilidad. No había modo de hacérsela notar. No habría sentido de nada decírselo ni tratar de adiestrarlo, pues hacía falta cierta maduración. Calculamos que tardaría quince años, pero demoró más de veinte. Ni siquiera es aún tan consciente como debería.

—Pero yo podría...

—Sí —dijo Flanders—, podría haber llegado a la conciencia con su propio cuerpo, pero hay otro factor: la memoria inherente. Sus genes portan el factor de la memoria inherente, otra mutación que se produce con tan poca frecuencia como el de los escuchas telepáticos. Preferimos que Jay Vickers fuera plenamente consciente de su capacidad antes de que comenzara a engendrar hijos.

Vickers recordó entonces sus cavilaciones sobre la posibilidad de la memoria inherente, allá en la casa de Andrews. Memoria inherente, memoria transmitida de padre a hijo. Su padre sabía acerca de la memoria inherente, y por lo tanto él había adivinado. Al menos lo había recordado al llegar el momento, al llegar (buscó el término adecuado) a la conciencia.

—Así son las cosas, entonces —dijo—. Ustedes quieren que aplique mis premoniciones a Crawford, y quieren también a mis hijos porque estarán dotados del mismo poder.

—Creo que ahora nos comprendemos.

—Sí —repitió Vickers—, creo que sí. En primer lugar ustedes quieren que detenga a Crawford. Eso es casi una orden. ¿Y si yo le pusiera precio?

—Se lo hemos puesto nosotros —repuso Flanders—. Una recompensa muy tentadora. Creo que le interesará.

—Veamos.

—Usted preguntó por Kathleen Preston. Preguntó si existía esa persona. Puedo asegurarle que así es. ¿Cuántos años tenía usted cuando la conoció?

—Dieciocho.

—Una hermosa edad —observó Flanders, con un ademán perezoso—. ¿No le parece?

—Así me parecía en esa época.

—Usted estaba enamorado de ella.

—En efecto.

—Y ella, de usted.

—Así lo creo —dijo Vickers—. No estoy seguro. Ahora que lo pienso no estoy seguro, claro está. Pero creo que sí.

—Puede estar seguro de que ella lo quería.

—¿Me dirá usted dónde está?

—No —dijo Flanders—, no se lo diré.

—Pero ustedes...

—Cuando su misión esté cumplida volverá a tener dieciocho años.

—Y ése es el precio. Ese ha de ser mi pago. Se me devolverá el cuerpo que fue mío y volveré a tener dieciocho años.

—¿Le parece tentador?

—Sí, creo que sí —dijo Vickers—. Pero usted no entiende, Flanders. Los sueños de entonces han desaparecido. Han muerto en el cuerpo de un androide de cuarenta años. No se trata sólo de la edad física, sino de algo más. De los años por venir, de la promesa que ofrecían esos años, de los sueños locos e imposibles de entonces, del amor que caminaba al lado de uno en la primavera de la vida.

—Dieciocho años —repitió Flanders—, dieciocho. Y una buena oportunidad para conseguir la inmortalidad. Y también Kathleen Preston en sus diecisiete años.

—¿Kathleen?

Flanders asintió.

—Tal como antes —dijo Vickers—. Pero no será igual, Flanders. Hay algo que no marcha, algo que se escapa.

—Tal como antes —insistió Flanders—, como si todos estos años no hubiesen transcurrido.

CAPÍTULO 38

Al fin resultaba que él era mutante, después de todo; un mutante disfrazado de androide. Y una vez que hubiese frenado a Crawford volvería a ser un mutante de dieciocho años enamorado de una mutante de diecisiete. Tal vez antes de su muerte los escuchas hubiesen captado la fórmula para lograr la inmortalidad; en ese caso él y Kathleen recorrerían valles encantados por toda la eternidad, tendrían hijos mutantes dotados de pasmosos presentimientos y todos llevarían una vida que hasta los dioses paganos de la Tierra contemplarían con envidia.

Arrojó a un lado las cobijas y salió de la cama para acercarse a la ventana. Allí estaba el valle encantado por donde había caminado veinte años atrás. Era un valle desierto, y desierto permanecería, hiciera él lo que hiciese.

Había atesorado ese sueño por más de veinte años; en ese momento empezaba a tornarse realidad, pero teñido por todo ese tiempo transcurrido; no había forma de volver a aquella noche de 1966. Nadie puede regresar a lo que ha abandonado.

Es imposible borrar los años vividos, imposible amontonarlos en un rincón y darles la espalda. Uno puede hacerlos a un lado y olvidarlos, pero no para siempre: llegará el día en que vuelvan a aparecer. Y cuando eso ocurre uno se encuentra con que ha vivido no sólo una mentira, sino dos.

En eso consistía el problema: en que era imposible ocultar el pasado.

La puerta se abrió con un crujido. Vickers se volvió. Allí estaba Ezequiel, con la piel plástica reluciente bajo la luz velada del descansillo.

—¿No puede dormir? —preguntó—. Quizá pueda ayudarlo.

Polvos somníferos, o...

—Sí, quiero pedirte algo —dijo Vickers—. Quisiera ver cierto registro.

—¿Un registro, señor?

—Sí. Los registros de mi familia. Deben estar en algún sitio.

—En los archivos, señor. Puedo traerlo enseguida, si se digna esperar un momento.

—Y el de los Preston también —agregó Vickers—. El registro de la familia Preston.

—Sí, señor —dijo Ezequiel—. En un momento los tendrá.

Vickers encendió el velador y se sentó en el borde de la cama. Ya sabía lo que debía hacer. El valle encantado era un valle vacío; la luz de la luna, al quebrarse contra la blancura de las columnas, era sólo un recuerdo sin vida ni color. El aroma de las rosas que perfumaran aquella perdida noche primaveral se había esfumado en el viento de los años transcurridos.

«Ann», pensó, «durante mucho tiempo he actuado como un tonto con respecto a Ann». Y agregó, casi en voz alta:

—¿Qué pasó, Ann? Hemos chanceado y reñido, hemos empleado las chanzas y las riñas para ocultar el amor que sentíamos. Y si no hubiera sido por mí, por este sueño del valle que se fue enfriando sin que yo lo supiera, habríamos descubierto hace tiempo lo que había entre nosotros.

«Ellos nos quitaron a los dos el derecho innato de vivir en el cuerpo con que llegamos al mundo. Hicieron de nosotros, no un hombre y una mujer, sino dos cosas que pasan por tales. Recorremos las calles de la vida como sombras sobre una pared. Y ahora nos quitarán la dignidad de la muerte y el saber que nuestra tarea está cumplida para que vivamos una mentira: yo, como androide impulsado por la fuerza vital de un hombre que no soy yo, tú, animada por una vida que no es la tuya».

—Al demonio con ellos —dijo—. Al demonio con esta doble vida, con esto de ser un producto de fábrica.

Volvería a la otra Tierra para buscar a Ann Carter, para decirle que la amaba; no como se ama a un recuerdo de luna y rosas, sino como un hombre ama a una mujer cuando ha pasado el arrebol de la juventud, juntos vivirían los años que les restaran, él escribiría sus libros y ella continuaría con su trabajo. Y ambos olvidarían,

hasta donde les fuera posible, todo lo referido a los mutantes.

Prestó atención a los pequeños murmullos de la casa en sombras, esos susurros que pasan desapercibidos durante el día, cuando el ruido del hombre lo llena todo. Y pensó «Si uno escuchara con mucha atención y conociera el idioma, la casa le contaría cuanto uno quisiera saber; podría decirnos qué aspecto tenía alguien en cierto instante, la voz con que fue pronunciada una palabra, lo que cada uno piensa o hace cuando está solo».

Los registros no le contarían toda la historia ni la verdad que buscaba, pero por ellos podría informarse de quién era y sabría algo sobre sus padres, aquel haraposo granjero y su mujer.

La puerta volvió a abrirse y Ezequiel entró con sus pasos acolchados; traía una carpeta bajo el brazo. Se la tendió a Vickers y permaneció a un lado, esperando.

Vickers abrió la carpeta con manos temblorosas. Allí estaba todo:

Vickers, Jay, n. 5 Ag. 1947. v. t. Junio 20, 1966, c. p., t., m. i., mut. lat.

Estudió todo aquello y no le halló sentido.

—Ezequiel.

—¿Sí, señor?

—¿Qué significa todo esto?

—¿A qué se refiere, señor?

—A esta línea —señaló Vickers—: Todo esto del v. t.

Ezequiel se inclinó para leerle:

—Jay Vickers, nacido 5 Agosto, 1947, vida transferida 20 junio, 1966, capacidad precognición, sentido del tiempo, memoria inherente, mutación latente. Eso significa, señor, que usted no ha cobrado conciencia de ella.

Vickers echó una mirada a la parte superior de la página; allí estaban los nombres, las dos líneas entre los corchetes indicadores de matrimonio, de las cuales surgía la anotación correspondiente a él.

Charles Vickers, n. 10 junio 1917, cont. 8 Ag. 1938 consc., s. t., el., m. i., a. s. 6 feb. 1971.

Sarah Graham, n. 16 abril. 1920, cont. 12 sept. 1937 consc., com, ind., s. t., m. i., a. s. 9 marzo 1970.

Sus padres. Dos párrafos de símbolos. Trató de descifrarlos.

—Charles Vickers, nacido el 10 de enero de 1917, continuo...

No, eso no va.

—Contacto establecido, señor —aclaró Ezequiel.

—Contacto establecido el 8 de agosto de 1938, consciente, s. t. y el. ¿Qué es eso?

—Sentido del tiempo y electrónica, señor.

—¿Sentido del tiempo?

—Así es, señor. Los otros mundos. Son cuestión de tiempo, como usted sabe.

—No, no lo sé —confesó Vickers.

—No existe el tiempo —explicó Ezequiel—. Es decir, no existe tal como lo concibe el ser humano común. No hay un fluir constante, sino paréntesis cronológicos en los que cada segundo sigue al anterior, aunque en realidad no existen los segundos como medida.

—Comprendo —dijo Vickers.

En verdad comprendía. En ese momento lo recordaba todo: la explicación de los otros mundos, cada uno atrapado en un momento, en cierta extraña y arbitraria división del tiempo; cada paréntesis cronológico tenía su propio mundo y nadie podía saber ni suponer hasta dónde se extendía la cadena.

Algún dispositivo secreto se había puesto en funcionamiento en su interior. Allí estaba la memoria inherente, como siempre lo había estado, aunque escondida en su ignorancia, tal como aún lo estaba en gran medida su capacidad de precognición.

Según acababa de decir Ezequiel, el tiempo no existía. No existía en la forma en que lo concebían los seres humanos comunes. El tiempo estaba dividido en parcelas y cada una contenía una sola fase del universo, un universo inaccesible para la comprensión humana.

¿Y el tiempo en sí? El tiempo era un medio infinito extendido hacia el futuro y el pasado... Pero no había futuro ni pasado, sino un infinito número de paréntesis extendidos hacia ambos lados, cada uno portador de una sola fase del universo.

En la Tierra original el hombre cavilaba sobre el tiempo, sobre la posibilidad de proyectarse hacia el ayer o hacia el mañana. Vickers comprendió entonces que todo era imposible, que cada

instante permanecía para siempre encerrado en su paréntesis. La tierra del hombre había viajado en la misma burbuja de ese instante desde el momento de su génesis; moriría y se derrumbaría en la nada sin haber salido de ese mismo instante.

Se podía viajar en el tiempo, naturalmente, pero no habría ayer ni mañana. En cambio, si uno poseía cierto sentido del tiempo estaba en condiciones de pasar de un paréntesis a otro; al hacerlo no hallaría ayer ni mañana, sino otro mundo. Y eso era lo que había hecho él al impulsar el trompo. Claro que el juguete no tenía intención alguna en eso: era sólo una ayuda.

Prosiguió con el análisis de las anotaciones.

—a. n. ¿Qué significa a. n., Ezequiel?

—Animación suspendida, señor.

—¿Mi padre y mi madre?

—Están en animación suspendida, señor, a la espera del día en que los mutantes logren finalmente la inmortalidad.

—¡Pero si murieron los dos! Sus cuerpos...

—Cuerpos humanoides, señor. Debemos hacer todo en orden para que los normales no sospechen.

El cuarto se iluminó, frío y desnudo, con la monstruosa desnudez de la verdad. Animación suspendida. Sus padres aguardaban en animación suspendida el día en que se les pudiera dar la inmortalidad. Y él, Jay Vickers, el verdadero Jay Vickers, ¿qué era de él? No estaría en animación suspendida, por cierto, puesto que la vida había abandonado al verdadero cuerpo para ocupar el del androide sentado en el cuarto, con el registro de su familia entre sus manos androides.

—¿Y Kathleen Preston? —preguntó.

Ezequiel meneó la cabeza.

—No sé de ninguna Kathleen Preston —respondió.

—Pero trajiste el registro de su familia.

Ezequiel volvió a negar.

—¡No hay registro de los Preston! Revisé todo el índice. No menciona ningún Preston. No hay Preston por ninguna parte.

CAPÍTULO 39

Había tomado una decisión, pero ya no servía de nada; el recuerdo de dos rostros la tornaba inútil. Cerró los ojos y recordó a su madre, recordó cada uno de sus rasgos, tal vez algo idealizados, pero con bastante exactitud. Recordó su horror al saber de su aventura en el país de las hadas. Después papá había hablado con él y el trompo ya no volvió a aparecer.

No podía volver a aparecer, naturalmente; no podían dejar de reprocharle los excesos de su imaginación. Después de todo ya tenían bastantes dificultades para vigilarlo y saber dónde estaba con un solo mundo; cuidar a un niño de ocho años capaz de vagabundear por cien era ya imposible.

El rostro de su madre, la mano del padre sobre el hombro, con los dedos apretándole la carne, con masculina ternura: eran recuerdos a los que nadie podía volver la espalda.

Y los dos aguardaban con una fe absoluta, sabiendo que cuando la oscuridad cayera sobre ellos no traería consigo el fin, sino el comienzo de una aventura aún mayor de la que esperaban al unirse al grupo de mutantes, hacía ya tantos años. Si ellos habían depositado tanta fe en el plan de los mutantes, ¿podía el hijo hacer menos?, ¿podía rehusarse a cumplir con su parte en la tarea de crear un mundo mejor, cuando ellos habían hecho tanto?

Ellos dieron cuanto estaba a su alcance; la labor encarada, la fe que brindaran, debían ser llevadas a su completa realización por quienes quedaban atrás. Y él era uno de ellos. No podía fallarles.

Se preguntó cómo sería el mundo a crear. ¿Qué clase de mundo podía surgir cuando los mutantes lograran la inmortalidad, cuando el hombre no se viera obligado a morir, cuando pudiera vivir por siempre? No sería igual. Sería un mundo de diferentes valores e

incentivos.

¿Qué factores harían falta para mantener en marcha un mundo inmortal? ¿Qué incentivos y condiciones, para evitar que decayera? ¿Qué oportunidades e intereses en constante expansión, para salvarlo del callejón sin salida que constituía el aburrimiento?

¿Cuáles serían las necesidades en un mundo inmortal?

Espacio vital infinito, para empezar; lo habría, puesto que todos los mundos precedentes estarían abiertos. Y si con eso no bastaba se podía disponer del universo entero, con todos sus soles y sus sistemas planetarios; si la Tierra tenía infinitos mundos precedentes y subsiguientes, lo mismo debía suceder con cada estrella y cada planeta del universo.

Tómese el universo y multiplíquese por un número indefinido; tómense todos los mundos del universo y multiplíquenselos hasta el infinito; así se obtendrá la respuesta. Habría lugar de sobra para siempre. Habría infinitas oportunidades, infinitos desafíos en esos mundos, que ni siquiera un hombre eterno podía agotar.

Pero eso no sería todo: habría también un tiempo infinito, y en ese tiempo surgirían nuevas técnicas y nuevas ciencias, filosofías nuevas también, de modo tal que el hombre eterno jamás carecería de tareas a cumplir ni de problemas por resolver.

Y una vez que se contara con la inmortalidad, ¿para qué se la emplearía?

Se la emplearía para mantener la fuerza. Aunque se viviera en una comunidad pequeña, con una baja tasa de natalidad, a la cual se unieran pocos miembros, al aumento estaría asegurado por la falta de mortandad.

Se la emplearía para conservar la habilidad y el conocimiento. Si nadie moría se podía contar con toda la energía, el conocimiento y la destreza de cada miembro de la tribu. Cuando un hombre muere, su destreza muere con él, también su conocimiento, hasta cierto punto. Pero la pérdida no se limita a eso: también se pierde todo su conocimiento futuro. ¿De cuánto saber se ve privada la Tierra, sólo porque un hombre ha muerto diez años antes de lo debido? Parte de ese conocimiento será recobrado gracias a la obra de hombres posteriores, pero habrá cosas que no se recuperen jamás, ideas que no volverán a ser imaginadas, conceptos que habrán sido borrados para siempre por la muerte de un hombre en cuyo cerebro

comenzaba a surgir el primer fermento de la creación. En una sociedad inmortal, en cambio, eso no ocurriría jamás. Una sociedad inmortal contaría con la total habilidad y el conocimiento absoluto de sus miembros.

Tómense la capacidad de captar el conocimiento atesorado en las estrellas, la memoria inherente, el conocimiento técnico capaz de conseguir productos eternos, y agréguese la inmortalidad. ¿Adonde conduciría esa fórmula? ¿A lo definitivo? ¿Al pináculo intelectual? ¿A la divinidad en sí?

Retrocedamos cien mil años para analizar a la criatura hombre. Démosle el fuego, la rueda, el arco y la flecha, plantas y animales domésticos y una organización comunitaria, sumados al primer concepto, en vaga aurora, del Hombre en su condición de rey de la Creación. Tomemos esa fórmula. ¿Cuál es el resultado?

El comienzo de la civilización, la fundación de una cultura humana.

Y a su modo la fórmula del fuego, la rueda y los animales domésticos era tan grandiosa como la fórmula de la inmortalidad, el sentido del tiempo y la memoria inherente. La fórmula de los mutantes era sólo un paso hacia adelante, tal como lo había sido en su momento la conjunción fuego-rueda-perro. La fórmula de los mutantes no era el resultado final del esfuerzo humano, ni de su intelecto, ni de su conocimiento: era sólo un paso más. Y quedaba otro paso por dar. La mente del hombre aún cobijaba la posibilidad de pasos más importantes, aunque a él, Jay Vickers, le fuera imposible concebir su dirección, tal como habrían sido inconcebibles para el descubridor del fuego los conceptos de la estructura cronológica y de los mundos contiguos.

«Todavía somos salvajes», pensó. «Seguimos acurrucados en nuestra cueva, con la vista fija en la hoguera humeante que custodia la entrada contra la ilimitada oscuridad del mundo. Algún día perforaremos esa oscuridad, pero no será ahora».

La inmortalidad sería una herramienta favorable, nada más; una simple herramienta. ¿Qué era la oscuridad, más allá de la cueva? Era la ignorancia del hombre con respecto a su sentido, su finalidad, sus orígenes. La vieja, eterna pregunta.

Quizá con la herramienta de la inmortalidad el hombre podría apresar esas preguntas y comprender el ordenado progreso, la

terrible lógica que impulsaba el universo de la materia y de la energía.

El paso siguiente sería de orden espiritual: el descubrimiento y la comprensión de un sistema divino que fuera ley para todo el universo. Tal vez el hombre pudiera al fin, en toda su humildad, hallar un Dios universal, la deidad que los hombres adoraban ya con la debilidad de sus conocimientos actuales y la fuerza de la fe. Tal vez el hombre encontrara a; fin el concepto de divinidad que pudiera llenar, sin dudas ni vacilaciones, su tremenda necesidad de fe, tan clara e inconfundible que estuviera más allá de toda duda; un concepto de la bondad y del amor que pudiera identificar consigo hasta reemplazar con él la fe en una eterna seguridad.

Y si el hombre burlaba a la muerte, si las puertas de las tinieblas se cerraban sobre la revelación final y la resurrección, entonces el hombre debería hallar tal concepto o vagar para siempre entre las galaxias como un niño perdido y lloroso.

Vickers hizo un esfuerzo por volver al presente.

—¿Estás seguro, Ezequiel?

—¿De qué, señor?

—De que no hay ningún Preston.

—Completamente seguro —respondió Ezequiel.

—Pero existió una Kathleen Preston, estoy seguro.

¿En verdad podía estar tan seguro? La recordaba. Flanders decía que ella existía. Pero ese recuerdo podía estar condicionado y también la memoria de Flanders. Tal vez Kathleen Preston no fuera sino un factor emocional; introducido en su cerebro para mantenerlo atado a esa casa, como una respuesta automática que no le permitiría olvidar, fuera donde fuese, bajo cualquier circunstancia, esa casa y los lazos que a ella lo ligaban.

—Ezequiel —preguntó—, ¿quién es Horton Flanders?

—Horton Flanders es un androide como usted.

CAPÍTULO 40

Su tarea asignada era detener a Crawford. Se le suponía capaz de hacerlo por medio de sus presentimientos. Pero en primer lugar tendría que revisar todos los aspectos. Debía tomar los factores, equilibrarlos unos con otros y verificar los puntos fuertes, los puntos débiles. Se trataba del poder industrial, no del de una sola industria, sino del poder industrial de todo el mundo. Crawford y la industria habían declarado guerra abierta a los mutantes; y había que tener en cuenta esa arma secreta.

—La desesperación y un arma secreta —había dicho Crawford sentado en el cuarto del hotel. Pero el arma secreta, según agregó, no era bastante.

En primer término Vickers debería averiguar en qué consistía esa arma. Mientras no lo supiera carecía de sentido hacer planes.

Permaneció despierto en la cama, con la vista clavada en el techo, mientras colocaba los hechos en hileras ordenadas para echarles un vistazo. Después los cambió de posición y equilibró la fuerza de los humanos comunes contra la fuerza mutante; había muchos puntos en que se cancelaban mutuamente, pero en otros, uno de ellos surgía inexpugnable. Por ese camino le sería imposible llegar a nada.

«Claro que no llegaré a nada», dijo para sí. «Esta es la torpe manera en que los hombres normales resuelven sus problemas. Esto es razonar».

Debía acudir al presentimiento. Pero ¿cómo hacerlo?

Apartó aquellos factores de su mente, volvió a clavar la vista en la oscuridad, en dirección a; cielorraso, y trató de no pensar. Los factores clamaban en su cerebro, se atropellaban y huían unos de otros, pero él siguió negándose a reconocerlos.

Entonces llegó la idea: la guerra.

Mientras la estudiaba fue creciendo y se aferró a él. La guerra, sí, pero una guerra distinta a cuantas el mundo había conocido hasta entonces. ¿Qué se decía de la Segunda Guerra Mundial? Se la trataba de guerra sucia. Pero no lo sería del todo.

Era algo perturbador pensar en una cosa que no se podía apresar, es decir, sentir la comezón de un presentimiento sin reconocerlo como tal. Trató de sujetarlo y lo sintió retroceder. Sólo regresó cuando él dejó de meditar.

Surgió entonces otra idea: la pobreza.

La pobreza estaba de algún modo vinculada a la guerra. Era como si las dos ideas rondaran, a la manera de los coyotes, en torno a la hoguera representada por él, gruñendo y amenazándose mutuamente en la oscuridad, junto a la llama del conocimiento. Trató de hundirlas por completo en la oscuridad, pero le fue imposible. Acabó por acostumbrarse a ellas; pareció entonces que la hoguera disminuía sus llamaradas y que las ideas-coyote no corrían con tanta celeridad.

Su mente soñolienta denunció otro factor: los mutantes no disponían de mucha gente. Esa era la razón por la cual creaban andróides y robots. Siempre había modo de superar ese problema. Se podía tomar una vida y dividirla en muchas. Se tomaba la vida de un mutante para esparcirla, extenderla y prolongarla cuanto se pudiera. En la economía de la fuerza humana cabían muchas soluciones si uno sabía encontrarlas.

Los coyotes rondaban ya muy cerca y el fuego se apagaba. «Te detendré, Crawford, hallaré la respuesta para detenerte, y te amo, Ann, y...».

Sin darse cuenta se había quedado dormido. Despertó de pronto y se irguió de un salto en la cama.

¡Sabía la respuesta!

El airecillo fresco del alba lo hizo estremecer. Sacó bruscamente las piernas de bajo los cobertores y sintió el mordisco del suelo frío contra los pies descalzos. Corrió a la puerta, la abrió de par en par y salió al descansillo. La escalera descendía desde allí hacia el vestíbulo.

—¡Flanders! —gritó—. ¡Flanders!

Ezequiel apareció desde alguna parte y empezó a subir la

escalera preguntando:

—¿Qué ocurre, señor? ¿Puedo servirle en algo?

—¡Quiero hablar con Horton Flanders!

Se abrió otra puerta. Allí estaba Horton Flanders, con los tobillos huesudos asomados bajo el ruedo de su camisa de dormir y el pelo ralo casi tieso.

—¿Qué ocurre? —murmuró, con la lengua pesada aún por el sueño—. ¿Qué significa este barullo?

Vickers cruzó el vestíbulo a grandes pasos y lo tomó por los hombros, inquiriendo:

—¿Cuántos de nosotros hay? ¿En cuántos androides dividieron la vida de Jay Vickers?

—Si deja usted de sacudirme...

—Lo dejaré cuando me diga la verdad.

—Oh, con gusto —respondió Flanders—. Somos tres: usted, yo y...

—¿Usted?

—Por cierto. ¿Le sorprende?

—¡Pero si es mucho más anciano que yo!

—Con la carne sintética se pueden hacer maravillas —dijo Flanders—. No veo motivos para sorprenderse.

Y de pronto Vickers notó que en realidad no sentía asombro alguno. Era como si en el fondo lo hubiera sabido desde siempre.

—¿Y el tercero? Dijo usted que éramos tres. ¿Quién es el otro?

—No puedo decírselo —respondió Flanders—. No le diré quién es. Ya le he dicho demasiado.

Vickers alargó la mano y aferró al anciano por la pechera de la camisa, retorciendo la tela hasta ajustársela a la garganta.

—La violencia no tiene sentido —dijo Flanders—. No sirve de nada. Si le he dicho todo esto ha sido porque usted llegó a la crisis antes de lo que esperábamos. Pero no estaba preparado siquiera para eso. No está en condiciones de saberlo todo. Ha sido un riesgo muy grande impulsarlo demasiado. No podría decirle más.

—¿Qué no estoy en condiciones de saber! —repitió Vickers, furioso.

—No lo está. Debió haber dispuesto de más tiempo. No es posible decirle ahora mismo lo que desea saber. Crearía... complicaciones en su tarea, con lo que perdería eficiencia y valor.

—¡Es que ya tengo la respuesta a ese problema! —exclamó Vickers, enojado—. Preparado o no, tengo la respuesta que aplicaremos a Crawford y a sus amigos. Es más que lo conseguido por usted y sus colegas, a pesar del tiempo que llevan en ello. Ya tengo la respuesta, precisamente lo que ustedes querían; conozco el arma secreta y sé cómo contrarrestarla. Usted dijo que yo podía detener a Crawford y ahora sé que es cierto.

—¿Está seguro de eso?

—Completamente seguro. Pero esa otra persona, la tercera persona...

Una sospecha horrible se filtraba en su mente.

—Necesito saberlo —agregó.

—No puedo decírselo, de veras —repitió Flanders.

Vickers aflojó la mano aferrada a la camisa de dormir y la dejó caer. Aquella sospecha era una verdadera y terrible tortura. Se volvió lentamente.

—Sí, estoy seguro —volvió a decir—. Conozco todas las respuestas, pero ¿para qué diablos sirve eso?

Se retiró nuevamente a su cuarto y cerró la puerta tras de sí.

CAPÍTULO 41

En algún momento había llegado a ver su curso de acción nítido y recto ante él, comprendiendo que Kathleen Preston no era tal vez sino un personaje condicionado. Durante muchos años el recuerdo de aquel valle encantado lo había cegado, impidiéndole ver el amor que sentía por Ann Carter; amor correspondido, sin duda, y disimulado con burlas tontas y amargas rencillas.

Después comprendió también que sus padres dormían año tras año en animación suspendida, aguardando el advenimiento de un mundo en paz y comprensión, para el cual habían dado tanto.

Y no había podido darles la espalda. Tal vez era mejor así, pues había un tercer factor: el hecho de que una vida estuviera dividida en varias.

Era una manera sensata de hacer las cosas y tal vez un método válido, pues los mutantes necesitaban aumentar el grupo; para eso debían valerse de los elementos disponibles. Se dejaba en manos de los robots todo el trabajo realizable por ellos y se dividía la vida de hombres y mujeres en varios cuerpos androides.

Él no era una persona en sí; sólo una parte de otra persona, un tercio del Jay Vickers original, cuyo cuerpo yacía a la espera de que la vida pudiera serle devuelta.

Tampoco Ann Carter era una persona en sí, sino parte de una tercera persona. Tal vez parte (y por primera vez se obligó a convertir la sospecha en un pensamiento claro y terrible) tal vez parte del mismo Jay Vickers, compartiendo con él y con Flanders la vida que originalmente había sido una sola. Tres androides compartían aquella vida: él, Flanders y alguien más. Y la pregunta era un susurro constante en su cerebro: ¿quién sería ese alguien?

Los tres estaban ligados por un lazo común que los convertían

casi en uno. A su debido tiempo los tres deberían entregar sus vidas al cuerpo del Jay Vickers original. Y cuando eso ocurriera, ¿cuál de ellos continuaría siendo Jay Vickers? Tal vez ninguno de los tres; quizás el proceso fuera un equivalente de la muerte para ellos y una continuación de la conciencia que el ser original había conocido. Tal vez los tres se mezclarían de modo tal que Jay Vickers, al resucitar, sería una extraña personalidad de tres caras combinadas.

¿Y el amor que sentía por Ann Carter? Ante aquella posibilidad de que Ann fuera la tercera persona desconocida, ¿qué pasaría con la ternura súbitamente despertada por ella, tras tantos años de luna y rosas?, ¿qué sería de ese amor?

Supo que ese amor era imposible. Si Ann era el tercer humanoide no podría haber amor entre ellos. No es posible amarse a sí mismo como se amaría a otra persona. No se puede amar una faceta del propio yo, ni ser amado por esa misma faceta. No se puede amar a quien nos es más íntima que una hermana o una madre.

Por dos veces había conocido el amor de una mujer; por dos veces se lo habían robado. Estaba atrapado, sin más alternativa que la de cumplir con la tarea asignada. Había prometido a Crawford hablar nuevamente con él cuando supiera qué estaba ocurriendo, para analizar entre los dos la posibilidad de un acuerdo.

Pero no habría tal acuerdo: ahora lo sabía. Al menos, si sus presentimientos estaban en lo cierto.

Y Flanders afirmaba que el presentimiento era la mejor forma de razonar, la manera más madura y adulta de llegar a la solución de un problema. Era un método que descartaba el retorcido camino de la razón, empleado por la raza humana durante sus siglos de aprendizaje.

Pues el arma secreta era la antigua arma de la guerra deliberada, establecida con matemático cinismo y calculada precisión. ¿Y cuántas guerras más podría soportar la raza humana? La respuesta parecía ser: «Sólo una guerra más».

Los mutantes eran los factores de supervivencia en la raza humana. Y Vickers se encontró con que nada le quedaba, ni Kathleen ni Ann, ni siquiera, tal vez, la esperanza de una humanidad personal; debía trabajar cuanto pudiera para llevar a cabo la mayor esperanza del hombre.

Alguien llamó a la puerta.

—Sí —dijo Vickers—. Pase.

—El desayuno estará listo, señor —dijo Ezequiel—, para cuando usted se haya vestido.

CAPÍTULO 42

Flanders esperaba ya en el comedor cuando Vickers bajó las escaleras.

—Los otros se han ido —dijo el anciano—. Tenían cosas que hacer. Además, usted y yo debemos conspirar.

Vickers no respondió. Tomó una silla y se sentó frente a Flanders. El sol de las ventanas caía sobre los hombros de su compañero; la blancura de su pelo se recortaba contra el vidrio de la ventana como un halo revuelto. Vickers notó que sus ropas seguían siendo ligeramente raídas, la corbata tenía también una larga batalla, pero todo su aspecto parecía limpio hasta lo reluciente.

—Veo que Ezequiel le ha proporcionado algunas ropas —dijo Flanders—. No sé qué haríamos sin él. Se encarga de todo.

—También me dio dinero —dijo Vickers—. Encontré un fajo de billetes en el tocador, junto con la camisa y la corbata. No tuve tiempo de contarlos, pero parece haber allí varios miles de dólares.

—Por supuesto. Ezequiel piensa en todo.

—Pero no necesito tantos miles de dólares.

—Lléveselos —indicó Flanders—. Los tenemos por montones.

—¡Por montones!

—Claro está. Los fabricamos sin cesar.

—¿Acaso los falsifican?

—¡No, por Dios! Aunque a veces lo hemos pensado. Sería tener otra cuerda en el arco.

—¿Se refiere a que inundarían el mundo normal con dinero falsificado?

—No sería falsificado. Podemos duplicar el dinero con toda exactitud. Bastaría con poner en circulación cien billones de dólares

nuevos para crear el desastre.

—Comprendo —dijo Vickers—. Me sorprende que no lo hayan hecho.

Flanders le dirigió una mirada seca, diciendo:

—Me parece que usted no aprueba nuestros métodos.

—En ciertos aspectos, no.

Ezequiel trajo una bandeja con vasos de jugo de naranja frío, platos de tocino y huevos revueltos, tostadas con manteca, un frasco de mermelada y una cafetera llena.

—Buenos días, señor —dijo a Vickers.

—Buenos días, Ezequiel.

—¿Ha visto usted qué hermosa mañana tenemos?

—Lo he visto.

—Aquí el tiempo es maravilloso —observó el robot—. Mucho mejor que el de la Tierra original, según dicen.

Sirvió la comida y se marchó por la puerta de vaivén que daba a la cocina; los dos hombres le oyeron trajinar en sus tareas matutinas.

—Hemos sido humanos —dijo Flanders—, tanto como nos fue posible. Pero teníamos una tarea que cumplir, y de vez en cuando nos hemos visto obligados a pasar por sobre alguien. Probablemente nos veremos forzados a ser más rudos desde ahora en adelante, pues nos están hostigando. Si Crawford y su banda se lo hubieran tomado con más calma todo habría funcionado bien y nadie se habría perjudicado. En diez años más todo sería fácil. En veinte años habría sido cosa segura. Pero ahora no será fácil ni seguro. Llegaremos casi a una revolución. En veinte años el proceso se habría dado como evolución. Con tiempo disponible habríamos dominado, no sólo la industria y las finanzas de todo el mundo, sino también el gobierno internacional, pero no nos dieron tiempo. La crisis se produjo demasiado pronto.

—Lo que ahora necesitamos —dijo Vickers— es una contracrisis.

Flanders prosiguió como si no le hubiera oído:

—Establecimos falsas compañías. Nos habrían hecho falta más, pero nos faltaba gente para manejar hasta las pocas que instalamos. Si contáramos con suficientes personas podríamos haber intensificado la fabricación de ciertos artículos básicos. Pero necesitábamos de los pocos mutantes disponibles para enviarlos a

otros tantos lugares, ya fuera para frenar ciertas crisis o para enrolar nuevos mutantes a nuestro grupo.

—Deben ser muchos —sugirió Vickers.

—Hay muchos, sí —concordó Flanders—, pero un gran porcentaje de ellos está demasiado comprometido en los asuntos de los humanos normales como para apartarlos del mundo. Considere el caso de un mutante casado con una mujer normal. Siquiera por consideración no es posible deshacer un matrimonio feliz. Supongamos que algunos de los hijos sean mutantes; ¿qué se puede hacer con ellos? Nada sólo observar y esperar. Cuando han crecido y se independizan uno puede ponerse en contacto con ellos, pero no hasta entonces.

»Pongamos el caso de un banquero o un industrial sobre cuyos hombros descansa todo un imperio económico. Si uno le dice que es mutante sólo consigue una carcajada por respuesta. Se ha hecho un sitio en la vida; está satisfecho, si alguna vez cobijó cierto idealismo éste ha desaparecido bajo la apariencia de un individualismo muy acentuado. Es leal al tipo de vida que ha hecho y no podemos ofrecerle nada que le interese.

—¿Por qué no probar con la inmortalidad?

—Aún no disponemos de ella.

—Debieron atacar en el seno del gobierno.

Flanders meneó la cabeza.

—No pudimos. Hicimos algunos intentos, pero moderados. Si hubiéramos logrado detentar un millar de puestos oficiales importantes, todo habría sido fácil y rápido. Pero no disponíamos ni de mil mutantes para adiestrarlos a ese fin.

»Por diversos métodos logramos conjurar crisis tras crisis. Los carbohidratos aliviaron una situación que habría conducido a la guerra. También ayudamos a Occidente para que consiguiera la bomba de hidrógeno varios años antes de que el Este atacara. Pero no éramos lo bastante poderosos ni teníamos el tiempo suficiente como para llevar a cabo un programa bien definido y de largo alcance. Tuvimos que improvisar. Introdujimos la venta de chismes como la única forma rápida de debilitar el sistema socioeconómico de la Tierra. Por supuesto, eso involucraba obligar a la industria, tarde o temprano, a aliarse contra nosotros.

—¿Y qué esperaban ustedes? —preguntó Vickers—. Si se

interfiere ...

—Supongo que lo hacemos. Digamos, Vickers, que usted es un cirujano y tiene un paciente enfermo de cáncer. Para curarlo no vacilará en operar, y sería muy cuidadoso al interferir en el organismo del paciente.

—Presumo que sí.

—La raza humana es nuestro paciente. Tiene un tumor maligno y nosotros somos cirujanos. Será doloroso para nuestro paciente y habrá un período de convalecencia, pero al menos el enfermo sobrevivirá. Por mi parte, pongo muy en duda que la especie humana sobreviva a otra guerra.

—¡Pero ustedes emplean métodos muy duros!

—¡Un momento! —protesto Flanders—. Si usted piensa que hay otros métodos, estoy de acuerdo, pero todos serían igualmente objetables a los ojos de la humanidad, tal como los viejos métodos del hombre están desacreditados hace tiempo. Los hombres claman por la paz y predicán la hermandad del hombre, pero la paz no existe y la hermandad es sólo jarabe de pico. ¿Querría que diéramos conferencias? Le pregunto, amigo mío: ¿qué se consiguió con ellas?

»Tal vez deberíamos presentarnos ante el pueblo, o al menos ante sus gobernantes, para decirles que somos los mutantes de la especie, que nuestra sabiduría y nuestra capacidad son mucho mayores, para que lo dejen todo en nuestras manos y podamos poner paz en el mundo. ¿Sabe qué ocurriría entonces? Nos odiarían, nos echarían con cajas destempladas. No, no tenemos alternativa: debemos trabajar subrepticamente y atacar los puntos clave. De otro modo no obtendremos resultados.

—Lo que usted dice —observó Vickers— puede ser cierto en lo que se refiere al pueblo, pero ¿qué pasaría con las personas, los individuos?, ¿qué pasaría con esos pobres tipos que reciben la bofetada?

—Esta mañana estuvo aquí Asa Andrews —le dijo Flanders—. Dijo que usted había estado en su casa y estaba preocupado por su desaparición. Pero eso no viene al caso. Lo que quería preguntarle es si usted lo considera feliz.

—Nunca he visto a nadie tan feliz como él.

—Sin embargo hemos interferido en su vida. Le hicimos dejar su trabajo, el trabajo con el que alimentaba a su familia, le daba techo

y abrigo. Buscó otro y no pudo conseguirlo. Cuando al fin nos pidió ayuda sabíamos que éramos los culpables de que lo hubiesen despedido y echado de su casa, de que no supiera dónde dormirían los suyos esa noche. Hicimos todo eso, pero al fin de cuentas es feliz. En esta tierra hay miles como él, en cuyas vidas hemos interferido, pero que ahora son felices. Y debo recalcarlo: felices gracias a nuestra interferencia.

Vickers replicó:

—Usted no puede afirmar que esa felicidad no tiene cierto costo. No me refiero a la pérdida del empleo ni al pan de la caridad, sino a lo que viene después. Ustedes los instalan en esta tierra para lo que han dado en llamar «la etapa feudo-pastoral», pero ese lindo nombre no quita que al instalarse aquí pierdan las ventajas materiales de la civilización humana.

—Lo que les hemos quitado es poco más que un puñal con el cual podían cortarse la garganta o degollar al vecino. Lo que les hemos quitado de más les será devuelto por entero y con creces a su debido tiempo. Tenemos la esperanza, señor Vickers, de que en tiempos venideros todos sean como nosotros; entonces todos tendrán cuanto nosotros disfrutamos ahora.

»No somos monstruos, entiéndalo, sino seres humanos, la etapa siguiente en la evolución. Llevamos un adelanto de uno o dos días, uno o dos pasos con respecto a los demás. Para sobrevivir el hombre tuvo que cambiar, sufrir mutaciones, convertirse en algo mejor. Somos sólo la avanzada de una mutación para la supervivencia. Y como somos los primeros debemos luchar contra cierta resistencia. Debemos luchar por el tiempo que demorará el resto en alcanzarnos. En nosotros reside, no sólo un pequeño grupo de personas privilegiadas, sino toda la humanidad.

—La humanidad —dijo Vickers, ceñudo— parece no ver con buenos ojos los esfuerzos que hacen por salvarla. Allá en aquel mundo están destrozando los negocios de chismes y cazando a los mutantes para colgarlos de los postes.

—Allí es donde entra usted en juego —indicó Flanders.

Vickers asintió.

—Ustedes pretenden que yo detenga a Crawford.

—Y usted me dijo que podría.

—Tuve un presentimiento.

—Sus presentimientos, amigo mío, suelen ser más acertados que un largo razonamiento.

—Pero me hará falta ayuda.

—Lo que pida.

—Necesito que alguno de sus pioneros, hombres como Asa Andrews, vuelvan a la tierra para hacer el papel de misioneros.

—Pero eso es imposible —protestó Flanders.

—Esta lucha es también de ellos. No pueden quedarse en la casa sin mover un dedo.

—¿El papel de misioneros? ¿Quiere que vuelvan para hablar de estos otros mundos?

—Eso es precisamente lo que quiero.

—Pero nadie les creará. Tal como están las cosas en la tierra es seguro que acabarán linchados.

Vickers meneó la cabeza.

—Hay un grupo que creará en ellos: los fingidores. ¿No se da cuenta? Los fingidores huyen de la realidad. Fingen vivir en el Londres de Pepys o en muchas otras épocas del pasado, pero aun así encuentran ciertas influencias, ciertos abusos sobre la libertad y la seguridad. Pero aquí la libertad y la seguridad son completas. Pueden regresar a la vida simple que ansían. Por muy fantástico que parezca los fingidores se afiliarán.

—¿Está seguro? —preguntó Flanders.

—Absolutamente seguro.

—Pero eso no es todo. ¿Hay algo más?

—Hay algo más —dijo Vickers—. Si se produjera una súbita demanda de carbohidratos, ¿podrían ustedes satisfacerla?

—Creo que sí. Podríamos adaptar nuestras fábricas. La industria de chismes se ha venido abajo y también la de carbohidratos. Para repartirlos tendremos que formar una especie de mercado negro. Si lo hacemos a la luz del día Crawford y los suyos nos harán pedazos.

—Puede ser que sí, al principio —concordó Vickers—. Pero no será por mucho tiempo. Cuando haya miles de personas dispuestas a luchar por sus carbohidratos no podrán hacer nada.

—Bien, habrá carbohidratos cuando hagan falta.

—Los fingidores prestarán oídos —afirmó Vickers—. Están maduros para creer, para creer cualquier cosa fantástica. Para ellos será una cruzada de la imaginación. Dada una población normal no

tendríamos ninguna posibilidad, pero hay un gran sector de escapistas que han sido llevados al punto de huir ante la descomposición del mundo. Sólo necesitan una chispa, una palabra, alguna promesa de que existe la posibilidad de escapar en la realidad tal como lo han estado haciendo con la imaginación. Muchos de ellos estarán dispuestos a venir a esta segunda tierra. ¿Con qué ritmo pueden absorberlos?

—Absorberemos a cuantos vengan.

—¿Puedo contar con eso?

—Puede —afirmó Flanders, meneando la cabeza—. No sé qué está planeando usted, pero confío en que su presentimiento sea acertado.

—Usted dijo que lo era.

—¿Sabe a qué se enfrenta? ¿Conoce los planes de Crawford?

—Creo que planea una guerra. Dijo que era un arma secreta, pero estoy convencido de que se trata de la guerra.

—Pero...

—Le sugiero que analicemos la guerra desde un punto de vista algo diferente del acostumbrado por los historiadores. Veámosla como negocio. Porque la guerra, en ciertos aspectos, es sólo eso. Cuando un país se declara en guerra, sus trabajadores, su industria y sus fuentes de recursos quedan bajo la férula del estado. El comerciante juega en esto una parte tan capital como la de los militares. El banquero y el industrial cabalgan también en la silla del general.

»Ahora permítame avanzar un paso más e imaginar una guerra librada estrictamente por cuestiones de negocio, para lograr y retener el dominio de las mismas facetas en que se ven amenazados. La guerra significaría en ese caso una interrupción en el sistema de oferta y demanda; algunos artículos para los civiles se dejarían de fabricar y el gobierno podría arruinar a quien tratara de venderlos.

—Automóviles, por ejemplo —dijo Flanders, encendedores y hasta hojas de afeitar.

—Exactamente —dijo Vickers—. De ese modo podrían ganar tiempo, pues lo necesitan tanto como nosotros. Con pretextos militares tomarían un dominio completo de la economía mundial.

—Usted sugiere que iniciarían una guerra por acuerdo mutuo.

—Estoy convencido de ello. La reducirían a un mínimo. Tal vez

una bomba en Nueva York como respuesta a otra caía en Moscú; una en Chicago a cambio de otra en Leningrado. Ya me comprende: una guerra restringida, un pacto de caballeros. Sólo algunas batallas para convencer a todo el mundo de que es auténtica.

»Pero por muy sucia que pueda ser, mucha gente morirá; además, siempre existe el peligro de que alguien se resienta; en ese caso podría haber dos bombas en Moscú en vez de una sola, o viceversa. Quizás algún almirante se entusiasme un poco y hunda un barco que no estaba en el trato, o algún general...

—Es descabellado.

—Olvida que esos hombres están desesperados. Olvida usted que cada uno de ellos pelea por el tipo de vida establecido por el hombre. Todo: rusos, norteamericanos, franceses, polacos y checos. Para ellos debemos ser el enemigo más detestable nunca enfrentado por la humanidad. Somos el ogro y el duende que aparecían en los cuentos de las niñeras. Están alhelados de miedo.

—¿Y usted? —preguntó Flanders.

—Yo también volvería a la vieja Tierra, pero he perdido el trompo. No sé dónde lo perdí, pero...

—No lo necesita. Eso era sólo para novicios. Sólo es preciso el deseo de pasar al otro mundo. Una vez que se ha hecho la prueba es muy fácil.

—¿Y si necesito ponerme en contacto con ustedes?

—Busque a Eb —dijo Flanders—. Eb es la persona indicada.

—¿Enviarán ustedes a Asa y a los otros?

—Lo haremos.

Vickers se levantó y le tendió la mano. El anciano observó:

—No hace falta que se vaya enseguida. Siéntese y tome otra taza de café.

Vickers meneó la cabeza:

—Me siento impaciente por poner manos a la obra.

—Los robots pueden alinearlos con Nueva York sin intervalos de tiempo —sugirió Flanders—. Desde allí podría regresar a la tierra.

—Necesito tiempo para pensar —repuso Vickers—. Tengo que planear algunas cosas... o presentirlas, si lo prefiere. Prefiero partir de aquí mismo antes de ir a Nueva York.

—Compre un automóvil —le aconsejó Flanders—. Ezequiel le ha dado efectivo suficiente como para que lo compre y le quede

dinero. Si necesita más Eb se lo proporcionará. No sería prudente viajar de otro modo. Han instalado trampas para los mutantes. Lo observan todo.

—Seré prudente —prometió Vickers.

CAPÍTULO 43

El cuarto estaba polvoriento y lleno de telarañas; la falta de muebles lo hacía parecer mucho más grande de lo que en realidad era. El papel se estaba desprendiendo de las paredes; entre las molduras del cielorraso corrían las grietas del yeso como quebradas cadenas de relámpagos, descendiendo hasta el zócalo.

Pero era evidente que en otros tiempos ese papel había sido alegre y colorido; mil florecillas circundaban la imagen de una pastora de Dresden rodeada por sus ovejas lanudas. Y bajo la película de polvo que cubría la madera tallada quedaría algo de la cera antigua, lista para volver a brillar cuando la rescataran del olvido.

Vickers se volvió lentamente en el centro de la habitación; puertas y ventanas ocupaban el mismo sitio que en el otro cuarto, aquél donde acababa de terminar su desayuno. Pero en éste la puerta de la cocina permanecía abierta y las ventanas tenían los postigos cerrados.

Dio uno o dos pasos; sus pies dejaban huellas en el polvo. Y las huellas comenzaban precisamente en el centro del cuarto; no había otras que llevaran hasta allí.

Echó una mirada a su alrededor y trató de reconstruir la antigua imagen de esa habitación, no como era treinta segundos antes, sino como la había conocido veinte años atrás. Pero tal vez todo eso no era más que una fantasía condicionada. ¿Había estado alguna vez en ese cuarto? ¿Era real la existencia de Kathleen Preston?

Algo era seguro: cierta familia Vickers, una pobre familia de granjeros, había vivido a poca distancia de allí. Una mujer valiente que llevaba vestidos raídos y un jersey gastado; un hombre de pantalones desteñidos y camisa demasiado grande, que solía

sentarse a leer bajo la luz escasa y amarillenta de la lámpara de petróleo, los pocos libros que atesoraba en un estante de su dormitorio; un niño atropellado, con demasiada imaginación, que cierta vez había ido al país de las hadas. Una mascarada, una dolorosa mascarada dispuesta para espiar a los enemigos. Pero tal era el trabajo asignado y lo habían cumplido bien, mientras veían crecer al niño, adivinando que no era un retroceso en la escala de la humanidad, sino uno de ellos.

En esos momentos aguardaban los dos (tras haber representado el papel de granjeros solitarios durante los años febriles, reducidos a un puesto vulgar e inadecuado para ellos) el día en que podrían tomar el puesto que les era debido en la sociedad a la que renunciaran, para cumplir tareas de avanzada en nombre de la gran casa de ladrillos que se erguía altivamente en la colina.

No podía volverles la espalda; tampoco había necesidad de hacerlo... pues no tenía alternativas.

Cruzó el comedor y el vestíbulo que conducía a la puerta de entrada, dejando tras de sí un rastro de huellas sobre el polvo. Más allá de la puerta no había nada, y él lo sabía bien: ni Ann, ni Kathleen, ni hogar para él. Sólo el filo helado del deber en una existencia que él no había escogido.

En tanto avanzaba a través del país en su automóvil tuvo sus momentos de vacilación. Allí estaban todas las cosas buenas, ofreciéndose a la vista, al oído y al olfato: las pequeñas aldeas soñolientas en lo hondo del verano, de avenidas sombreadas por árboles; el primer rojizo de las manzanas estivales tempraneras que asomaban en los huertos; el bamboleo amistoso de los grandes camiones a lo largo de la ruta; la sonrisa de la camarera cuando uno se detenía en un comedor, al costado del camino, para tomar un café.

No, en todo aquello no había error alguno: ni en las aldeas, ni en los camiones, ni en las muchachas sonrientes. El mundo del hombre era un sitio fructífero y grato, un buen lugar para vivir. En esos momentos el plan de los mutantes se le presentaba como una pesadilla arrebatada a los suplementos dominicales espeluznantes. Vickers se planteaba entonces la posibilidad de abandonar el coche a un costado del camino para perderse en la buena vida que se ofrecía por todas partes. Sin duda habría un puesto para él entre los

trigales, entre las pequeñas aldeas prendidas a las rutas laterales, un sitio donde hallar paz y seguridad.

Pero de inmediato comprendía, a desgana, que no ansiaba esas cosas por sí mismas, sino como refugio contra aquello que se percibía en el aire. Abandonar el coche y ocultarse habría sido una reacción similar a la de los fingidores que huían emocionalmente hacia otra época, otro lugar. Era la necesidad de escapar lo que le inducía a desear la calma de aquellos maizales.

Pero ni siquiera allí, en el corazón agrícola del continente, se podía contar con una verdadera paz. Había bienestar material y, a veces, un poco de seguridad irreflexiva... siempre que uno dejara de leer los diarios, de escuchar la radio y de hablar con los demás, pues las señales del peligro se esparcían por doquier sobre la tierra soleada, en cada umbral, en cada hogar, en cada esquina.

Pero él leía los periódicos y las noticias eran malas; escuchaba la radio y los comentaristas hablaban de una nueva crisis, más grave que las anteriores. Y la gente, en el vestíbulo de los hoteles en donde se hospedaba por las noches, meneaba la cabeza con honda preocupación.

—Lo que no entiendo —decían— es que las cosas puedan cambiar tan de prisa. Hace una o dos semanas parecía que Oriente y Occidente se unirían contra el problema de los mutantes. Al menos tenían algo contra qué luchar lado a lado en vez de pelear entre sí. Pero ahora han vuelto a las andadas y peor que antes.

—¿Quiere saber mi opinión? —decían—. Para mí son los comunistas los que inventaron todo eso de los mutantes. Recuerde lo que le digo: ellos están detrás de todo esto.

—¡Pero si parece imposible! —decían—. Ahora estamos aquí, bien lejos de la guerra y en paz, y mañana...

Y mañana, mañana, mañana.

—Si por mí fuera —decían—, me pondría al habla con esos mutantes. Ellos tienen algo escondido en la manga y son capaces de mandar al infierno a los comunistas.

—Es como dije hace cuarenta años —decían—: Hicimos mal en desmovilizarnos cuando acabó la Segunda Guerra Mundial. Tendríamos que haber atacado entonces; en uno o dos meses los habríamos borrado del mapa.

—Yo no los aguantaría un minuto. Me haría de unas cuantas

bombas y buenas noches.

Él escuchaba aquellas conversaciones, sin hallar señales de avenencia ni de comprensión. Nadie confiaba en que la guerra pudiera ser evitada. «Si no es ahora», decían, «será dentro de cinco años, o de diez; es mejor acabar ahora mismo. Hay que ser el primero en atacar. En una guerra como ésta no hay más que una oportunidad: ellos o nosotros».

Fue entonces cuando comprendió definitivamente que aun allí, en el centro del país, en las granjas y las pequeñas aldeas, en los comedores de la carretera, aún allí hervía el odio. Y eso constituía una muestra de la cultura edificada sobre la tierra: una cultura basada en el odio, en un orgullo terrible, en la desconfianza hacia todos los que hablaban otro idioma, usaban otra ropa o comían platos distintos.

Era una civilización mecánica desviada, de máquinas ruidosas; un mundo tecnológico capaz de proporcionar comodidades materiales, pero no justicia humana ni seguridad. Era una civilización que trabajaba los metales y ahondaba en el átomo, que dominaba los elementos químicos y construía artefactos peligrosos y complicados. Se había concentrado sobre el aspecto más técnico, ignorando la parte sociológica, para que cualquiera pudiese oprimir un botón a fin de destruir una ciudad lejana, sin saber, sin siquiera pensar en la vida, las costumbres, los hábitos, los pensamientos y las creencias de sus víctimas.

Bajo aquella pulcra superficie se oía el estruendo de las máquinas en advertencia: las palancas, las ruedas dentadas las cintas de transmisión y los generadores, al obrar sin el estímulo de la comprensión humana, eran otros tantos postes indicadores que marcaban el camino hacia el desastre.

Vickers conducía, se detenía a comer y seguía conduciendo el coche. Comía, descansaba y reanudaba el viaje. Mientras tanto observaba los campos de maíz y las manzanas de los huertos, escuchaba el canto de las trilladoras, olía el trébol, levantaba los ojos hacia el cielo. Sabía entonces que Flanders estaba en lo cierto: para sobrevivir el hombre debía cambiar, y la mutación sobreviviente debía ganar la batalla antes de que estallara la tormenta del odio.

Pero las columnas de los periódicos no se llenaban sólo con las

noticias de la guerra inminente; tampoco los frenéticos microprogramas de los comentaristas. Aún estaba presente la amenaza de los mutantes, el odio hacia ellos, las constantes exhortaciones al pueblo para que los vigilara.

Abundaban los linchamientos y los incendios de negocios de chismes.

Y algo más: un rumor se extendía por todo el país. Se hablaba de eso en los puestos de diarios, en las rutas polvorientas y en los sombríos rincones nocturnos de las grandes ciudades. Ese rumor afirmaba la existencia de otro mundo, un mundo nuevo donde se podía recomenzar la existencia, donde era posible escapar a las fallas acumuladas durante milenios en la tierra.

Al principio la prensa lo comentó con reseñas; después publicó artículos muy cautelosos con discretos encabezamientos. Los comentaristas de noticias mostraron idénticas reservas. Pero aquello no tardó en desatarse. En pocos días las noticias del otro mundo competían con la guerra inminente y el odio hacia los mutantes; hablaban de personas extrañas e idealistas que decían saber de alguien (siempre otro alguien) proveniente de allá.

El mundo estaba en la punta de un alfiler, tenso como el súbito y estridente campanilleo del teléfono en el silencio de la noche.

CAPÍTULO 44

Cliffwood, ya en la noche, olía a hogar, a casa propia. Mientras conducía el automóvil por sus calles, Vickers sintió un nudo en la garganta ante su pérdida: allí había querido instalarse para escribir, para volcar en el papel, de año en año, los pensamientos que brotaban de su interior.

Allí estaba su casa, el moblaje, el original de su nuevo libro; allí estaba el tosco estante con su carga de volúmenes. Pero ya no era su hogar y no podía volver a serlo. Y eso no era todo: la Tierra, la tierra original del hombre, la Tierra con T mayúscula, tampoco era ya su hogar ni podría volver a serlo.

En primer lugar debía visitar a Eb. Después volvería a su casa para recoger los originales. Podía entregárselo a Ann; ella se lo guardaría. Pero no, era mejor buscar otro escondrijo, pues no quería ver a Ann. Esa no era la verdad exacta; quería verla, pero no debía hacerlo, pues entre ellos se interponía la certidumbre casi total de que ambos eran parte de una sola vida.

Detuvo el coche frente a la casa de Eb, contemplándola desde su asiento. Era extraño que la vivienda y el patio estuvieran tan limpios, pues Eb vivía solo allí. Se demoraría tan sólo un momento con él, para informarle de lo que había ocurrido y lo que estaba sucediendo; combinaría la forma de mantenerse en contacto y se enteraría de las noticias importantes, si las había.

Cerró la portezuela y cruzó la acera para abrir el cerrojo del portón que conducía al patio. La luna al asomar por entre los árboles, inundó de luz el camino. Mientras se acercaba al porche notó por primera vez que la casa estaba a oscuras. En sus escasas visitas, casi siempre para jugar al póquer, había descubierto que Eb no tenía timbre. Llamó a la puerta golpeando con los nudillos. No

hubo respuesta. Tras una pausa volvió a golpear y bajó al sendero. Tal vez Eb, estuviera todavía en el taller, ocupado en alguna reparación de urgencia; o en la taberna, tomando una copa con los amigos.

Había decidido esperarlo en el coche, pensando que no era prudente bajar a la zona comercial, donde podían reconocerlo, cuando una voz preguntó:

—¿Busca a Eb?

Vickers se volvió. Era el vecino más próximo, de pie junto a la cerca.

—Sí —dijo Vickers, mientras se esforzaba por recordar quién vivía allí, por si era alguien capaz de reconocerlo—. Soy un viejo amigo suyo. Pasaba por aquí y se me ocurrió saludarlo.

El hombre pasó por una abertura del cerco y se acercó pisando el césped.

—¿Eran muy amigos? —preguntó.

—No mucho —respondió Vickers—. Hace diez o quince años que no le veo, pero somos amigos desde niños.

—Eb ha muerto.

—¡Muerto!

El vecino escupió, explicando:

—Era uno de esos malditos mutantes.

—¡No! —protestó Vickers—. ¡No me diga!

—De veras. Teníamos otro por acá, pero huyó. Siempre sospechamos que Eb le avisó a tiempo.

Ante el odio y la amargura que destilaban las palabras del vecino Vickers experimentó verdadero terror. La turba había matado a Eb; también a él lo matarían, si supieran que había regresado a la ciudad. Y no tardarían en saberlo, pues el vecino lo reconocería en cualquier momento. Vickers acababa de individualizarlo: era el robusto carnicero del único mercado de la ciudad. Se llamaba... Pero eso no tenía importancia.

—Me parece conocerlo a usted de alguna parte —dijo el vecino.

—Debe estar confundido. Es la primera vez que vengo al este.

—Pero su voz...

Vickers golpeó con todas sus fuerzas, desde abajo hacia arriba, girando el cuerpo para acompañar el golpe con todo su peso. Su puño dio contra la cara de aquel hombre; hubo un latigazo de carne

contra carne y hueso contra hueso. El vecino cayó.

Sin pérdida de tiempo, Vickers giró sobre sus talones y corrió en dirección al portón. Al entrar al coche estuvo a punto de arrancar la portezuela; pulsó bruscamente el arranque y pisó el acelerador; el coche brincó hacia adelante, esparciendo sobre los arbustos el pedregullo arrojado por las ruedas despavoridas.

Sentía el brazo entumecido por la fuerza del golpe; al extender la mano frente al tablero iluminado notó que tenía los nudillos lacerados y chorreando sangre. Llevaba una ventaja de pocos minutos. El vecino tardaría un poco en reaccionar, pero en cuanto estuviera en pie correría a un teléfono. Entonces comenzaría la caza: los gritos en la noche, las ruedas gimientes, los disparos, la cuerda y el rifle.

Tenía que huir y estaba librado a sus propios recursos. Eb había muerto, sin duda atacado por sorpresa, sin oportunidad de huir hacia la otra tierra. Lo habrían matado de un tiro, ahorcado, destrozado a golpes tal vez. Y era su único vínculo. Sólo quedaban él y Ann, ni siquiera sabía su verdadera condición.

Tomó la carretera principal y se lanzó hacia el valle con el acelerador a fondo. A diez millas de allí había una vieja ruta abandonada donde podría ocultar el coche hasta que pudiera retroceder. Aunque tal vez no fuera prudente hacerlo.

Quizá lo mejor fuera ir a las colinas y ocultarse hasta que cesara el entusiasmo de la cacería. No, en aquella situación nada era lo bastante seguro. Y no podía perder un instante. Tendría que ponerse en contacto con Crawford y sacarlo de en medio como fuera posible. Y no podía contar con ayuda de ninguna especie.

Allí estaba la ruta abandonada, a mitad del camino hacia una colina larga y empinada. Giró el volante y el coche avanzó a tumbos por ella; treinta metros más allá bajó del vehículo y regresó a la ruta. Ya oculto tras unos árboles contemplo el veloz paso de muchos automóviles; no había modo de saber si iban en su persecución.

En ése momento un camión viejo y desvencijado trepó lentamente por la colina, con el motor aullando bajo el esfuerzo. Vickers tuvo una súbita idea.

El camión pasó a su lado y prosiguió la marcha. Estaba cerrado por detrás sólo con un alto portón de cola. Vickers corrió detrás de él, se puso a la par y saltó. Sus dedos se aferraron al portón de cola;

logró izarse hasta el borde y descolgarse sobre las cajas apiladas que llenaban el vehículo. Allí permaneció, oculto, con la vista fija en la ruta que se extendía hacia atrás. «Soy como un animal perseguido», pensó, «y perseguido por mis amigos de otros tiempos».

A unos quince kilómetros de allí alguien hizo detener al camión; una voz preguntó:

—¿Han visto a alguien por la ruta? ¿A pie?

—¡Diablos, no! —respondió el camionero—. No he visto un alma.

—Buscamos a un mutante. Debe haber escondido su auto.

—Creía que ya los habíamos liquidado —comentó el camionero.

—Todavía quedan. Tal vez se haya refugiado en las colinas. En ese caso lo atraparemos.

Otra voz agregó:

—Tendrá usted que volver a detenerse. Hemos avisado por teléfono y han bloqueado la ruta hacia arriba y hacia abajo.

—Pues me fijaré bien.

—¿Tiene usted revólver?

—No.

—Bueno, de cualquier modo preste atención a lo que vea.

Al reiniciarse la marcha, Vickers pudo ver a los dos hombres de pie junto a la ruta. La luna centelleaba sobre los fusiles.

Con mucha prudencia se dedicó al trabajo de mover algunas cajas para armar un escondrijo. Más tarde comprendió que era un esfuerzo vano: aunque detuvieron otras tres veces el camión, se limitaron a pasear rápidamente la luz de una linterna por el interior del vehículo, como si en el fondo supieran que no era tan fácil hallar a los mutantes; tal vez se sentían agradecidos de que aquél hubiera desaparecido ya, como tantos de sus predecesores.

Pero Vickers no podía permitirse aquel tipo de huida. Tenía una misión que cumplir en esa Tierra.

CAPÍTULO 45

No ignoraba lo que encontraría en el negocio, pero de todos modos fue hasta allí, pues era el único sitio en donde tal vez encontraría un contacto. El enorme escaparate estaba roto y de la casa en exhibición no quedaban sino astillas, como si sobre ella hubiera pasado un ciclón. La turba había hecho lo suyo.

Vickers se detuvo ante el vidrio roto y contempló las ruinas de la casa, mientras recordaba el día en que él y Ann habían entrado al local, camino hacia la estación del ómnibus. Por entonces la casa tenía como veleta un pato en vuelo y en el patio un reloj de sol; junto a la cochera había también un automóvil. Este había desaparecido definitivamente. Probablemente lo habían arrastrado hasta la calle para destruirlo, tal como lo hicieran con el suyo en aquella pequeña ciudad de Illinois.

Se alejó del escaparate y descendió lentamente por la calle. Había sido una tontería llegar hasta el local, pero era su única oportunidad, aunque muy vaga, como lo eran siempre sus posibilidades. Giró en la esquina. Allí, en una plaza polvorienta, del otro lado de la calle, se había reunido una nutrida multitud. Todos parecían escuchar a alguien que les hablaba, de pie sobre un banco. Vickers cruzó perezosamente la calle y se detuvo frente a la multitud.

El orador se había quitado la chaqueta; tenía las mangas enrolladas y la corbata floja. Hablaba en un tono casi coloquial, aunque sus palabras llegaban claramente hasta Vickers.

—Cuando caigan las bombas —decía— ¿qué ocurrirá? Nos dicen que no debemos tener miedo, que sigamos trabajando sin miedo. Eso es lo que nos dicen, pero ¿qué harán cuando caigan las bombas?, ¿cómo van a ayudarnos?

Hizo una pausa. La multitud, tensa, guardaba un horrible silencio. Se podía sentir el modo en que todos apretaban las mandíbulas, la opresión de todos los corazones, la sangre que se detenía en las venas. Se podía percibir el miedo.

—No nos ayudarán —continuó el orador, lenta y deliberadamente—. No nos ayudarán, porque estaremos más allá de toda ayuda. Estaremos muertos, amigos míos. Muertos de a miles, de a millones. Asesinados por el sol que arderá sobre la ciudad. Muertos, convertidos en nada, en átomos inquietos. Todos moriremos...

Desde muy lejos llegó el ulular de las sirenas; la multitud se agitó intranquila, casi con irritación.

—Cada uno de ustedes morirá. Pero no hay por qué morir, pues hay otro mundo que nos espera. La llave para entrar a él es la pobreza. La pobreza es el pasaporte con el cual se llega. Ustedes sólo necesitan renunciar a sus empleos y dar cuanto tienen, arrojar a la calle todas sus propiedades. Sólo se puede ir con las manos vacías.

Las sirenas estaban más próximas. La multitud se agitaba y murmuraba como un gran animal al despertarse. Las voces volaron por la plaza como un súbito susurro de hojas ante el viento que presagia las tormentas.

El orador alzó nuevamente la mano; inmediatamente se hizo el silencio.

—Amigos míos —dijo—, ¿por qué no prestan atención? Los pobres son los primeros. Los pobres y desesperados, aquellos para quienes este mundo de nada sirve. Sólo se puede ir en completa pobreza, sin posesiones, con las manos vacías.

»En ese otro mundo no hay bombas. Siempre hay un nuevo comienzo. Es un mundo totalmente nuevo, casi exactamente como éste, con árboles, hierba y tierra fértil, con ciervos en las colinas y peces en los ríos. El sitio con que todos soñamos. Allí hay paz.

Las sirenas se multiplicaban y estaban mucho más cerca. Vickers se apartó de la acera y cruzó la calle corriendo. Un patrullero tomó la curva de la esquina; las ruedas patinaron, chirriantes, para enderezar el rumbo; la sirena era un gemido agónico.

—¿Qué dijo usted?

Ya casi en el arcén de la acera, Vickers tropezó y cayó

despatarrado. El instinto le hizo erguirse en cuatro patas. Echó una mirada de soslayo al patrullero: estaba casi sobre él, no podría levantarse a tiempo.

Una mano surgió de la nada, lo tomó del brazo y tiró de él. Se sintió impulsado hacia la acera como por una catapulta. Otro patrullero giró en la esquina, patinando y chirriando, casi como si el primero hiciera una nueva entrada. La multitud corría desesperadamente en todas direcciones. La mano que había salvado a Vickers lo sostuvo por el brazo, ayudándole a erguirse. El escritor vio entonces a aquel personaje por primera vez; era un hombre vestido con un jersey raído; una vieja herida de cuchillo le cruzaba la mejilla.

—Pronto —dijo el hombre.

La herida se le retorció al hablar; sus dientes brillaron en el rostro sombreado por las patillas. Condujo a Vickers hacia un angosto callejón abierto entre dos edificios. Vickers se agachó, encogiendo los hombros, para ocultarse entre las paredes de ladrillo. El hombre jadeaba a sus espaldas.

—A su derecha —indicó—. Ahí está la puerta.

Vickers hizo girar la manija; la puerta se abrió, revelando un vestíbulo a oscuras. Su compañero entró con él y cerró la puerta. Ambos permanecieron jadeantes en la oscuridad, donde la respiración de los dos palpitaba como un corazón errático.

—Nos salvamos por un pelo —dijo—. Esos policías se están poniendo duros. En cuanto uno empieza un discurso ya...

No acabó la frase. Extendió la mano y tocó a Vickers en el brazo.

—Sígame —dijo—. Cuidado: hay escaleras.

Vickers le siguió a tientas por los peldaños crujientes; el mohoso olor a sótano se tornaba más fuerte con cada escalón que descendían. Al llegar al último su guía apartó una frazada que pendía de algún lado y ambos entraron a un cuarto mal iluminado, con un piano viejo y ruinoso en un rincón y una pila de cajas en otro. En el centro había una mesa en torno a la cual aguardaban cuatro hombres y dos mujeres.

—Oímos las sirenas —dijo uno de los hombres.

—Charley iba muy bien —comentó el de la herida—. La multitud ya tenía ganas de empezar a gritar.

—¿A quién has traído, George? —preguntó otro.

—Huía corriendo y un patrullero estuvo a punto de atropellarlo.

Todos miraron a Vickers con interés.

—¿Cómo se llama usted, amigo? —preguntó George.

Vickers respondió. Alguien preguntó, vacilando:

—¿Es de confianza?

—Estaba allí —respondió George—. Venía huyendo.

—¿Pero es prudente...?

—Es de confianza —dijo George.

Sin embargo Vickers notó que lo afirmaba con demasiada vehemencia, casi con tozudez, como si comprendiera haber cometido un error al llegar con un extraño.

—Tome algo —ofreció uno de los hombres, alcanzando a Vickers una botella por sobre la mesa.

Vickers tomó asiento y aceptó la botella. Una de las mujeres, la más bonita, le dijo:

—Yo soy Sally.

—Encantado de conocerla, Sally.

Miró a cada uno de los otros, pero no los encontró muy dispuestos a presentarse. Alzó la botella para beber; era alcohol barato y se sintió algo sofocado.

—¿Es usted activista? —preguntó Sally.

—¿Cómo dice?

—Pregunto si es activista o purista.

—Es activista —respondió George—. Estaba con todos los demás.

Vickers notó que George transpiraba un poco, temeroso de haber cometido un error.

—Pues no tiene el menor aspecto de serlo —dijo otro de los hombres.

—Es como yo —comentó Sally—. Activista por principios, pero purista por preferencias. ¿Verdad?

—Así es —asintió Vickers—. Creo que está en lo cierto.

Y tomó otro sorbo.

—¿Qué período tiene? —preguntó Sally.

—¿Periodo? ¡Ah, sí, el periodo!

Y recordó la cara pálida y tensa de la señora Leslie pidiéndole consejo sobre algún periodo interesante.

—Carlos II —respondió.

—Ha tardado mucho en responder —observó uno de los hombres, suspicaz.

—Es que tuve varios —explicó Vickers—. A modo de pasatiempo, nada más. Tardé bastante en hallar el que me gustaba.

—Pero se decidió por Carlos II —dijo Sally.

—Así es.

—El mío es el azteca.

—Pero los aztecas...

—Ya lo sé —interrumpió ella—. No es juego limpio ¿verdad? Reconozco que no se sabe gran cosa sobre ellos. Pero así puedo ir inventando. Es mucho más divertido.

—Todo eso es una tontería —observó George—. Cuando no había otra cosa que hacer estaba muy bien eso de andar escribiendo diarios como si uno fuera otra persona; pero ahora tenemos una misión más importante.

—George tiene razón —asintió la otra mujer.

—Son ustedes los activistas quienes están equivocados —retrucó Sally—. En los clubes de ficción el elemento básico es la capacidad de proyectarse fuera del tiempo y del espacio en que vivimos hacia otra época.

—Bueno, oiga —exclamó George—, yo...

—De acuerdo, de acuerdo —prosiguió Sally—; tenemos que trabajar por ese otro mundo. Es precisamente la oportunidad que todos queríamos. Pero eso no significa que debemos abandonar ...

—Basta —dijo uno de los hombres, el grandote que ocupaba la cabecera de la mesa—. Acabemos con tanta cháchara. No estamos aquí para eso.

Sally se volvió hacia Vickers para explicarle:

—Esta noche tenemos reunión. ¿Le gustaría asistir?

El escritor vaciló. Todos tenían la vista fija en él.

—Por supuesto —dijo—. Será un placer.

Tomó la botella y se echó otro sorbo. Después la pasó a George.

—Por un tiempo no nos moveremos —dijo George—, al menos hasta que la policía esté más tranquila.

Tomó un sorbo y pasó la botella.

CAPÍTULO 46

Cuando Vickers y Sally llegaron la reunión recién comenzaba.

—¿Estará George allí? —preguntó el escritor.

Sally soltó una risita.

—¡George!

—Sí, supongo que no es de ese tipo —reconoció Vickers.

—George es un exaltado —dijo Sally—, un revolucionario. Nació para organizador. No me explico cómo se salvó de ser comunista.

—¿Y usted? ¿La gente como usted?

—Somos los propagandistas —explicó ella—. Vamos a las reuniones, hablamos con la gente y tratamos de interesarla. Hacemos el trabajo de misioneros y conseguimos conversos que salgan a predicar. Después los ponemos en manos de personas como George.

La solterona que ocupaba la cabecera golpeó la mesa con el cortapapeles que utilizaba como martillo.

—Por favor —pidió con voz resentida—, por favor, señores. Que haya orden en la reunión.

Vickers acercó una silla para Sally y tomó asiento a su vez. Los otros asistentes se iban aquietando. Aquella habitación, según pudo observar, era en realidad dos ambientes: el comedor y la sala; al abrir por completo la puerta cristalera que las separaba se convertían en un solo cuarto.

Todo revelaba a la clase media superior: detalles lo bastante ostentosos como para no entrar en la vulgaridad, pero sin la grandiosidad y el buen gusto de los verdaderos ricos. En las paredes se veían cuadros auténticos y había un hogar provenzal; el mobiliaje era de estilo, sin lugar a dudas, aunque Vickers no pudo determinar de cuál.

Paseó la mirada por entre quienes lo rodeaban, en un intento de identificarlos. Allá, un ejecutivo, probablemente de alguna fábrica importante. Ese otro de pelo largo podía ser pintor o escritor, aunque fracasado. Y la mujer de pelo gris acerado y piel tostada por el sol podía ser miembro de algún club de equitación.

Pero todo eso no importaba. Allí se trataba de un departamento perteneciente a la clase media superior, con portero uniformado; en la otra punta de la ciudad habría un reunión similar en un inquilinato que jamás sabría de porteros. En las aldehuelas y en las ciudades menores las habría también, en casas de familia, tal vez la del banquero o la de peluquero. En cada uno de los casos alguien golpearía sobre la mesa y pediría orden, por favor. Y en casi todas las reuniones habría alguien como Sally, aguardando la oportunidad de hablar con los otros miembros para lograr conversos.

La solterona decía.

—La señorita Stanhope será hoy la primera en habla.

Y volvió a sentarse, satisfecha; al fin los había puesto en orden y la reunión estaba en marcha. Se levantó entonces la señorita Stanhope. Vickers reconoció en ella la personificación de la mujer frustrada en cuerpo y alma. Tendría unos cuarenta años; debía carecer de pareja y tendría un trabajo por medio del cual lograría, dentro de unos quince años, la independencia económica. Pero huía de algún espectro, buscando un santuario bajo el manto de otra personalidad obtenida del pasado.

Hablaba con voz clara y potente, pero tenía cierta tendencia a sonreír con afectación y leía con la barbilla alzada, como los estudiantes de oratoria; eso daba a su cuello un aspecto más descarnado aún.

—Cómo ustedes recordarán —comenzó—, mi periodo es el de la Guerra Civil Norteamericana, con sede en el sur.

Y leyó:

—*Trece de octubre de 1862. —La señora Hampton envió hoy su carruaje a buscarme, conducido por el viejo Ned; es uno de los pocos sirvientes que aún le quedan pues casi todos han huido, dejándola prácticamente sin servicio; ésta es una situación en la que muchos de nosotros nos encontramos...*

«Huir», pensó Vickers, «huir hacia una época de crinolinas y caballería, a una guerra ya depurada por el tiempo de su mugre, su

sangre y sus desesperación, para que sus pobres participantes, hombres o mujeres, quedaran convertidos en figuras de nostalgia puramente romántica».

La señorita Stanhope seguía leyendo.

—... *Isabella estaba allí. Me alegró verla, pues han pasado años desde que nos encontramos aquella vez en Alabama...*

Huir, por supuesto. Sin embargo, esa fuga se tornaba ahora en un instrumento adecuado para predicar el evangelio del otro mundo, aquel pacífico segundo planeta que seguía a la Tierra agotada y sangrienta. Tres semanas, habían bastado tres semanas para que se organizaran; estaban los George que gritaban, corrían y a veces encontraban la muerte, y las Sally que realizaban el trabajo subterráneo.

Y sin embargo, a pesar de la promesa ofrecida por el otro mundo, seguían aferrados al aroma de magnolias que venía desde la antigüedad. Era la señal de la desesperación y de las dudas, que les impedían renunciar al sueño por mero temor a que la actualidad, si alargaban la mano para cogerla, se les disolviera entre sus dedos.

La señorita Stanhope decía:

—... *Permanecí durante una hora junto a la cama de la anciana señora Hampton, leyéndole «Feria de Vanidades», libro que despierta sus preferencias; lo ha leído por sí misma y se lo ha hecho leer desde que está invalida más veces de las que puede recordar.*

Pero aunque algunos siguieran aferrados al viejo sueño perfumado, había otros, George entre ellos: los «activistas» que luchaban por la promesa presentida en la segunda Tierra. Cada día eran más y más los que reconocían la promesa y salían a trabajar por ella. Predicarían la noticia, huirían ante la policía al sonar las sirenas, se ocultarían en sótanos oscuros para volver a la calle cuando todo estuviera tranquilo.

«El mundo está a salvo», pensó Vickers. Estaba en manos que lo cuidarían con cariño, que no podían sino cuidarlo con cariño.

La señorita Stanhope seguía leyendo, mientras la solterona sentada a la cabecera asentía con la cabeza, tal vez algo soñolienta, pero con el cortapapeles firmemente sujeto entre los dedos. Los otros escuchaban también, algunos por mera cortesía, pero otros con verdadero interés. Terminada la lectura harían preguntas sobre aspectos de la investigación, presentarían sugerencias para mejorar

el diario e indicarían puntos a aclarar; después felicitarían a la señorita Stanhope por la excelencia de su trabajo, y finalmente alguien se pondría de pie para leer sus notas sobre la vida en otro tiempo y en otro lugar, y todo se repetiría.

Vickers percibió entonces la futilidad de aquella comedia triste y desolada. El cuarto parecía llenarse con el aroma de las magnolias y las rosas, el perfume destilado por muchos años polvorientos.

Cuando la señorita Stanhope hubo terminado, mientras el cuarto hervía de preguntas y respuestas, se levantó silenciosamente y salió a la calle. Brillaban las estrellas. Y eso le trajo algo a la memoria.

Al día siguiente visitaría a Ann Carter.

Y eso era incorrecto, lo sabía. No estaba bien visitar a Ann Carter.

CAPÍTULO 47

Tocó el timbre y aguardó. Al oír el ruido de sus pasos que se acercaban a la puerta comprendió que debía volverse y escapar. No tenía derecho a estar allí; debió hacer en primer término lo más importante; no había motivos para ir a verla, pues el sueño de Ann estaba tan muerto como el sueño de Kathleen.

Pero se había visto obligado, literalmente obligado a visitarla. Por dos veces se había alejado ante la puerta del edificio; por dos veces tuvo que volver; por dos veces volvió a marcharse. Esta vez se quedaría; no podía retroceder. Y allí estaba, ante su puerta, escuchando el rumor de sus pasos que se acercaban a él.

¿Y qué podía decirle cuando la puerta se abriera? ¿Qué haría en ese momento? ¿Entrar como si nada hubiera ocurrido, como si ambos fueran los mismos que eran en ocasión del último encuentro? ¿Decirle que ella era mutante? Peor aún ¿revelarle su condición de humanoide, de mujer fabricada?

La puerta se abrió. Allí estaba Ann, y era una mujer, una mujer tan adorable como la de sus recuerdos. Ella extendió una mano para atraerlo hacia adentro, cerró la puerta y se apoyó de espaldas contra ella.

—Jay —dijo—, Jay Vickers.

Él trató de hablar, pero le fue imposible. Se limitó a mirarla intensamente mientras pensaba: «No es cierto. Es mentira. No puede ser cierto».

—¿Qué ha pasado, Jay? Dijiste que me llamarías.

Vickers extendió los brazos, aunque luchaba por no hacerlo. En un movimiento veloz y casi desesperado Ann se refugió en ellos. Fue como si los dos hallaran finalmente consuelo a una angustia que los dos habían sufrido creyendo que el otro la ignoraba.

—Al principio me pareció que estabas un poco chiflado —dijo ella—. Al pensar en las cosas que dijiste por teléfono desde esa ciudad de Wisconsin me sentía segura de que te pasaba algo raro, que estabas mal de la azotea. Después empecé a pensar en ciertas cosas, cosas extrañas que a veces hacías, decías o escribías y...

—Tranquilízate, Ann. No hace falta que me digas nada.

—Jay, ¿nunca te preguntaste si eras del todo humano? ¿Si no había algo en ti que no fuera normal, no humano?

—Si —respondió él—, a veces me lo he preguntado.

—Estoy segura de que no lo eres. Y me parece bien. Porque yo tampoco soy humana.

Él la estrechó con más fuerza. Al sentirla entre sus brazos comprendía finalmente que eran dos, dos almas perdidas y desamparadas en un mar de humanidad, dos seres iguales que se aferraban el uno a la otra. Aunque no existiera el amor entre ellos debían seguir siendo un solo ser contra el mundo.

El teléfono empezó a zumbir desde el extremo de la mesa. Ellos parecieron no oírlo.

—Te amo, Ann.

Y una parte de su cerebro, que no era parte de él, sino un observador frío e impersonal, le recordó que era imposible, inmoral, absurdo amar a quien podía ser más íntima que una hermana, cuya vida había sido en otros tiempos parte de la suya y que volvería a volcarse en una sola personalidad. Ann repuso, con voz vaga y distante:

—Recordé... Aún no lo sé del todo. Tal vez puedas ayudarme.

—¿Qué recordaste, Ann? —preguntó él, con ansiedad.

—Cierta paseo que hice en compañía de alguien. He tratado de recordar su nombre, pero no puedo, aunque a pesar de los años transcurridos lo reconocería si lo viera. Salimos de una casa grande situada sobre una colina y bajamos a un valle; era primavera, puesto que los manzanos silvestres estaban en flor y los pájaros cantaban. Y lo más extraño es que estoy segura de no haber estado nunca allí, y. Sin embargo recuerdo ese paseo. ¿Cómo se puede recordar algo que no se ha vivido, Jay?

—No lo sé —dijo Vickers—. Puede ser la imaginación. Algo que leíste.

Pero aquello representaba la confirmación de sus sospechas.

Según Flanders eran tres los androides que compartían una misma vida. Los tres debían ser él, Flanders y Ann Carter. Ella también recordaba aquel paseo por el valle encantado, pero mientras Vickers, siendo hombre, creía haber sido acompañado por una mujer llamada Kathleen Preston, Ann, como mujer, recordaba la compañía de un hombre cuyo nombre había olvidado. En el caso de que lo recordara no sería el correcto, tal como a él mismo le ocurría: si había dado ese paseo con una mujer, ésta no se llamaba Kathleen Preston.

—Y eso no es todo —dijo Ann—. Adivino lo que piensa la gente; yo...

—Ann, por favor.

—Trato de no adivinarlo, ahora que me he dado cuenta. Pero ahora comprendo que lo he hecho de manera más o menos inconsciente durante muchos años. Siempre he anticipado lo que los demás iban a decir, adelantándome, previendo sus objeciones antes de que abrieran la boca; siempre sabía lo que les llamaría la atención. Tal vez a eso deba mi éxito en los negocios, Jay. Puedo penetrar en los pensamientos ajenos. El otro día lo comprobé. En cuanto sospeché que podía hacerlo hice una prueba, para ver si no era pura imaginación. No fue fácil; todavía me cuesta un poco, pero puedo hacerlo. ¡Puedo, Jay!

Él la estrechó contra sí, pensando: «Ann es telépata, uno de los que pueden viajar a las estrellas».

—Jay, ¿qué somos? Dime qué somos.

El teléfono seguía aturdiéndolos.

—Más tarde —respondió él—. No es nada terrible. En cierto sentido es maravilloso. He vuelto porque te amo, Ann. Traté de mantenerme apartado de ti, pero no pude. Porque no es conveniente...

—Sí que los es —le interrumpió ella—. Oh, Jay, es lo más conveniente que pudo ocurrir. Yo rogaba que volvieras. Cuando supe que algo andaba mal temí que no... que no pudieras, que te hubiese ocurrido algo malo. Y rezaba, pero las plegarias estaban mal, porque no estoy acostumbrada a eso y me sentía hipócrita...

El teléfono era un aullido persistente.

Él la soltó. Ann se sentó sobre el sofá-cama

y tomó el receptor. Mientras tanto Vickers contemplaba el cuarto tratando de centrar la vista, la imagen de la muchacha, con sus propios recuerdos.

—Es para ti —dijo ella.

—¿Para mí?

—Sí, el teléfono. ¿Sabía alguien que estarías aquí?

Negó con la cabeza. Mientras se acercaba al teléfono y tomaba el receptor, se preguntó quién sería el que llamaba y por qué motivos lo hacía. De pronto se sintió asustado: sólo podía tratarse de una persona.

—Es el hombre de Neanderthal, Vickers —dijo una voz.

—¿Con garrote y todo?

—Con garrote y todo. Tenemos un asunto que discutir.

—¿En su oficina?

—Encontrará usted un taxi en la puerta. Lo está esperando.

Vickers soltó una risa más rencorosa de lo que pretendía.

—¿Cuánto hace que me viene siguiendo?

—Desde que salió de Chicago —respondió el otro, riendo entre dientes—. Tenemos el país atestado de analizadores.

—¿Averiguan muchas cosas?

—Un poco por aquí, otro por allá.

—¿Sigue teniendo confianza en esa arma secreta?

—Por supuesto, pero...

—Hable. Estamos entre amigos.

—Tendré que dejar esto en sus manos, Vickers. De veras. Pero dese prisa.

Y cortó la comunicación. Vickers bajó el receptor y lo miró fijamente por un momento antes de ponerlo sobre la horquilla.

—Era Crawford —dijo, dirigiéndose a Ann—. Quiere hablar conmigo.

—¿No hay problemas, Jay?

—No hay problemas.

—¿Volverás?

—Volveré.

—¿Sabes bien lo que estás haciendo?

—Ahora sí —respondió Vickers—. Ahora sé lo que hago.

CAPÍTULO 48

Crawford señaló con un ademán la silla que estaba junto a su escritorio. Vickers notó con sorpresa que era la misma en la cual se había sentado hacia sólo pocas semanas, al visitarlo con Ann.

—Me alegra volver a verlo —dijo Crawford—. Es una suerte que podamos entendernos.

—Sus planes deben estar dando buenos resultados —observó Vickers—. Se le ve más afable que la última vez.

—Siempre soy afable. Aunque a veces me sienta preocupado o afligido, suelo ser afable.

—No ha hecho atrapar a Ann Carter.

—No hay razones para hacerlo —respondió el gordo, meneando la cabeza—. Todavía no.

—Pero la tiene bajo observación.

—Todos ustedes están bajo observación. Al menos, los pocos que quedan.

—Podemos venir sin ser vistos cuantas veces se nos ocurra.

—No lo pongo en duda —admitió Crawford—. Pero ¿por qué se quedan por aquí? Si yo fuera mutante no lo haría.

—Es que ustedes están derrotados y lo saben —dijo Vickers, aunque le habría gustado sentir realmente esa confianza.

—Podemos declarar una guerra. Con sólo alzar un dedo comenzarán los disparos.

—No lo harán.

—Ustedes nos están apretando demasiado. Tendremos que hacerlo como última defensa.

—¿Se está refiriendo usted a la idea del otro mundo?

—Exactamente.

Crawford miró fijamente al escritor; sus ojillos claros parecían

asomar entre los rollos de carne.

—¿Qué pretende que hagamos? —preguntó—. ¿Dejar que ustedes nos arrollen sin mover un dedo? Probaron con los chismes y pudimos detenerlos, aunque con métodos bastante violentos, lo admito. Pero ahora han salido con algo nuevo. Como los chismes no servían fabricaron una idea, una religión, una especie de fanatismo barato. Dígame, Vickers: ¿qué nombre dan ustedes a esto?

—Verdad desnuda.

—Sea lo que fuere, es efectivo. Demasiado efectivo. Hará falta una guerra para conjurarlo.

—Supongo que ustedes lo denominan subversión.

—Es subversión —respondió Crawford—. Ya está dando resultados, aunque hace pocos días que comenzó. La gente renuncia al empleo, abandona la casa y regala su dinero. Dicen que la pobreza es la llave para entrar al otro mundo. ¿Qué truco es el que se tienen ustedes entre manos, Vickers?

—Dígame, Crawford: ¿ha averiguado usted qué pasa con quienes renuncian a los empleos y regalan su dinero?

Crawford se inclinó hacia adelante al responder:

—Eso es lo que nos asusta. Esas personas desaparecen. Antes de que podamos rodearlos han desaparecido.

—Pasan al otro mundo —explicó Vickers.

—No sé dónde van, pero si sé lo que ocurrirá si permitimos que esto prosiga. Nos abandonarán todos los trabajadores; unos pocos al principio, cada vez más y más, hasta que al cabo...

—Si quiere provocar esa guerra vaya oprimiendo el botón.

—No podemos permitir que ustedes nos hagan esto —dijo Crawford—. De algún modo los detendremos.

Vickers se puso de pie y se inclinó sobre el escritorio.

—Ustedes no tienen salvación, Crawford. Somos nosotros quienes no les permitiremos continuar. Somos nosotros quienes...

—Siéntese —indicó Crawford.

Vickers lo miró fijamente por un instante. Después, lentamente, volvió a ocupar la silla.

—Hay algo más —dijo Crawford—. Sólo una cosa más. Ya le hablé de los analizadores que hay en este cuarto. Bien, no están sólo aquí. Los hay por doquier: en las estaciones de ferrocarril, en las terminales de ómnibus, en los vestíbulos de los hoteles, en los

restaurantes...

—Lo imaginaba. Así es como logró detectarme.

—Ya se lo advertí antes. No nos desprecie por ser meramente humanos. Esto es una organización de la industria mundial; podemos hacer cualquier cosa y hacerla con mucha celeridad.

—Pero se han pasado de listos —observó Vickers—. Esos analizadores les han revelado una serie de cosas que preferían no saber.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que los industriales y los banqueros de esta organización son precisamente los mutantes contra quienes luchan.

—Como dije, tengo que poner todo en sus manos, Vickers. ¿Le molestaría decirme cómo hicieron para infiltrarlos?

—No son infiltrados, Crawford.

—Que no son...

—Comencemos por el principio. Quiero preguntarle qué entiende usted por mutante.

—Bueno, supongo que es un hombre común dotado de ciertos talentos extraordinarios: una mejor comprensión, la comprensión de ciertas cosas que nosotros no captamos.

—Supongamos ahora que alguien fuera mutante sin saberlo, creyéndose hombre normal. ¿Qué pasaría entonces? ¿A qué se dedicaría? Médico, abogado, mendigo o ladrón, llegaría a la cumbre en su terreno. Sería un cirujano eminente, un gran legislador, un artista de fama. También podría ser industrial o banquero.

Los ojillos azules centellearon en el rostro de Crawford. Vickers prosiguió:

—Usted está al mando de un grupo de mutantes, uno de los mejores que existen en la actualidad. Son hombres que no podríamos tocar, porque están demasiado vinculados al mundo normal. ¿Qué piensa hacer al respecto, Crawford?

—Absolutamente nada. No pienso informarlo ante ellos.

—En ese caso lo haré yo.

—No, no lo hará —dijo Crawford—. Porque usted está acabado. ¿Por qué cree que se ha salvado hasta ahora, a pesar de todos los analizadores? Porque lo he dejado seguir, eso es todo.

—Pensaba llegar a un trato conmigo.

—Tal vez, pero ya he abandonado esa esperanza. En otros

tiempos era un punto a nuestro favor. Ahora es un peligro.

—¿Y me arroja a los leones?

—Precisamente. Buenos días, señor Vickers. Ha sido un placer conocerlo.

Vickers se levantó.

—Nos volveremos a ver.

—Lo dudo —respondió Crawford.

CAPÍTULO 49

Mientras bajaba en el ascensor Vickers trataba de estudiar aceleradamente el problema. Crawford demoraría una o dos horas en divulgar la noticia de que le había retirado su protección y era lícito disparar contra él. Si se hubiera tratado sólo de él las cosas habrían sido sencillas, pero estaba Ann de por medio. Ann quedaría también sin protección, a no dudarlo. Pues ahora la suerte estaba echada, y Crawford no era hombre de andarse con miramientos una vez lanzado a la batalla.

Tenía que ponerse en contacto con Ann y explicarle todo en seguida. Evitar que hiciera preguntas, pero hacerle comprender cómo eran las cosas.

Ya en la planta baja salió del ascensor con los otros pasajeros; al alejarse notó que el ascensorista salía a la carrera en busca de una cabina telefónica.

«Va a denunciarme», pensó Vickers. En el ascensor había un analizador, sin duda, y lo había individualizado con alguna señal inadvertida para todos, salvo para el operador. Había analizadores por doquier, según había dicho Crawford: en las estaciones de ferrocarril, en las terminales de ómnibus, en los restaurantes.

Una vez que los analizadores detectaban a un mutante habían de enviar mensaje a cierto sitio (tal vez a una patrulla de exterminación), para que se cazara al individuo. Tal vez lo individualizaran con analizadores portátiles o por otros medios. Una vez detectado ya no tenía posibilidades. Sobre todo porque no estaba enterado del peligro. Si dispusiera de un segundo de preaviso, de un instante para concentrarse, podría desaparecer, tal como desaparecían anteriormente, cuando Crawford trataba de conseguir entrevistas con ellos.

«Uno toca el timbre y aguarda. Hace antesala y aguarda». Pero ya nadie tocaba el timbre. Se manejaban por emboscadas, atacaban en la oscuridad. Ellos sabían dónde estaba cada mutante y decretaban la muerte. Y nadie tenía oportunidad, porque no había aviso.

Así habían muerto Eb y los otros, atacados sin defensa porque los hombres de Crawford no podían permitirse el lujo de un segundo perdido ante quienes debían morir. Pero hasta ese momento Jay Vickers figuraba entre los pocos que no podían ser molestados: él, Ann y tal vez uno o dos más. A partir de ese momento todo sería distinto; pasaban a ser simples mutantes, ratas perseguidas, como los demás.

Llegó a la acera y se detuvo para mirar a ambos lados. Lo conveniente sería tomar un taxi, pero los transportes públicos estarían provistos de analizadores. De cualquier modo los habría en todas partes. Debía haber uno en el edificio donde vivía Ann, de lo contrario Crawford no habría podido enterarse de su llegada. No había modo de esquivar a esos artefactos, no había modo de ocultarse ni de evitar que averiguaran el sitio al cual se dirigía.

Vickers se acercó a la calzada para llamar a un taxi. En cuanto lo hubo ocupado indicó al conductor la dirección. El hombre le echó una mirada sorprendida.

—Tranquilo —ordenó Vickers—. A usted no le pasará nada mientras no me juegue sucio.

El conductor no respondió. Vickers, con los músculos en tensión, seguía sentado en el borde del asiento.

—Está bien, compínche —dijo el hombre al fin—. Me quedaré tranquilo.

—Magnifico. ¡Ahora en marcha!

El coche avanzó. Vickers no aflojaba su vigilancia, observando todos los movimientos del conductor para detectar cualquier señal sospechosa, pero no observó ninguna. De pronto se le ocurrió una idea alarmante: ¿y si lo estaban esperando en el departamento de Ann?, ¿y si se habían dirigido directamente allá para atraparlos a los dos? Era un riesgo y se veía forzado a correrlo.

El coche se detuvo frente al edificio. Vickers abrió la portezuela y bajó de un brinco, mientras el conductor partía nuevamente a toda velocidad sin reclamar el pago. Corrió hacia la entrada y trepó

las escaleras para evitar el uso del ascensor. Al llegar al departamento de Ann trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Tocó repetidas veces el timbre. No hubo respuesta. Al fin retrocedió hasta la pared opuesta y se lanzó por el corredor contra la puerta. La sintió ceder un poco. Repitió el golpe. Al tercer intento la cerradura se quebró, permitiéndole la entrada.

—¡Ann! —gritó, mientras recuperaba el equilibrio.

No hubo respuesta.

Recorrió todos los cuartos sin encontrar a nadie. Por un momento permaneció inmóvil, cubierto de sudor. ¡Ann se había marchado! Disponían de muy poco tiempo y Ann no estaba allí. Salió nuevamente a la carrera y bajó las escaleras como una tromba.

Cuando llegó a la acera había tres coches estacionados en fila. Otros tres aguardaban enfrente. Estaban atestados de hombres armados de revólveres.

Trató de volver al edificio, pero al girar sobre los talones chocó contra alguien. Era Ann, cargada con bolsas de compras; por una de ellas asomaba una planta de apio.

—Jay —dijo—, Jay, ¿qué pasa?, ¿qué hacen aquí todos esos hombres?

—Pronto —exclamó él—, entra en mi mente. Como hacías con los otros. Trata de saber lo que pienso.

—Pero...

—¡Pronto!

La sintió entrar en su mente, buscando sus pensamientos y aferrándose a ellos. Algo dio contra la pared de piedra, precisamente sobre sus cabezas, y salió disparado hacia el cielo con un gemido de metal torturado.

—No aflojes —dijo él—. Vamos a salir de aquí.

Cerró los ojos y deseó estar en la otra tierra, con toda la urgencia y la voluntad que logró concentrar. Sintió el estremecimiento mental de Ann. Resbaló y cayó. La cabeza dio contra algo duro, encendiendo en su cerebro una multitud de estrellas. Algo le tironeó de la mano. Algo cayó sobre él.

Oyó el sonido del viento soplando entre los árboles. Abrió los ojos.

No había edificios. Estaba tumbado de espaldas al pie de una mole de granito gris. Sobre el estómago tenía una bolsa con

verduras, de la cual asomaba una planta de apio. Se sentó.

—Ann...

—Aquí estoy —respondió ella.

—¿Estás bien?

—Físicamente si, pero no puedo decir lo mismo de mi mente. ¿Qué pasó?

—Caímos de ese canto rodado —explicó Vickers, señalando la mole de granito.

Se puso de pie y la ayudó a levantarse.

—Pero de ese canto rodado, Jay... ¿Dónde estamos?

—En la otra tierra.

Juntos contemplaron la pradera salvaje, desolada, cubierta por bosques, con algunos cantos rodados y crestas graníticas en las laderas de las montañas.

—La segunda tierra —repitió Ann—. ¿Esas locuras que han estado apareciendo en los periódicos?

Vickers asintió con gravedad.

—No es ninguna locura, Ann. Es verdad.

—Bien, no me importa dónde estemos —dijo Ann—. Hemos traído la cena. Ayúdame a recoger estas verduras.

Vickers se agachó a recoger las patatas que habían caído del saco, roto en la caída.

CAPÍTULO 50

Aquello era Manhattan, tal como debió ser antes de que apareciera el primer hombre blanco y construyera la ciudad, medio maravilla y medio monstruosidad. Era la Manhattan primitiva, impoluta.

—Y sin embargo —observó Vickers— por aquí debe haber algo. Los mutantes han de tener algún depósito desde donde proveen de mercaderías a Nueva York.

—¿Y si no?

Él la miró con una sonrisa irónica.

—¿Qué tal eres para viajar?

—¿Hasta Chicago?

—Más lejos. A pie. Aunque tal vez podamos armar una balsa si encontramos un río que vaya hacia el oeste.

—Ha de haber otros centros de mutantes.

—Supongo que si, pero tal vez no tengamos la suerte de dar con uno de ellos.

Ann volvió a menear la cabeza.

—Todo esto es muy extraño.

—No es extraño, sólo repentino; si hubiésemos dispuesto de tiempo yo podría haberte explicado todo, pero no pude.

—¡Jay, estaban disparando contra nosotros!

Vickers asintió con gesto sombrío.

—Tratan de conservar lo suyo.

—Pero son seres humanos, Jay, igual que nosotros.

—No, no son iguales a nosotros —respondió Vickers—. Sólo humanos. Ese es el problema. En estos días no es suficiente ser humano.

Arrojó dos leños a la hoguera y se volvió hacia Ann.

—Vamos —dijo—. Debemos partir.

—Pero Jay, está oscureciendo.

—Ya lo sé. Si hay alguien en la isla podremos ver las luces desde esa colina. Si no vemos nada regresaremos aquí. Por la mañana volveremos a mirar.

—Jay, en muchos aspectos esto es como un pícnic.

—No sirvo para las adivinanzas. Explícame por qué.

—La hoguera, comer al aire libre...

—Ni hablar de eso, señora. Esto no es un pícnic.

Se adelantó. Ann lo siguió desde muy cerca. Se abrieron paso por entre la mañana y las rocas. Los murciélagos surcaban el aire en busca de insectos. Desde algún sitio lejano llegaba el gemir de una lechuza. Unas cuantas luciérnagas danzaban entre los arbustos.

Treparon la colina, que no era muy alta pero si empinada; al llegar a la cima divisaron varias luces hacia el extremo de la isla.

—Allá están —dijo Vickers—. Imaginé que debían estar allí.

—Es muy lejos. ¿Tendremos que caminar hasta allí?

—Tal vez no.

—Pero ¿cómo? ...

—Eres telépata —dijo Vickers.

Ella meneó la cabeza.

—Anda, haz la prueba. Trata de hablar con quienes están allí.

Recordó entonces a Flanders, que se mecía en el porche, diciendo que las distancias no eran barrera para la telepatía, que una milla o un año-luz eran la misma cosa.

—¿Crees que puedo?

—No lo sé —dijo Vickers—. No quieres caminar, ¿verdad?

—Hasta allí no.

Ambos guardaron silencio mientras contemplaban la pequeña zona iluminada dentro de la creciente oscuridad. Vickers trató de reconocer algunos sectores: el sitio que en la otra tierra correspondía a Rockefeller Center, el de Central Park, y allá, donde el río formaba un recodo, la antigua estructura abandonada del edificio para las Naciones Unidas. Pero sólo había árboles y hierba en vez de acero y cemento.

—¡Jay! —susurró Ann, tensa por el entusiasmo.

—¿Si, Ann?

—Creo que estoy en contacto con alguien.

—¿Hombre o mujer?

—No, creo que es un robot. Sí, dice que es un robot. Dice que enviará a alguien... No, a algo... Enviaré algo a buscarnos.

—Ann...

—Dice que esperemos aquí. No tardarán mucho.

—Ann, pregúntale si pueden filmar películas.

—¿Películas?

—Claro, films, películas. ¿Tienen cámaras y cosas así?

—¿Pero qué quieres...?

—Anda, pregúntale.

—Pero ¿para qué quieres filmar?

—Creo que todavía podemos derrotar a Crawford.

—¡Jay, no pensarás regresar!

—Por supuesto que sí.

—¡Jay Vickers, ni se te ocurra!

—No puedes detenerme —dijo Vickers—. Vamos, siéntate y aguarda.

Ambos se sentaron, uno junto al otro.

—Tengo que contarte algo —dijo Vickers—. Es la historia de un muchacho. Se llamaba Jay Vickers y era muy joven...

Se interrumpió bruscamente.

—Sigue —le urgió ella—. Sigue con la historia.

—Otro día. Más tarde te la contaré.

—¿Y por qué no ahora?, quiero saberla ahora.

—Está saliendo la luna —repuso Vickers—. No es momento para hablar de eso. En primer término trató de cerrar la mente, de erigir una barrera contra sus poderes telepáticos, no muy expertos aún. Sólo entonces pudo preguntarse: «¿Puedo explicarle que tal vez somos más íntimos de lo que ella imagina, que provenimos de la misma vida y volveremos al mismo cuerpo?, ¿que no es posible amarnos?».

Ann se recostó contra él y apoyó la cabeza contra su hombro.

—Ahora lo comprendo mejor —dijo, mirando hacia lo alto—. Ya no me parece tan extraño. Aunque sea muy raro todo está bien. Este otro mundo, las extravagantes posibilidades que tenemos, todos esos incomprensibles recuerdos...

Él la abrazó. Ann volvió la cabeza y le dio un beso rápido e

impulsivo.

—Seremos felices en este nuevo mundo —le dijo.

—Seremos muy felices.

Y de pronto comprendió que jamás podría decírselo.

Tal vez ella lo supiera muy pronto, pero no por su intermedio.

CAPÍTULO 51

Una voz de mujer contestó la llamada de Vickers.

—El señor Crawford está reunido —dijo.

—Dígale que se trata de Vickers.

—No puedo interr... ¿Vickers, dijo usted? ¿Jay Vickers?

—Eso es. Tengo noticias para él.

—Un momento, por favor.

El escritor esperó, preguntándose de cuánto tiempo podía disponer, pues seguramente habría en la cabina telefónica un analizador que ya habría dado la alarma. En ese mismo instante los miembros de la cuadrilla de exterminación podían estar en marcha.

—Hola, Vickers —saludó la voz de Crawford.

—Sáqueme los perros de encima —dijo él—. Pierden el tiempo, y yo el mío.

En la voz de Crawford fue perceptible la furia.

—Me parece que ya le dije...

—Tranquilo —aconsejó Vickers—. No ha tenido oportunidad de atraparme. Sus hombres no pudieron hacerlo cuando me tenían acorralado. Ya que no puede hacerme matar, será mejor que hagamos un pacto.

—¿Un pacto?

—Eso es lo que dije.

—Oiga, Vickers, yo no...

—Claro que si. En estos momentos lo del otro mundo está en plena marcha. Los fingidores le han dado impulso y va cobrando velocidad; ustedes empiezan a acusar los golpes: Es hora de que se tornen razonables.

—No puedo hacer nada sin la opinión de los directores.

—Magnifico, precisamente con ellos quiero hablar.

—Váyase, Vickers —pidió Crawford—. Jamás conseguirá salirse con la suya. No me interesan sus planes: no se saldrá con la suya. No saldrá vivo de aquí. Si usted sigue con esta locura no podré salvarlo aunque quiera.

—Voy hacia allí.

—Usted me gusta, Vickers, aunque no sé por qué. No tengo razones para...

—Voy hacia allí.

—Bueno —dijo Crawford, fatigado—, el único responsable será usted.

Vickers tomó el rollo de película y salió de la cabina. Un ascensor lo estaba aguardando; entró rápidamente, con los hombros encogidos como si esperara recibir una bala en la espalda.

—Tercer piso —indicó.

El ascensorista ni siquiera parpadeó. Por entonces el analizador habría emitido sus señales, pero el muchacho debía tener instrucciones con respecto a los pasajeros que subían al tercer piso.

Cuando Vickers abrió la puerta de Investigación Norteamericana encontró a Crawford esperándolo en la sala de recepción.

—Pase —le dijo.

Lo precedió por el amplio vestíbulo. Vickers, mientras lo seguía, echó una mirada a su reloj y efectuó un rápido cálculo aritmético. Todo iba mejor de lo calculado. Le quedaba un margen de dos o tres minutos. No le había costado tanto como calculaba convencer a Crawford. Dentro de diez minutos llegaría la llamada de Ann. Lo que pasara en ese rato decidiría el éxito o el fracaso del plan.

Crawford se detuvo frente a la última puerta del corredor.

—¿Usted está seguro de lo que hace, Vickers?

Este asintió.

—Porque bastaría un tropiezo para que...

Y deslizó un dedo por la garganta, siseando entre dientes.

—Comprendo —respondió Vickers.

—Los hombres que están allí dentro son los desesperados. Aún está a tiempo de irse. No les diré que estuvo aquí.

—Deje de andarse con vueltas, Crawford.

—¿Qué tiene ahí?

—Una película documental; con ella explicaré lo que quiero decir. ¿Tienen algún proyector en estas oficinas?

—Sí, pero no hay operador.

—Yo mismo la pasaré —replicó Vickers.

—¿Quiere un trato?

—No: una solución.

—Bien. Pase.

Las cortinas estaban corridas. En el cuarto en penumbras aquella larga mesa parecía ser tan sólo una hilera de rostros blancos vueltos hacia él. Vickers siguió a su acompañante, hundiendo los pies en la espesa alfombra. Al observar a los hombres allí reunidos reparó en la presencia de muchas personalidades públicas. A la derecha de Crawford había un banquero; más allá, alguien que con frecuencia debía ir a la Casa Blanca para hacerse cargo de misiones semidiplomáticas. Reconoció a muchos otros, si bien a algunos no los había visto nunca. Unos cuantos llevaban vestimentas extranjeras.

Allí estaba en pleno el directorio de Investigación Norteamericana, responsables del mundo normal contra la amenaza de los mutantes: los hombres desesperados de quienes había hablado Crawford.

—Ha ocurrido algo muy extraño, señores —dijo Crawford—. Tenemos a un mutante entre nosotros.

Todas aquellas caras pálidas se volvieron silenciosamente hacia Vickers, para girar en seguida hacia Crawford, que seguía hablando.

—El señor Vickers ha estado en contacto con nosotros. Como ustedes recordarán, hemos hablado de él en otra oportunidad. En cierto momento confiamos en que él podría ayudarnos a conciliar las diferencias entre las dos ramas de la especie. Ahora ha venido a vernos por su propia voluntad, pues cree haber encontrado una solución. No me ha dicho de qué se trata, lo traje directamente aquí. Naturalmente, son ustedes quienes decidirán si quieren escucharlo.

—¡Sin duda! —dijo uno de ellos—. Que hable.

—Con el mayor placer —afirmó otro simultáneamente.

Los otros asintieron con la cabeza.

—Tiene usted la palabra —exclamó Crawford, dirigiéndose a Vickers.

Mientras el escritor se acercaba a la cabecera de la mesa iba pensando: «Hasta aquí todo ha salido bien. Ahora sólo falta que

funcione el resto. Si no cometo ningún error si puedo llevarlo a cabo... Pero no habrá términos medios ni modo de retroceder: esto se juega a todo o nada».

Dejó el rollo de película sobre la mesa y comenzó con una sonrisa:

—No traigo ninguna arma infernal, caballeros. Es sólo un rollo de película que, con la autorización de ustedes, pasará dentro de un momento.

Nadie rió. Todos le miraban sin expresión alguna. Si algo se podía leer en sus ojos era la frialdad del odio.

—Ustedes están a punto de declarar una guerra —dijo—. Se han reunido aquí para decidir si es necesario alargar la mano y ponerlo todo en marcha.

Aquellos rostros pálidos parecieron inclinarse hacia adelante como empujados por una poderosa tensión. Uno de los asistentes dijo:

—Usted es un valiente o un perfecto estúpido, Vickers.

—He venido —replicó éste— para poner fin a la guerra antes de que comience.

Puso la mano en el bolsillo y extrajo de él, con un veloz movimiento, cierto objeto que arrojó sobre la mesa.

—Esto es un trompo —dijo—. Un juguete para niños. Al menos, así lo era hace tiempo. Quisiera hablar con ustedes sobre los trompos.

—¿Trompos? —observó uno de los directores—. ¿Qué tontería es ésta?

Pero el banquero sentado a su derecha dijo, nostálgico:

—Yo tenía un trompo como ése cuando era niño. Ya no los fabrican. Hace tiempo que no veo ninguno.

Alargó la mano y recogió el trompo para hacerlo girar sobre la mesa. Los otros estiraron los cuellos para observarlo. Mientras tanto Vickers echó una mirada a su reloj. Todo marchaba según los planes. Ojalá nada lo estropease.

—¿Recuerda aquel trompo, Crawford? —preguntó Vickers—. ¿El que usted vio aquella noche en mi habitación?

—Lo recuerdo —dijo Crawford.

—Usted lo hizo girar y se desvaneció.

—Y después volvió a aparecer.

—Dígame, Crawford: ¿por qué hizo girar ese trompo?

El gordo se humedeció los labios con un gesto nervioso.

—Vaya, en realidad no lo sé. Tal vez fuera un intento por recuperar la niñez.

—Usted me preguntó para qué servía.

—Y usted dijo que era para ir al país de las hadas. Yo respondí que una semana antes hubiese dicho que ambos estábamos locos: usted por decir eso y yo por prestarle atención.

—Pero antes de que yo entrara usted hizo girar el trompo. Dígame, Crawford: ¿por qué?

—Vamos —dijo el banquero—, contéstele.

—Ya lo he hecho —respondió Crawford—. Acabo de decirle cuál fue el motivo.

Una puerta se abrió a espaldas de Vickers. Era una secretaria, que se dirigió a Crawford. «A tiempo», se dijo él; «Todo sale como lo planeamos». La llamada era de Ann; Crawford salió del cuarto para atenderla, tal como estaba pensado: en su presencia aquello no serviría de nada.

—Señor Vickers —dijo el banquero—, este asunto del trompo me intriga. ¿Qué vinculación tiene con nuestro problema?

—Es una especie de analogía —replicó Vickers—. Hay ciertas diferencias básicas entre los normales y los mutantes; me será más fácil explicarlas por medio del trompo. Pero antes quiero que vean mi película. Después podré seguir con el tema y lo comprenderán. Con el permiso de ustedes.

Y recogió el rollo.

—Disponga —dijo el banquero.

Vickers volvió hacia las escaleras que llevaban a la cabina de proyección y entró a ella. Tendría que trabajar con presteza y seguridad, pues Ann no podría retener a Crawford por mucho tiempo; disponía aproximadamente de cinco minutos.

Deslizó la película en su sitio y la colocó entre las lentes con dedos temblorosos; la enganchó en el carrete inferior y verificó toda la operación. En orden.

Buscó las llaves y las encendió. Un cono de luz se proyectó sobre la mesa de conferencias. Sobre la pantalla surgió un trompo de brillantes colores en pleno movimiento. Las bandas iban y venían, iban y venían...

La banda de sonido explicó: «Aquí vemos un trompo; se trata de un simple juguete, pero ofrece una de las ilusiones ópticas más desconcertantes...».

Las palabras eran las más adecuadas; habían sido escogidas por expertos robóticos y enhebradas con las inflexiones apropiadas para lograr el máximo valor semántico. Las palabras despertarían el interés del público, centrándolo en el trompo, para mantenerlo sobre él desde los primeros segundos.

Vickers bajó las escaleras y se acercó a la puerta. Si Crawford regresaba podría entretenerlo hasta que todo estuviera cumplido.

La banda de sonido decía: «Si ustedes observan con atención notarán que las bandas de color parecen avanzar por el cuerpo del trompo, hacia arriba, y desaparecen. Un niño, al mirar esas bandas de color, podría preguntarse adónde van; lo mismo ocurriría con quien...».

Trató de contar los segundos. Parecían arrastrarse interminablemente.

«Observen ahora con cuidado», decía la banda de sonido, «observen con cuidado», surgen y desaparecen, surgen y desaparecen, surgen y desaparecen.

Ya no eran tantos los hombres sentados a la mesa; quedaban sólo dos o tres; miraban el trompo con tanta atención que ni siquiera habían reparado en la desaparición de los otros. Tal vez quedaran allí. Quizá sólo esos dos o tres no eran mutantes insospechados.

Vickers abrió suavemente la puerta, salió sin hacer ruido y cerró tras de sí, ahogando la voz modulada: «Surgen y desaparecen, observen con atención, surgen y...».

Crawford venía por el vestíbulo, caviloso. Al ver a Vickers se detuvo.

—¿Qué hace usted aquí fuera? —preguntó.

—Quería preguntarle algo, algo que aún no me ha dicho. ¿Por qué hizo girar ese trompo?

Crawford meneó la cabeza.

—No lo sé, Vickers. No tiene sentido, pero yo también fui cierta vez a ese país encantado. Igual que usted, cuando era niño. Lo recordé después de hablar con usted. Tal vez precisamente por la conversación que tuvimos. Recordé que una vez, sentado en el suelo

de mi casa, contemplé el trompo preguntándome adónde irían las bandas. Usted ya las ha visto: surgen y desaparecen, una tras otra. Me pregunté adónde iban; aquello acabó por interesarme tanto que debí seguir las, pues de pronto me encontré en el país de las hadas. Había muchas flores y yo corté una; al regresar la tenía aún en la mano, y gracias a eso supe que había estado realmente allí. Comprenda usted: era invierno y no había flores. Cuando se la mostré a mi madre...

—Basta —le interrumpió Vickers, con súbita alegría—. Es cuanto quería saber.

—¿No me cree? —preguntó Vickers, mirándolo fijamente.

—Le creo.

—¿Qué le pasa a usted?

—A mí, nada.

¡Después de todo no era Ann Carter! Flanders, él y Crawford: tal era la trilogía surgida del cuerpo de Jay Vickers.

¿Y Ann? Ann llevaba en sí la vida de aquella muchacha que recorriera el valle con él, aquella joven a quien él recordaba como Kathleen Preston, pero que debía llamarse de otro modo. Pues Ann recordaba aquel valle y el paso primaveral, acompañada por un hombre.

Tal vez ella no fuera la única; tal vez hubiera tres Ann, tal como había tres Vickers, pero eso no importaba. Quizá se llamara en realidad Ann Carter, tal como él era Jay Vickers, y eso podía significar que, al volcarse las vidas hacia el cuerpo único, fueran sus conciencias las destinadas a perdurar.

Por lo tanto, estaba en su derecho al amar a Ann: no era parte de él, sino una persona independiente. Ann, su Ann, había regresado a esa Tierra para llamar a Crawford a fin de hacerlo abandonar el cuarto; de ese modo no reconocería el peligro representado por la imagen del trompo sobre la pantalla. Seguramente ella había vuelto ya a la otra tierra y estaba a salvo.

—Todo está bien, muy bien —dijo a Crawford.

Él no tardaría en regresar a su vez. Ann le estaría esperando. Y serían felices, tan felices como ella le había imaginado mientras aguardaban la llegada de los robots, allá en la colina de Manhattan.

—Bien —dijo Crawford—, entremos.

Vickers alargó el brazo para detenerlo.

—No vale la pena —dijo.

—¿Cómo que no vale la pena?

—Los directores no están allí —explicó Vickers—. Han pasado a la segunda tierra. Recordará usted, la que predicán los fingidores en las esquinas, por toda la ciudad.

Crawford lo miró con fijeza, exclamando:

—¡El trompo!

—Efectivamente.

—Comenzaremos otra vez. Otro cuerpo directivo, otra...

—Ustedes no tienen tiempo —le dijo Vickers—. Esta Tierra está acabada. La gente huye. Aun los que se queden no han de escuchar ni pelearán por ustedes.

—Lo mataré —juró Crawford—. Lo mataré Vickers.

—No lo hará.

Se miraron frente a frente en medio de una terrible tensión.

—¿Por qué no puedo, Vickers?

Vickers lo tomó del brazo.

—Vamos, amigo —dijo suavemente—. ¿O prefiere que lo llame hermano?

FIN